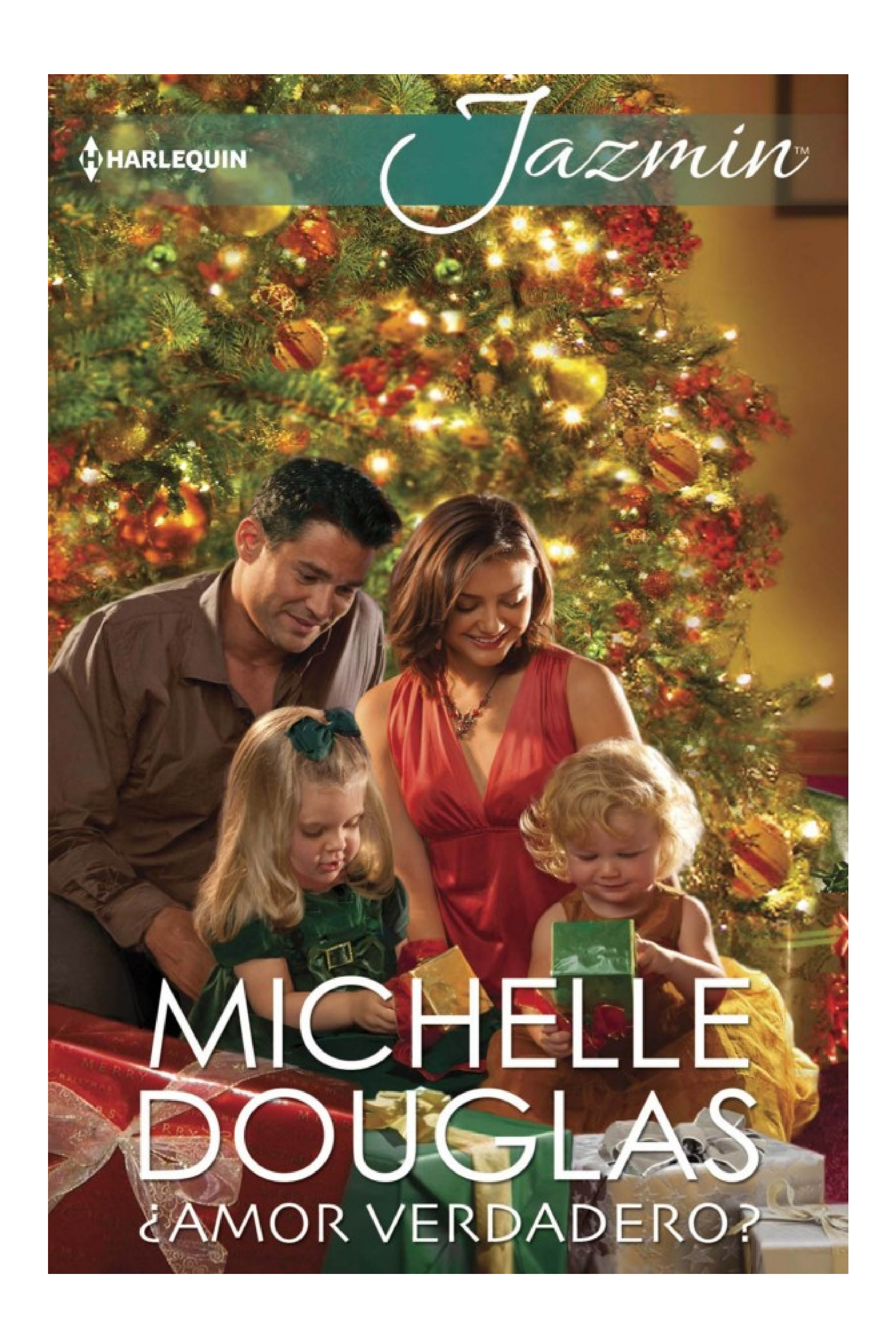

HARLEQUIN
Jazmin™
MICHELLE
DOUGLAS
¿AMOR VERDADERO?

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

¿Amor verdadero?, n.º 2605 - octubre 2016
Título original: The Nanny Who Saved Christmas
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8981-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

NICOLA miró por la ventanilla de la avioneta mientras aterrizaban en una pista de tierra roja bordeada de hierba y arbustos. El piloto apagó el motor y se hizo el silencio.

–Ya hemos llegado –dijo, volviéndose hacia ella.

Su destino era una explotación ganadera, Waminda Downs, en la parte más occidental de Queensland, el territorio más aislado de Australia y el polo opuesto a su bulliciosa ciudad natal, Melbourne.

–¿Puedo bajar?

–Claro.

El piloto bajó la escalerilla y en cuanto Nicola asomó la cabeza, lo primero que percibió fue el sofocante calor que hacía. Lo segundo, cuando ya bajó a tierra, fue el olor a hierba seca. Pero aún más que el perfumado aire abrasador, le impresionó la desolada vastedad que podía abarcar con la mirada. En aquel lugar uno podría perderse y no ser encontrado jamás.

Observó la planicie de hierba amarillenta intercalada por arbustos en flor y la tierra roja, y por primera vez en tres meses sintió que su corazón se calmaba. En aquel lugar no se encontraría con conocidos que susurraran a su espalda, ni con amigos que le tomaran las manos y con gesto apesadumbrado le preguntaran cómo se encontraba, y menos aún con aquellos que se alegraban de las desgracias ajenas.

Cerró los ojos y alzó el rostro al cielo.

–Este sitio es perfecto.

–¿Perfecto para qué?

Aquella no era la voz de Jerry, el piloto.

Nicola abrió los ojos y, volviéndose, vio a un hombre que bajaba su maleta de la bodega del avión. La dejó en el suelo y se irguió. Era alto y fuerte, y trasmitía un aire de extrema eficiencia. Nicola parpadeó

–¿De dónde ha salido? –hasta ese momento había creído que en la avioneta viajaba sola con Jerry. Cuando el hombre indicó con la cabeza una camioneta, Nicola preguntó–: ¿Viene de la finca?

Él esbozó una sonrisa tibia, pero amable.

–Soy Cade Hindmarsh.

Su jefe.

Debía tener unos treinta años y estaba muy bronceado. Tenía profundas arrugas en el borde de los ojos, que debían ser el resultado de entornarlos para protegerse del sol, tal y como Nicola se descubrió haciendo ella misma. Él se echó hacia atrás el sombrero y la miró con los ojos más azules que Nicola había visto en su vida.

Cuanto más se prolongó la mirada, más liviana se sintió ella, como si se hubiera quitado un peso de encima. Ni él ni nadie la conocían. Ni él ni nadie la considerarían estúpida, fracasada o digna de compasión. Y no pensaba dar motivos para que eso cambiara.

–Nicola McGillroy –dijo en el tono frío y profesional que se había autoimpuesto al dejar Melbourne.

Él se aproximó con la mano extendida. Nicola se la tomó y él la estrechó con una firmeza que le hizo abrir los ojos de sorpresa. Él sonrió y aflojó la presión.

–Lo siento mucho, siempre me dicen que aprieto demasiado.

Nicola tragó saliva.

–Tranquilo, no me ha hecho daño.

Cade le había estrechado la mano tal y como ella siempre había pensado que debían hacerlo los hombres: con firmeza, trasmitiendo confianza. Los hombres que saludaban así no eran pusilánimes. Y ella quería aprender de ellos.

Por debajo del ala del sombrero, vio que sus ojos azules chispeaban por un instante. En respuesta, ella sonrió, aunque se sobresaltó al instante al darse cuenta de que mantenía su mano en la de él, y la retiró suavemente.

Su jefe inclinó la cabeza hacia atrás y la observó detenidamente. Nicola alzó la barbilla y le sostuvo la mirada. Sabía que estaba estudiándola, evaluándola. Durante los dos meses siguientes iba a cuidar de sus dos hijas y no habría confiado en un hombre que la aceptara sin plantearse si era adecuada para el puesto, por mucho que hubiera visto su currículo y la hubiera sometido a una exhaustiva entrevista por teléfono.

–¿Paso el examen? –preguntó finalmente, no pudiendo contener los nervios. La posibilidad de que la mandara de vuelta a casa le aceleró el pulso.

¡No podía volver, al menos por un tiempo! Melbourne y

diciembre… No podría soportar estar en su ciudad en el mes en el que, en teoría, debería haber estado organizando su boda.

–¿Por qué es el lugar perfecto?

«¿Perfecto? Te has vuelto loca, Nicola», la voz de su madre resonó en sus oídos, pero la acalló.

–Por todo –hizo un movimiento circular con la mano–, es completamente distinto a lo que conozco, y exactamente como lo había imaginado.

–¿Y eso es bueno?

–En mi opinión, sí.

Él escrutó su rostro y comentó:

–Mucha gente viene aquí huyendo de algo.

Nicola mantuvo la barbilla alzada y preguntó:

–¿Es eso lo que lo trajo a usted aquí?

Un resoplido de Jerry recordó a Nicola que su jefe y ella no estaban solos.

–Cariño, los Hindmarsh han nacido y vivido aquí desde hace generaciones –comentó el piloto.

Nicola enarcó una ceja.

–Así que «no» es la respuesta a mi pregunta.

Los ojos de Cade Hindmarsh chispearon de nuevo.

–Exactamente.

–En mi caso –Nicola eligió sus palabras cuidadosamente–, estoy aquí porque quiero conocer el país en persona y no solo por los libros.

Al observar la mirada de escepticismo de su jefe, añadió:

–Usted está acostumbrado a este paisaje y a este modo de vida, pero para mí estar aquí es una aventura.

Y era la mejor manera de distanciarse por un tiempo de Melbourne y de los recuerdos asociados con la ciudad… pero Nicola se guardó esa información para sí.

Con suerte, después de dos meses habría recuperado la capacidad de enfrentarse a la realidad; sería más fuerte y menos vulnerable; alguien a quien no sería tan fácil engañar ni mentir.

Finalmente Cade sonrió.

–Bienvenida a Waminda Downs, Nicola.

Nicola dejó escapar un suspiro de alivio.

–Gracias –dijo sin poder dominar una sonrisa de entusiasmo.

En respuesta, la sonrisa de Cade se hizo más amplia y casi cegó a Nicola, que sintió prácticamente al instante el codo de Diane en las

costillas y oyó que le decía en un susurro: «Sexy y superguapo». Pensar en su mejor amiga le hizo reaccionar bruscamente. Retrocedió un paso y adoptó una actitud fría y distante.

Cade la observó detenidamente hasta que la sonrisa se borró de sus labios. Nicola se reprendió por sentirse desilusionada y tuvo que recordarse que estaba allí para cambiar, no para hacerse la simpática ni para buscar la aprobación ajena. Tampoco para que la trataran como a una niña y le dieran palmaditas en la espalda. Rodeó a Cade para tomar su maleta y comentó:

–Estoy deseando conocer a Ella y a Holly.

Cade guardó silencio y ella decidió no añadir ningún comentario. Su objetivo era hacer su trabajo y recuperarse psicológicamente, y pensaba concentrarse plenamente en ambas cosas.

–He traído el generador que me pediste.

Los dos hombres lo bajaron de la avioneta. Aunque era pesado, a Cade no le cayó ni una gota de sudor al llevarlo hasta el coche. Despidiéndose de Jerry con un gesto de la mano, Nicola lo siguió, admirando sus anchos hombros y los músculos que se percibían a través de la camisa. Aquel hombre era un auténtico Atlas. Cargó el generador en la parte trasera de la camioneta y luego la maleta de Nicola, mientras esta se decía que solo le dejaba hacerlo a él porque sabría mejor cómo colocarla en la rejilla trasera, y no porque a ella le pesara demasiado.

Hizo una mueca. ¿A quién pretendía engañar? Tenía que ponerse en forma. Pero en un par de meses podría manejar aquella maleta con la misma facilidad que Cade.

Al darse cuenta de que no paraba de mirarlo, apretó los dientes y, protegiéndose los ojos del sol, observó despegar a la avioneta y luego volvió a contemplar el paisaje que los rodeaba. Finalmente, se encogió de hombros.

–Me doy por vencida. No se ve ni una sola construcción de aquí a aquella cordillera –comentó, señalando hacia la derecha.

–El paisaje es engañoso –él le abrió la puerta del coche. Bajo su mirada escrutadora, Nicola se puso nerviosa y se golpeó la rodilla y el codo al sentarse.

«Nicola Ann, ¡qué torpe eres!», oyó a su madre.

Habría jurado que veía un brillo risueño en los ojos de su jefe, pero este tuvo la cortesía de no decir nada y, sentándose tras el volante, arrancó y avanzaron por lo que no era más que una pista

de tierra.

–¿Está lejos la propiedad?

–A unos cinco kilómetros.

Nicola asumió que añadiría algo más, pero eso fue todo lo que le dijo. La pista no permitía avanzar a más de treinta kilómetros por hora y el silencio se le hizo opresivo.

–¿No es posible hacer una pista de aterrizaje cerca de la casa? –preguntó finalmente.

Él la miró de soslayo. Nicola pensó que pocos detalles debían escapar a su aguzada mirada. Podía imaginarlos reflejando la misma mezcla de desprecio y lástima que había visto durante los últimos meses en los de sus amigos. Con tanta claridad que sintió bilis en la boca.

–Está alejada de la propiedad para evitar problemas. Un accidente podría dar lugar a un incendio y nos pondría en peligro.

En ese momento alcanzaron un altozano y Cade detuvo el vehículo. Nicola miró a su alrededor y no pudo contener una exclamación espontánea de admiración antes de recordarse que quería actuar con la mayor frialdad posible.

–¡Impresionante, señor Hindmarsh! –dijo, sacudiendo la cabeza.

–Cade –la corrigió él–. Aquí no nos andamos con ceremonias, Nicola –indicó el exterior con la mano–. Esta es la propiedad.

Era mucho mayor de lo que ella había imaginado. En el lado más próximo estaba la vivienda, con dos alas laterales en forma de uve que se abrían desde una estructura central. Estaba pintada de blanco, tenía el tejado de color verde y la rodeaba un porche. Pero lo que dejó a Nicola sin respiración fue el jardín. Incluso desde aquella distancia podía ver dos enormes árboles, uno en cada extremo de las alas laterales, así como las grandes copas de los árboles que salpicaban el césped.

–¡Qué jardín más increíble! Es como un oasis.

–Tenemos agua de pozo –dijo Cade–. Pero no he parado aquí para que admiraras la vista. Necesito que sepas algunas cosas para evitar problemas mientras estés aquí.

Nicola frunció el ceño.

–Puede que hayas venido en busca de aventura –continuó él–, pero la tierra no tiene piedad. Olvidarlo es peligroso.

Nicola se estremeció. Luego alzó la barbilla y preguntó:

–De acuerdo, ¿qué debo saber?

–El terreno es ondulado y, por tanto, engañoso. Crees que sabes

dónde estás y de pronto te vuelves y no ves ni la casa ni localizas ningún punto de referencia. Así de fácil –Cade chasqueó los dedos–, estás perdida. Por eso no puedes ir por ahí sola.

A Nicola se le encogió el corazón. Se acabaron sus planes de ponerse en forma y de adelgazar gracias al footing. ¡Y ella que se había propuesto volver a Melbourne bronceada y tonificada para demostrar a Diane, a Brad y a sus amigos que había recuperado la confianza en sí misma y ya no era motivo de lástima! Se asió las manos… Y para que la siguiente vez que la dejara un hombre no fuera porque pesaba más de lo que debía.

–Waminda Downs tiene una extensión de doce mil kilómetros cuadrados –añadió él–, lo que significa un terreno enorme a cubrir si alguien se pierde.

Nicola entendió el mensaje: si alguien se perdía no tenía la seguridad de ser encontrado.

–¿Ves el perímetro marcado con una valla blanca?

–Sí.

–Cerca los dos kilómetros cuadrados en los que están la vivienda y los edificios anexos. Dentro de ese perímetro, puedes moverte con libertad; pero nunca lo traspases sola.

¡Eso era espacio suficiente para ella!

–Recibido.

–Y quiero que tú y las chicas permanezcáis alejadas de los pastos del ganado –Cade señaló unos prados en la parte más alejada. Luego fue nombrando los distintos edificios–. Esa es la caseta de las herramientas. Luego está el cobertizo y los establos, seguidos de las estancias de los y las trabajadoras, y al fondo, las de los vaqueros y sus familias.

Nicola parpadeó. Evidentemente, Waminda Downs constituía una pequeña población en sí misma.

–¿Por qué no podemos acercarnos al ganado? –preguntó Nicola para saber exactamente cuáles eran los peligros y así evitarlos.

–El otro día metimos en el corral una partida de caballos salvajes y vamos a empezar a domarlos. Es un trabajo peligroso.

–Muy bien. ¿Debo saber algo más?

–Lleva siempre una botella de agua contigo, un sombrero y crema protectora. Estamos en verano y al mediodía el sol no perdona.

–No se preocupe, soñar Hindmarsh, no dejaré que las niñas salgan entre las once y las tres.

–Podéis usar el jardín; es sorprendentemente fresco –tras una pausa, Cade añadió–: Y una última cosa –algo en su tono hizo que Nicola se volviera: Mi nombre es Cade, intenta usarlo.

Nicola nunca había tenido ningún problema en llamar por su nombre a sus jefes, pero de pronto se dio cuenta de que no quería tratar con familiaridad a aquel hombre. Tragó saliva. Era demasiado… Guapo; demasiado seguro de sí mismo. Le hacía ser consciente de todo aquello de lo que ella carecía.

Pero también era absurdo pensar que iban a tratarse formalmente cuando iba a ser la niñera de sus hijas. Alzó la barbilla: se mostraría serena y fría; competente y madura. Conseguiría ser respetada. Se humedeció los labios y él siguió el gesto con la mirada.

–Cade –dijo ella finalmente más como un susurro que con la firmeza que había intentado imprimirle.

Él enarcó una ceja.

–¿Ves cómo no es tan difícil?

Y arrancó el vehículo. Durante el resto del trayecto, Nicola guardó silencio y se concentró en el jardín a la vez que intentaba identificar lo que brillaba en los troncos de los árboles y qué eran las figuras que salpicaban el césped.

Cuando se acercaron los bastante, se quedó boquiabierta. El brillo lo provocaba el espumillón y las figuras… ¡Eran recortes de madera de tema navideño pintados en colores brillantes!

En un lateral, había un trineo de Papá Noel tirado por cuatro renos; en otro, estaba el propio Papá Noel, con regalos a sus pies. Copos de nieve dorados y plateados colgaban del techo del porche junto con estrellas rojas y verdes… Los postes de la baranda también estaban cubiertos de espumillón.

Nicola se estremeció. ¡Navidades! Aunque sabía que no podría evitarlas por completo puesto que Cade tenía dos hijas pequeñas, había pensado que en un territorio tan alejado se celebraría con menos parafernalia, más discretamente. Y comprobar que no era así le encogió el corazón.

El vehículo se detuvo al inicio de un paseo bordeado de gigantes bastones de caramelo que probablemente se iluminarían por la noche. Al final del paseo, cuatro escalones anchos ascendían al porche y a la puerta principal, cuya solidez quedaba demostrada porque no se hundía bajo el peso de una enorme corona. A ambos lados, colgando del techo, había dos ángeles de madera que

anunciaban con trompetas la llegada de las estúpidas fiestas,

Nicola se mordió la lengua para no hacer algún comentario inoportuno. Apretó los puños y parpadeó para contener las lágrimas. Estar rodeada de decoraciones navideñas hacía aún más presente todo aquello que había perdido y que nunca recuperaría.

Era la primera semana de diciembre. Nicola había pedido un mes libre sin sueldo de su trabajo como profesora, además de las cuatro semanas de vacaciones de Navidad, porque la Navidad y «preparativos de boda» se habían convertido en sinónimos en su mente. Pero en aquel instante tenía ante sí lo mismo de lo que huía. ¡Qué ironía! Tragó saliva e intentó no notar el dolor que se extendía por su pecho.

–Estoy seguro de que no te esperabas esto –comentó Cade, riendo. Nicola no pudo articular palabra–: ¿Qué te parece?

¡Lo odiaba! Pero no podía correr el riesgo de ofender a su jefe. Intentó pensar en algo lo bastante neutro, pero para cuando se volvió a Cade vio que este había percibido su reacción y que la observaba con escepticismo.

Aunque no logró sonreír, Nicola consiguió sonar animada:

–¡Pensar que creía que había dejado todo esto atrás al irme de Melbourne!

Él apretó los labios.

–Así que es eso de lo que huyes.

–Yo no estoy huyendo de nada –tomarse un tiempo no era lo mismo que huir.

Cade siguió estudiándola con sus penetrantes ojos azules y ella sintió el corazón en la garganta.

–El generador que he traído es para encender todas las luces de colores que pienso instalar en las próximas semanas.

La propiedad terminaría pareciendo un sobrecargado palacio de un cuento cursi. Nicola tomó aire. O una tarta nupcial.

–Este año vamos a celebrar la Navidad a lo grande. Si eso es un problema, puedo llamar a Jerry para que la lleve de vuelta, señorita McGillroy.

¿Y pasar las Navidades en Melbourne? ¡Ni hablar! Al menos allí no la conocía nadie que sintiera lástima por ella.

–Creía que nos tuteábamos, Cade.

Poco a poco la tensión se relajó. Nicola miró a su alrededor y él comentó:

–Mi madre encontraría todas estas decoraciones de mal gusto –

eso animó a Nicola–. Pero como se lo digas a las niñas, te ahogo.

Aunque usó un tono risueño, Nicola no dudó de que cumpliría su amenaza

–Soy su niñera, no una bruja.

–Asegúrate de no equivocarte de personaje.

Nicola lo miró de frente.

–Tampoco creo que tú te parezcas demasiado a Papá Noel.

Competente, sereno en medio de una crisis, intuitivo… Todo eso sí lo aparentaba. Pero ¿jocoso y divertido? Nicola sacudió la cabeza.

–Lo que demuestra que eres muy perspicaz –dijo Cade, pero se revolvió, incómodo, en el asiento, y Nicola recordó que era padre de dos hijas y que la felicidad de estas debía ser su prioridad.

–Jamás estropearía a un niño la magia de la Navidad –le aseguró.

Cade la miró en silencio y finalmente asintió con la cabeza.

–Me alegro de que estemos de acuerdo.

Percibir la devoción que sentía por sus hijas hizo que Nicola sintiera un calor en el pecho que prefería no sentir. Adoptó de nuevo un tono impersonal.

–¿Cuándo voy a conocer a Ella y a Holly?

Cade la miró e indicando la ventanilla, dijo:

–Yo diría que… ahora mismo.

Nicola giró la cabeza y… se enamoró.

Ella, con cuatro años y Holly, dieciocho meses, tenían la sonrisa más encantadora y la expresión más pícara que Nicola había visto en su vida, y corrían hacia ellos con idénticos vestidos rojos y verdes.

Nicola no había calculado el efecto que tendrían en ella cuando planeó mantenerse en todo momento distante y reservada. Salió del coche con una sonrisa de oreja a oreja y la decisión instantánea de que los niños eran una excepción: no mentían ni engañaban; no fingían ser tus amigos y luego te robaban a tu prometido.

No necesitaba proteger su corazón ante las niñas.

Cade vio a Nicola encontrarse con Ella y Holly y conquistarlas al instante. Se dijo que no era ninguna hazaña. Se negaba a poner medallas a la desconcertante niñera. A pesar de todo lo que habían sufrido, Ella y Holly eran unas niñas abiertas y confiadas. Habrían mostrado el mismo entusiasmo de haberle presentado a Jerry como

su nueva niñera.

Pero al poco de observarlas y ver la felicidad que irradiaban, especialmente Ella, en la compañía de una mujer, Cade sintió que le ardía el pecho. La que debía estar allí era su madre y no una niñera. Y eso no lo compensaría ni todo el espíritu navideño del mundo.

Cade cerró los puños. Aun así, les daría las mejores fiestas posibles. Salió del coche en el momento en que Ella preguntaba:

–¿Puedo llamarte Nikki?

Nicola sacudió la cabeza.

–No, pero puedes llamarme Nic, como mis amigos.

Ella aplaudió, pero Cade notó, tal y como había pasado en la pista de aterrizaje, que el rostro de Nicola se ensombrecía al nombrar a sus amigos. Y como entonces, habría querido hacer algo para borrar aquella tristeza de su mirada.

La niñera de sus hijas no era particularmente atractiva. Era de altura y peso normal, aunque quizá un poco rellena. Al verla bajar del avión sonriente, se había sentido satisfecho. Más aún cuando le estrechó la mano. Pero de pronto, se había puesto tensa y arisca por motivos que se le escapaban.

Nicola se inclinó para hablar con las niñas. Tenía un cabello castaño oscuro, corriente, igual que el rostro. Podía decirse lo mismo de su ropa: pantalones pirata y camiseta holgada. Lo único que no tenía nada de corriente en ella eran unos espectaculares ojos. Y las ojeras que los rodeaban.

Aquel año, la Navidad en Waminda Downs debía ser prefecta. Cade metió las manos en los bolsillos. Aunque lo negara, Nicola huía de algo. Por las averiguaciones que había hecho sobre ella sabía que no se trataba de nada criminal. Y por cómo se relacionaba con sus hijas, estaba seguro de que podía confiárselas. En eso su intuición no le había fallado. Le preocupaba más que fuera capaz de estropear las fiestas navideñas.

Ella y Holly merecían disfrutarlas plenamente.

El recuerdo de las anteriores hizo que le subiera la bilis a la boca. No había podido organizar nada para ellas; no había sido capaz de sobreponerse a que Fran lo abandonara, al fracaso de no haber sido capaz de mantener a su familia unida. Había permitido que su amargura, su rabia y su desesperación arruinaran las Navidades.

Por eso aquel año no iba a ahorrar ningún esfuerzo.

Vio que Ella y Holly tomaban a Nicola de la mano y la llevaban

hacia el trineo, y recordó la expresión de horror que había puesto al verlo.

Entonces recordó súbitamente parte de la conversación que habían mantenido por teléfono: «Señor Hindmarsh, ¿es usted viudo, separado o divorciado? Sé que es una pregunta personal, pero son situaciones distintas y debería saber cómo han podido afectar a las niñas».

Él le había dicho la verdad: que estaba divorciado. Pero ninguna de las otras candidatas le había hecho esa pregunta. Solo ella había reunido el valor y había superado la incomodidad de hacerla. Que el interés de las niñas estuviera por encima de cualquier otra circunstancia, había sido una de las razones de que se ganara el puesto.

Nicola echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada ante algo que Ella dijo; las niñas rieron con ella y las tres acabaron en el suelo, entrelazadas. El rostro de Nicola se iluminó al estrecharlas contra sí, y Cade sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

–Veo que las niñas han conocido a la nueva niñera.

Cade bajó la vista y vio a su ama de llaves, Martha Harrison, a la que llamaban Harry.

–Sí.

–Y parece que les ha encantado.

Nicola se puso en pie y miró a Cade, recuperando su aire reservado y corriente.

Él presentó a las dos mujeres y pensó que la obvia aprobación de Harry debía relajarlo. Pero según las seguía al interior de la casa y observaba cómo Nicola volvía a envolverse en un manto de envarada reserva, aumentó su inquietud.

Esperó en la cocina mientras Harry y las niñas acompañaban a Nicola a su dormitorio.

–¿Qué te preocupa? –preguntó Harry cuando volvió.

–¿Dónde están Ella y Holly?

Harry rio.

–Ayudando a Nicola a deshacer el equipaje.

Cade resopló.

–¿No la encuentras un poco… tensa?

–A mí me parece que tiene un aire práctico y de no andarse con tonterías, y eso me vale –Harry puso agua a calentar–. No olvides que está lejos de casa y que tiene que hacerse a unas nuevas circunstancias.

Eso era verdad, pero…

Cade tomó aire. Había decepcionado a Ella y a Holly durante demasiado tiempo. Aquel año la Navidad iba a celebrarse en Waminda Downs por todo lo alto, y Nicola tendría que contribuir a que todo saliera a la perfección.

Capítulo 2

A LAS seis y diez de la mañana, Nicola salió al porche en shorts, deportivas y una amplia camiseta. A pesar de la hora, el aire estaba ya templado. Resoplando, se estiró a un lado y a otro para resistir la tentación de volver a la cama.

Apretó los dientes y se estiró aún más para intentar tocar el suelo. Seguiría levantándose a las seis aunque la matara. Así podría hacer una hora de ejercicio antes de dar el desayuno a sus pupilas. Pensar en Ella y Holly hizo que brotara una sonrisa a sus labios y se alegró de haberlas incluido como excepción en su nueva personalidad. «Los niños no fingen ser tus amigos y luego te destrozan el corazón», se dijo.

La amargura de ese pensamiento la tomó por sorpresa. Diane y Brad no se habían enamorado para hacerle daño; simplemente, había pasado. ¡Y habían transcurrido ya tres meses!

Concentrándose en su respiración para mitigar el dolor que sentía en el pecho, se recogió el cabello en una coleta

«Mucha gente viene aquí huyendo de algo». Ella no huía. Solo que… Ver a Brad y a Diane juntos le costaba cada vez más; no soportaba la idea de pasar la Navidad en Melbourne y tener que seguir fingiendo que estaba bien, que era comprensiva y madura. Había perdido la alegría y tenía que recuperarla.

Se ajustó la gorra en el preciso momento en el que Sammy, el cachorro de ocho meses Border collie de Ella y Holly, apareció a su lado haciendo cabriolas y batiendo la cola. Se tumbó en el suelo boca arriba y Nicola se inclinó para acariciarlo. Tampoco lograba mantenerse ni fría ni distante con los perros.

–¿Quieres venir a correr conmigo, Sammy? –preguntó, acercándose a los escalones.

Él ladeó la cabeza como si la comprendiera.

–Muy bien, correremos hasta el perímetro y luego hasta ese poste –señaló con el dedo–. Y después volveremos.

«Nicola, ¿qué haces hablando con un perro?» Nicola apretó los dientes para apagar la voz de su madre. «Al menos por fin vas a

hacer algo de ejercicio».

Nicola estuvo a punto de volver al interior. Pero Sammy posó las patas delanteras en sus muslos y ella le acarició la cabeza.

–A ti no te importa que este gorda, ¿verdad? –sonrió al ver que Sammy sacudía la cabeza. Ni los perros ni los niños la juzgaban, por eso los adoraba–. Está bien –resopló–. Allá vamos.

Arrancó a correr. El nuevo sujetador que llevaba era cómodo, pero no lo bastante. Y le había costado tanto que había pensado que le serviría como incentivo añadido para perder peso.

Para cuando llegaron a la valla, estaba sin resuello. Miró el reloj. ¡Solo habían pasado tres minutos! Lo sacudió, acercó la oreja para asegurarse de que funcionaba. El tictac sonó con toda claridad.

–Sammy, cambio de planes –dijo, jadeando–. Vamos a correr tres minutos y a caminar los tres siguientes.

Se puso de nuevo en marcha, apartando las dudas y el desánimo. Tenía que tener paciencia. Los malos hábitos no se cambiaban de un día para otro. Como el chocolate no desaparecía de las caderas sin fuerza de voluntad.

Para distraerse del calor que sentía en los pulmones y en las piernas, se concentró en el paisaje. El cielo azul y la luz del sol todavía bajo en el horizonte marcaban el perfil de todo con nitidez. Miró el reloj y suspiró.

–A correr otra vez, Sammy.

Trotaron, en aquella ocasión con más pausa. Y cuando Nicola empezó a sentir que desfallecía, se recordó que las zapatillas le habían costado una fortuna que solo podía justificar si las usaba lo suficiente. Miró el reloj… al menos otro minuto y medio. Bajó la mirada y vio que sus recién estrenadas deportivas ya estaban cubiertas de polvo rojo. En ese momento Sammy saltó delante de ella para abalanzarse sobre un saltamontes. Nicola no tuvo tiempo de reaccionar, tropezó con él y cayó de bruces.

«¡Qué elegante, Nicola!», pensó, escupiendo tierra.

Pero al menos pudo disfrutar de unos segundos de descanso hasta que Sammy decidió lamerle la cara.

–¡Sammy, quieto!

Sammy obedeció al instante a la vez que una sombra se proyectó sobre ella. ¡Cade! Ahogando un gruñido, Nicola se volvió para sentarse. ¿Por qué los momentos más humillantes de su vida siempre sucedían en público?

–¿Te has hecho daño?

–No.

Cade hizo una señal hacia dos trabajadores que los observaban desde la puerta del granero y estos volvieron al interior. Ver que tantas personas habían sido testigos de su caída hizo que Nicola se ruborizara.

–Vamos –dijo Cade, tendiéndole la mano.

Puesto que decirle que la dejara en paz no era posible, Nicola dejó que la ayudara a levantarse. Cade solo se la soltó cuando, tras indicarle la casa con la cabeza, ella asintió.

Se sacudió la cara y la camiseta de polvo, evitando mirar a Cade.

–No hace falta que me escoltes.

–¿Estás segura? –preguntó él, conteniendo la risa.

Nicola cerró los ojos, mortificada. No sabía si prefería que Cade se diera cuenta de que estaba roja de vergüenza o que creyera que era el resultado del poco ejercicio que había hecho.

–Temía que te hubieras torcido el tobillo o la rodilla, pero veo que caminas bien.

–Estoy perfectamente –dijo ella. Lo único dañado era su ego.

–Entonces tenemos que hablar.

Nicola se puso en guardia.

Cade la hizo sentarse en los peldaños de la entrada posterior para inspeccionar sus rodillas y sus codos.

–Estamos lejos de cualquier médico –explicó él cuando ella fue a objetar.

Nicola alzó la mirada al cielo y trató de ignorar el calor que le trasmitían sus dedos.

Cuando se dio por satisfecho, Cade se sentó a su lado.

–¿A qué se debe lo del jogging?

Nicola volvió a ruborizarse. Aquellos ojos azules veían demasiado, y estaba segura de que Cade iba a reírse de ella igual que lo habrían hecho sus amigos si la hubieran visto haciendo ejercicio a primera hora de la mañana.

–¿Nicola?

Nicola alzó la barbilla. ¿No había decidido dejar de agradar a los demás?

–He pensado que podía aprovechar el espacio y aire fresco para… –hizo una pausa, preparándose para la carcajada– ponerme en forma.

Quería fortalecer su cuerpo y su mente. No lo lograría súbitamente, pero al menos podía intentarlo. Haber perdido a su

prometido por otra mujer no la convertía en una fracasada.

–No llevabas una botella de agua.

Nicola miró a Cade sorprendida. ¡No se había reído! ¡No pensaba que fuera una idea estúpida! Solo iba a reñirle por no llevar agua.

–Pensaba que al ser tan temprano…

–Debes llevar agua contigo siempre, ¿de acuerdo? –Nicola asintió. Cade entones añadió–: ¿No es un poco pronto para empezar con los propósitos del año nuevo?

–Ponerme en forma y perder peso era un propósito de este año –dijo ella con un suspiro–. Voy retrasada.

La risa de Cade no tuvo la menor malicia, y le templó la sangre.

–Estar en forma es un objetivo loable, pero perder peso… –Cade sacudió la cabeza– es una obsesión de las mujeres.

Si hubiera estado más delgada y hubiera prestado más atención a su apariencia, quizá Brad no la habría dejado por Diane.

Cade la miró detenidamente con los párpados entornados y Nicola sintió una perturbadora reacción en su interior que no le gustó nada.

–Además, estás bien tal y como estás –concluyó él, encogiéndose de hombros.

Nicola apretó los puños. No quería estar «bien», sino espectacular, segura de sí misma… quería dejar a los hombres atónitos. Pero dudaba que pudiera conseguirlo con solo perder algo de peso.

Cade la miró con suspicacia.

–Espero que adelgazar no se convierta en una obsesión mientras estés aquí, y termines poniéndote enferma.

Nicola adivinó cuál era la preocupación de Cade y se apresuró a decir:

–No pienso obsesionarme. Y te prometo que no crearé en las niñas ninguna obsesión por el cuerpo.

Cade se quedó mirándola y ella miró a su vez la hora.

–Tengo que ir a dar el desayuno a Ella y a Holly.

Se puso en pie y escapó.

Cuando más tarde entró con las niñas en la cocina, Cade estaba sentado a la mesa y Nicola perdió el apetito.

–Debes de estar hambrienta después del ejercicio que has hecho –dijo él.

Aunque habló en un tono neutro, su mirada le indicó que se

refería a la conversación que habían mantenido previamente.

–Desde luego –dijo ella.

Era verdad que no pensaba obsesionarse con adelgazar. Solo iba a evitar los pasteles y el chocolate.

Tomó cereal con yogurt mientras evitaba mirar con envidia los huevos con beicon y tostadas de Cade

Cereales con yogurt ¡qué ricos! «Mentirosa».

Aunque le costaba entusiasmarse con una dieta baja en calorías y rica en fibra, siguió comiendo porque era consciente de que Cade la vigilaba. Y lo curioso fue que, en lugar de intranquilizarla, lo encontró… reconfortante.

Cuando terminaron el desayuno, Cade dijo:

–Quiero enseñarte algo que puede interesarte.

Nicola lo siguió en silencio. Cade llevaba unos vaqueros que marcaban sus caderas y su firme trasero, del que ella no conseguía retirar la mirada. Todo su cuerpo empezaba a despertar a la sensualidad: notaba la sangre caliente en las venas; el pulso acelerado, un hormigueo en el vientre…

¡De ninguna de las maneras!

Se paró en seco.

–¿Qué pasa? –preguntó él, volviéndose con gesto contrariado.

El pulso de Nicola se desaceleró. Aquel hombre no la veía más que como a una empleada, no la encontraba atractiva como mujer. Así que por mucho que dudara de su propia fuerza de voluntad para resistir la tentación, podía estar tranquila: para él ella no representaba la menor tentación. Estaba allí para asumir la realidad y fortalecerse. Fantasear con su jefe no era la solución.

–¿Nicola?

–Perdona, es que acaba de pasárseme por la cabeza… Nada importante.

Cade sacudió la cabeza y siguió avanzando por el pasillo. Entró en una habitación que estaba al fondo y fue hasta las ventanas para levantar las persianas. Nicola se quedó boquiabierta.

–¿Tienes un gimnasio?

Había una cinta, bicicleta, una máquina de remar y aparatos de pesas.

Nicola recorrió la sala acariciando el equipamiento.

–Es fantástico. ¿Puedo usarlo?

–Claro –el rostro de Cade se tensó al añadir–. Desde que se fue Fran no lo ha usado nadie.

¿Fran?

–Mi exmujer –aclaró él, adelantándose a la pregunta.

La sombra que cruzó su rostro aconsejó a Nicola no hacer preguntas. Aun así, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no posar su mano en el brazo de Cade en un gesto de compasión. Él dio media vuelta y salió sin añadir palabra, y Nicola decidió esperar unos segundos para seguirlo.

–¿Qué tal te ha ido el día?

Nicola dejó los cubiertos en el plato al darse cuenta de que la pregunta de Cade iba dirigida a ella. Había concluido su segundo día en Waminda Downs y estaban todos juntos sentados a la mesa, cenando. Cade y ella apenas habían intercambiado algunas palabras desde que le enseñara el gimnasio.

–Mu-muy bien, gracias. ¿Y a ti?

En lugar de contestar, Cade preguntó a su vez:

–¿Te han dado algún problema las niñas?

Nicola las miró y sonrió. Habían pasado un día delicioso.

–Tus hijas son maravillosas. No te imaginas cuánto me gusta estar con ellas.

Cade sonrió a su vez.

–Se te nota en la cara.

Nicola se dijo que ese era otro aspecto de su personalidad que debía mejorar: no quería que sus emociones se reflejaran tan abiertamente en su rostro; quería resultar enigmática, distante.

–No pretendía criticarte –dijo él en voz baja.

¡Definitivamente, tenía que trabajar en ello!

Nicole suavizó su expresión y sonrió.

–Quería darte las gracias por dejarme usar el gimnasio.

Cade se encogió de hombros, pero una sonrisa bailó en sus ojos.

–¿Qué tal te va en la cinta? ¿Consigues mantener el equilibrio?

Nicola estuvo a punto de atragantarse con el agua que estaba bebiendo, pero la sonrisa de Cade le hizo sonreír.

–¡Ese es un golpe bajo!

–No he podido resistirme –Cade bebió de su cerveza–. ¿Has tenido algún problema con alguna de las máquinas?

–Todo funciona perfectamente. Aunque la odie, al menos la cinta es mucho más fácil de usar que la maldita máquina de remo.

Cade la miró por un instante y luego estalló en una carcajada.

Harry rio quedamente. Ella también rio, aunque más por unirse a los demás que porque supiera el motivo de la risa. Para no ser menos, Holly se sumó a la risa general.

«Nicola Ann, ¿siempre tienes que ser tan bocazas?».

Nicola se enfadó consigo mismo. Se suponía que estaba desarrollando una personalidad sofisticada y acababa diciendo lo primero que se le pasaba por la cabeza y resultando una payasa.

La frustración hizo que apretara los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. ¿Cuándo iba a aprender a pensar antes de hablar?

«Fracasada, inútil, servil».

Los insultos de su madre se sucedieron en su mente, y aún más altos, en su propia voz. Cerró los ojos y tomó aire.

–Lo siento, ha sonado fatal. Quería decir que…

Cade enarcó una ceja. Dejó de reír, pero siguió sonriendo y su sonrisa contagió a Nicola.

–Las máquinas son magníficas. Soy yo la que tiene una relación ambivalente con el ejercicio.

–Querida, a mí me pasa lo mismo –dijo Harry, dándole una palmadita en el brazo–. ¿Qué te parece si yo baño a las niñas mientras tú llenas el friegaplatos?

Era evidente que Harry adoraba a las niñas, y si quería bañarlas, Nicola no tenía ningún problema en distribuir con ella las tareas.

–Muy bien –se puso en pie y empezó a recoger la mesa.

–¡Nic, no olvides que has prometido leerme un cuento! –le recordó Ella.

Nicola puso los brazos en jarras y dijo:

–¿Cómo iba a olvidarme de algo tan importante?

Ella siguió a Harry riendo. Nicola miro hacia la mesa y vio que Cade la observaba, y aunque no supo interpretar su expresión, se le puso la carne de gallina. Fue a decir algo para romper el silencio, pero cerró los labios. La charlatanería no tenía nada de sofisticado. Llenó el friegaplatos sometiéndose a su silencioso escrutinio.

–Nicola –dijo él finalmente–. No me pega que seas una entusiasta del gimnasio.

No. Ella era más aficionada a acurrucarse en un sillón con un buen libro y una tableta de chocolate, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

–Y como sabes, tampoco se me da bien correr al aire libre –dijo, con lo que confió que resultara una sonrisa serena–. A pesar de lo

que he dicho, te estoy muy agradecida por dejarme usar el gimnasio –puso jabón en el friegaplatos y lo encendió–. Espero seguir usándolo.

Cade se puso en pie.

–Ven, quiero enseñarte algo.

Esas habían sido sus palabras cuando la llevó al gimnasio. Percibiendo que titubeaba, Cade insistió:

–Te aseguro que te va a encantar.

Nicola olía a mermelada de fresa. Cade lo había notado el día anterior, al ayudarla a levantarse del suelo. Desde entonces no había conseguido ni olvidarse de su olor ni dejar de ansiar volver a percibirlo. Mientras caminaba a su lado hacia los establos, lo aspiró hasta llenarse los pulmones.

La miró de soslayo. Seguía siendo un enigma. Cuando se relajaba y decía lo que pensaba, incluso riéndose de sí misma, conseguía hacerle reír. Con las niñas parecía bajar sus defensas, pero no así con Harry o con él. Especialmente con él.

Y sus ojeras lo inquietaban. Le hacían pensar en la amargura y la desesperación de las últimas Navidades, y ese era un recuerdo que quería borrar. Por eso estaba empeñado en que las de aquel año estuvieran llenas de esperanza y felicidad.

Frunció los labios. Tenía la intuición de que sacrificarse a diario en el gimnasio no iba a contribuir a borrar las ojeras de Nicola ni a insuflarle espíritu navideño. Tenía la impresión de que era más alguien a quien le gustaba jugar en equipo, independientemente de cuál fuera el deporte en cuestión: baloncesto, cricket o voleibol. Pero dado que, al menos hasta que llegara el resto de su familia, no podría organizar un partido, solo le quedaba una baza para ganársela y que se relajara.

La condujo al interior del cobertizo. Ella lo miró con sus increíbles ojos como si fuera a decir algo, pero no lo hizo, y Cade se preguntó por qué se esforzaba tanto en callar. La tomó del brazo y la guio a través de una puerta al establo. Los ojos de Nicola se abrieron a medida que avanzaban entre los cubículos de los caballos. Su respiración se aceleró y Cade sintió bajo la mano que su sangre se aceleraba.

La soltó, diciéndose que era un estúpido y que no debía tocarla. Deteniéndose ante uno de los cubículos, señaló al animal. La yegua

cabeceó suavemente y acercó el hocico para recibir el terrón de azúcar que Cade había robado en la cocina.

–Esta es Scarlett O’Hara –dijo a Nicola, que miraba al caballo como si fuera el primero que veía en su vida–. Está a tu disposición mientras estés en Waminda Downs.

Ella lo miró como si no hubiera entendido bien y Cade empezó impacientarse. ¿Se habría equivocado? A Nicola le gustaban los niños y los perros. Parecía lógico que también le gustaran los caballos.

Se encogió de hombros.

–Claro que si no quieres montar, no pasa nada. Pero si te apetece, me encantará enseñarte.

Los ojos de Nicola se humedecieron y él dio un paso atrás ¿Iba a llorar? Había pretendido animarla, no tener una escena.

Nicola entrelazó las manos bajo la barbilla.

–¿De verdad me enseñarías?

Por un instante, Cade pensó que parecía Ella. Hizo rotar los hombros y la observó con prevención.

–Claro.

Nicola tragó y sus ojos recuperaron su aspecto normal… O tan fascinante como era normal en ellos.

Alargó la mano hacia el cuello de Scarlett.

–Toda mi vida he querido aprender a montar.

Su rostro se iluminó y sonrió como lo hacía cuando hablaba con Ella y con Holly: una sonrisa enorme, genuina. Cade sintió el impacto de aquella sonrisa en el pecho; el suelo vibró bajo sus pies y por sus venas corrió un fuego que se asentó en su ingle. Por primera vez en dieciséis meses lo sacudió un intenso deseo.

Retrocedió un paso.

–Primera lección mañana a las seis y cuarto –dijo. Y dando media vuelta se fue apresuradamente, sin tan siquiera contestar al agradecimiento que Nicola gritó a su espalda.

Capítulo 3

CADE decidió que Jack, su capataz, diera la primera clase de montar a Nicola.

Pero a media mañana le pudo la curiosidad cuando la vio con Ella y Holly, bajo la sombra de una palmera con una manta extendida ante ellas.

Según se acercaba oyó que cantaban *Waltzing Matilda* con las cabezas inclinadas sobre… algo. Al menos Ella y Nicola cantaban mientras Holly tarareaba. Cade recorrió con la mirada el jardín y las decoraciones navideñas y se preguntó por qué no cantaban villancicos. Volvió la mirada a Nicola y se mordió el labio. Sin previo aviso, Holly trepó a su regazo y Nicola la estrechó contra sí a la vez que le retiraba el cabello de la cara y le daba un beso en la frente antes de volver a tomar un… lápiz. Estaban pintando un paisaje con canguros, koalas y tejones.

Cade contempló la escena y sintió algo dulce y cálido en su interior. Aunque le habría gustado que cantaran *Jingle Bells,* era evidente que Nicola había desarrollado una estrecha relación con las niñas en apenas un par de días, y eso era más importante que cualquier otra cosa.

–Ella –dijo Nicola, callando a mitad de un verso.

Solo entonces se sido cuenta Cade de lo bien que cantaba.

–Tengo ojos en la espalda –continuó Nicola–, y creo que tu padre está detrás de nosotras.

Ella se giró y, dando un grito de alegría, corrió a los brazos de Cade.

–Nic es una maga –dijo.

–Eso parece –contestó él, preguntándose cómo lo habría sabido.

Entonces Nicola se volvió, sonriendo.

–Soy maestra de primaria. Tener ojos en la espalda es un requisito indispensable.

Su sonrisa no hizo que el suelo temblara ni lo hizo arder en deseo. Cade dejó escapar un lento suspiro de alivio. La reacción de la noche anterior no había sido más que algo pasajero, un exceso de

actividad hormonal. Pero sí notó que el cabello de Nicola brillaba y que su piel resplandecía con un tono saludable.

–¿Qué tal ha ido la clase?

El rostro de Nicola se iluminó.

–¡Ha sido divertidísima!

El cuerpo de Cade respondió como si hubiera recibido un golpe. Se plantó sobre los dos pies para dominar la perturbadora sensación.

–Espero que no te haya molestado que mandara a Jack.

–En absoluto. Es un magnífico profesor.

Cade intuyó que, de hecho, Nicola se alegraba de que hubiera ido Jack y no él, y tuvo que reprimir el impulso de cuadrarse de hombros y…

–Dice que se me da bien.

También se lo había dicho a Cade. Era evidente que al viejo capataz le había caído bien la niñera.

–¿Tienes agujetas? –preguntó con una malicia que lo tomó por sorpresa.

–Todavía no.

Cade iba a decirle que las tendría por la mañana, pero en ese momento Ella se revolvió en sus brazos.

–Ven a ver el dibujo, papá. Nic ha traído un cuaderno y dice que podemos colorear uno cada día.

–¿Hay alguno de Navidad? –preguntó Cade sin poder contenerse.

Nicola se ruborizó, pero se limitó a contestar:

–Son escenas del paisaje australiano.

–¡Son preciosos! –anunció Ella.

Cade miró a Nicola y frunció los labios.

–¿Por qué no cantáis un villancico antes de que vuelva al trabajo?

–Sí, sí –gritó Ella dando palmas.

Cade habría jurado que Nicola ponía cara de resignación. Ella arrancó con *Rudolph, el reno de la nariz roja* y Nicola la siguió tras un par de notas. La dulzura de su voz dejó a Cade hipnotizado. Nicola le tiró un lápiz y cesó de cantar un instante para decir:

–Únete o vuelve al trabajo.

A Cade le hizo gracia su tono mandón de maestra y empezó a cantar a la vez que pintaba azul un koala.

Cuando terminaron, Ella exclamó entusiasmada:

–Solo quedan veinte noches para Navidad.

Nicola no dijo nada. Cade le alborotó el cabello y dijo:

–Así es, chiquitina.

–¡Quiero muchos regalos! –dijo Ella–. Quiero la película de *Rapunzel* y la Barbie excursionista.

Cade disimuló una sonrisa. Había encargado tanto una cosa como otra hacía semanas y estaban escondidos en lo alto de su armario

–Nic, ¿qué quieres que te traiga Papá Noel? –preguntó la niña.

–No creo que me traiga nada porque soy mayor.

Cade carraspeó.

–En Waminda, Papá Noel le trae algo a todo el mundo.

Cade vio en los fascinantes ojos de Nicola que había comprendido.

–Todos los años le trae una caja de bombones a Harry y… algo en una botella –dijo Ella.

Nicola miró a Cade:

–¿Perfume?

–Baileys.

Nicola contuvo la risa.

–Creo que yo quiero lo mismo

–¿No prefieres la furgoneta de la Barbie? –preguntó Ella, desilusionada.

–Ya tengo una. Me la trajo Papá Noel cuando tenía seis años.

–Ah, vale –Ella volvió a colorear.

Cade frunció el ceño. Una caja de bombones y una botella de Baileys no era el regalo apropiado para Nicola.

–¿Si pudieras tener lo que fuera, qué pedirías?

Nicola sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Era evidente que no le importaba, y eso lo desconcertó.

–Aparte de un caballo –insistió–, ¿qué otros regalos pedías que nunca llegaste a tener?

Nicola miró al cielo con los labios fruncidos.

–Novelas románticas.

Cade parpadeó.

–Me encantaban. Cuando cumplí catorce años pedí una colección, pero recibí las obras completas de Jane Austen encuadernadas en piel. Y no digo que no sea romántica. Además, me encanta Jane Austen, pero…

No era lo que ella había pedido. Frunció el ceño.

–Hace años que no leo una novela romántica –miró a Cade y sacudió la cabeza, pero con cuidado de no despertar a Holly–. Quizá mi vida ha sido peor por eso.

Cade la observó con su hija pequeña en brazos.

–Pareces la Virgen con el niño.

Nicola rio.

–Te aseguro que no tengo nada de inmaculada.

Cade contuvo la risa y ella, tensándose, volvió a retraerse tal y como solía hacer, como si le diera rabia haber hecho aquel comentario aunque fuera divertido y le hubiera hecho reír. Con ello consiguió poner a Cade de mal humor.

–Tengo que volver al trabajo –dijo, poniéndose bruscamente en pie.

–Adiós, papá.

Tras dar algunos pasos, Cade se volvió y dijo:

–Un baño de agua caliente ayudará con las agujetas.

Y se alejó a paso firme para borrar la imagen de Nicola en un baño humeante, con los ojos entornados de placer, antes de que el suelo volviera a moverse bajo sus pies. Reprimió un juramento. Por muy necesarias que fueran para la vida, las hormonas podían jugar muy malas pasadas.

Diez días más tarde llegó la familia de Cade; su madre y todo su equipaje en un avión, su hermana y sus gemelos de cinco años en otro. Su cuñado llegaría la noche de Navidad.

Aquel era el plan con el que Cade había soñado: una celebración en familia, llena de risas y diversión.

Fue inevitable que notara que Nicola se mantenía distante. Él mismo había hecho lo posible por evitarla durante la semana anterior, aunque infructuosamente.

Después de cenar, la había visto mirar con anhelo el cuenco con las pasas cubiertas de chocolate, las pastas y los bizcochos que Harry ponía en la mesa. Y aunque no tocaba ni una cosa ni otra, estaba claro que eran las pasas la tentación a la que más le costaba resistirse. A Cade le hizo sonreír su actitud, y tuvo la certeza de que en algún momento alargaría la mano y tomaría un puñado. Pero no lo hizo.

Y, observándola, un intenso calor se le concentró en el pecho.

Cuando empezaron a cantar villancicos, también se dio cuenta

de que su mirada se apagaba aunque mantuviera la sonrisa. Y no le pasó desapercibida cuando, sigilosamente, salió al porche cuando creyó que todos estaban distraídos.

Cade contó hasta diez, que eran los días que quedaban para la Navidad, y la siguió.

Nicola miró al cielo y le asombró la cantidad de estrellas que se veían. Nunca había visto tantas. Girando la esquina del porche, alejándose de la luz de la cocina y donde apenas oía el murmullo de los villancicos, las encontró aún más grandes y brillantes.

A cierta distancia de las muestras de felicidad navideña, el peso que sentía en el pecho se le hizo algo más llevadero.

Hasta que se activó su sexto sentido: Cade. Y entonces otro tipo de presión le aceleró la sangre. Sin volverse, dijo:

–Deberías estar dentro, disfrutando de tu familia.

–Tú también.

Entonces Nicola se giró.

–No es mi familia, Cade. Además, creo que es bueno que Ella y Holly disfruten de su abuela, de su tía y de sus primos sin que yo esté en medio. Y no te preocupes, que llevo reloj y no se me va a pasar la hora del baño y de ir a la cama.

–Tres cosas –dijo él con firmeza–: Una, no estás en medio. Dos, mientras estés en Waminda, formas parte de la familia. Tres, he pedido a Harry que acueste a las niñas. He visto todo lo que la has ayudado con la cena.

A Nicola no le gusto su tono. Tan solo un mes antes lo habría pasado por alto; pero la nueva versión de sí misma reaccionó.

–Uno –alzó un dedo–, estoy aquí para hacer un trabajo y no necesito que nadie lo haga por mí –como tampoco estaba dispuesta a hacer el de los demás–. Y dos, tengo derecho a unos momentos de tranquilidad de vez en cuando sin que me acuses de estar boicoteando el espíritu navideño.

No tenía la menor intención de estropearles las Navidades. Por eso mismo había salido: porque se había emocionado y había temido estallar en llanto. Pero ¿cómo podía explicárselo?

–No pretendía ofenderte.

El tono arrepentido de Cade hizo que se avergonzara de sí misma. Él solo quería proporcionar a sus hijas y a su familia una Navidad feliz. No era responsable de los traumas que ella tuviera; y

solo tendría que soportar el ambiente navideño un par de semanas y media.

«La entereza nunca ha sido una de tus virtudes, ¿verdad, Nicola Ann?».

Nicola apretó los dientes, diciéndose que la situación no era muy distinta a la de entretener una clase, para lo que estaba capacitada incluso con una mano atada a la espalda. Solo era un trabajo. Tomó aire.

–Está bien, entremos –dio una palmada–. He tomado las tres bocanadas de aire que necesitaba para resistirme a los chocolates. Mi plan de comida saludable sigue intacto. Además, creo que todavía no hemos cantado *El buen rey Wenceslas*, que es mi villancico favorito.

–No.

El monosílabo, junto con la mano que Cade posó en su brazo, la paró en seco.

–¿No? ¿Por qué no? –¿no acababa de acceder a lo que él quería?

–Esto no es solo un trabajo.

Aunque Nicola no estaba de acuerdo, mantuvo la boca cerrada. Los padres odiaban que se les recordara que enseñar a sus hijos era un trabajo y no un regalo del cielo. Además, si le aclaraba que la descripción de su puesto era «niñera», y no «amiga», le haría creer que Ella y Holly no le importaban, cuando lo cierto era que las adoraba.

Sin embargo, nada de eso cambiaba el hecho de que era un trabajo, y de que, por más que Cade y su familia la incluyeran en sus festejos, seguía sin ser uno de ellos.

Ser consciente de ello no le provocaba amargura, solo era una constatación. Lo cual no significaba que no le hubiera encantado tener una familia como aquella.

En ese momento fue consciente del calor de la mano de Cade que se extendía por su brazo, y se le aceleró el pulso.

–Suélteme, caballero –aunque había pretendido que sonara como una broma, la voz le salió susurrante.

Cade la soltó, pero permaneció tan cerca de ella que Nicola pudo aspirar su olor a limpio. Tragó saliva. La noche estrellada, un hombre y una mujer… «¡Olvídalo!». Sabía que aquel tipo de pensamiento era absurdo y que Cade ni siquiera se había fijado en las estrellas, o en que ella fuera una mujer. Aun así, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para retroceder un paso cuando, de haber

sido más sensata, debía haber salido corriendo.

Frunció los labios, despreciándose por ser tan débil.

–Si no quieres que entremos, ¿por qué has venido a buscarme?

–Quiero que escuches.

Pasaron varios segundos, hasta que Nicola finalmente preguntó:

–¿El qué?

Cade la tomó del brazo y de nuevo sus sentidos reaccionaron al calor de su tacto. Cade la condujo hasta un banco; indicándole que se sentara, la soltó.

–Quiero explicarte por qué este año las Navidades son tan importantes para mí y las niñas.

Instintivamente, Nicola supo que no quería saberlo. Ya tenía bastantes problemas propios como para cargar con los ajenos. Pero cuando miró a Cade supo que no tenía el valor de negarse a escucharlo. Por un instante pareció exhausto y abatido, tal y como ella se despertaba cada mañana… hasta que recordaba dónde estaba y que la esperaba una clase de equitación.

Cade se sentó a su lado y a Nicola se le secó la garganta al ver cómo las comisuras de sus labios se curvaban hacia abajo, cómo se le hundía el pecho y parecía costarle respirar. Era evidente que necesitaba compartir con alguien lo que le pasaba. ¿Y por qué no hacerlo con la niñera temporal que se iría en seis semanas?

«Solo es un trabajo», se recordó

Pero tenía la sensación de que era mucho más que eso, y no sabía cuándo se había producido ese cambio. Contuvo un suspiro. ¡Y eso que creía haber conseguido mantenerse distante!

Cade estaba sentado a su lado sin que sus hombros se tocaran. Nicola miró al cielo y esperó.

–Las pasadas Navidades –empezó el finalmente–, fueron las primeras sin Fran.

El dolor que su voz trasmitía hizo que a Nicola se le atenazara la garganta.

–Se había ido unos cuatro meses antes, pero…

Cade agachó la cabeza y se pasó las manos por el cabello. Nicola posó una mano sobre su brazo y notó sus músculos tensarse bajo los dedos.

–Sabes que no tienes por qué contármelo.

Cade posó su mano sobre la de ella, la apretó y luego, tomándola la devolvió al regazo de Nicola. Esta se sintió rechazada, pero prefirió no pensar ello y se concentró en el cielo y en su propia

respiración.

–Creo que es mejor que lo sepas.

Nicola se limitó a asentir con la cabeza.

–Fran nos dejó a finales de agosto en Waminda y se fue a Brisbane –Cade hizo una pausa–. Pensé que solo necesitaba un poco de tiempo. No es fácil acostumbrarse al aislamiento de una explotación ganadera, y con dos niñas pequeñas, una de ellas de apenas tres meses, comprendía que estuviera agotada.

Nicola frunció el ceño.

–¿Quieres decir que dejó a Ella y a Holly aquí?

En la penumbra, vio que Cade sonreía con tristeza.

–Exactamente.

Nicola se mordió la lengua y volvió a contemplar el cielo. No podía concebir que alguien dejara atrás a Ella y a Holly, a no ser que…

–¿Sufría de depresión posparto?

–Eso me dijo. Estaba viendo a un terapeuta. Hasta yo llegué a hablar con él.

Nicola comprendió la frustración, la rabia de Cade, pero…

–Sabes que no podía evitarlo.

–Y yo estaba dispuesto a ayudarla a salir de su depresión, Nicola. Habría hecho lo que fuera para que la superara. La instalé en un apartamento en la ciudad para que viera a su terapeuta tan a menudo como fuera preciso, y para que tuviera el cambio de aires que decía necesitar. Le envié todo el dinero que me pidió; fui a visitarla con las niñas para que las viera tan a menudo como pude. Y durante todo ese tiempo, la excusé ante las niñas su ausencia y su comportamiento errático. Después de todo, estaba deprimida. No podía hacer nada al respecto, y aunque me resultara difícil, peor lo estaba pasando ella, ¿verdad?

Cade había ido alzando la voz con cada una de sus frases. Nicola tragó saliva y asintió.

–Claro –dijo, pero se asió al borde del banco y añadió–: ¿Pero…?

Cade reposó la cabeza en la pared.

–Pero todo era mentira.

–¿Una mentira?

–Un engaño, una trampa para ocultarme lo que realmente estaba pasando.

Nicola sintió la boca seca.

–¿Qué estaba pasando?

–Durante tres meses me hizo creer que teníamos una oportunidad, pero en realidad planeaba dejarme a mí y a las niñas por otro hombre.

Nicola se quedó boquiabierta.

–¿Te mintió a lo largo de tres meses?

Cade hizo una mueca y se señaló la frente.

–¿No ves el letrero que dice «estúpido»?

–No fuiste estúpido. Confiabas en ella, la apoyaste… ¡Estabais casados! –Nicola se llevó las manos a las sienes. Al menos Brad la había dejado antes de que se casaran.

–Se ve que había pensado volver a Waminda si las cosas no iban bien con su texano millonario.

Nicola abrió los ojos desorbitadamente.

–Asumo que sí salieron bien.

–Así es.

–Supongo que no sirve de consuelo que te diga que estás mejor sin ella.

–Un poco –Cade sonrió, aunque solo brevemente–. Pero Ella y Holly no están mejor sin su madre.

–Desde luego que no –Nicola no pudo disimular su espanto–. ¿Quién tomó la decisión?

Comprendía el resentimiento y la rabia de Cade, pero de ahí a impedir que su esposa viera a sus hijas…

–Ella –dijo él en tono sombrío, y Nicola se dio cuenta al instante que Cade no habría actuado de aquella manera–. Cito literalmente: «no pienso arrastrar el peso de una relación anterior, como las niñas, a mí nueva vida. A Chip no le gustaría».

–¡Dios mío! –Nicola no ocultó su indignación–. ¿Cómo lo conoció?

–En Internet.

–¡Pobres Ella y Holly! –exclamó Nicola.

–Y que lo digas.

Y pobre Cade. Lo miró y quiso animarlo.

–Las chicas parecen haberlo superado.

Ella a veces se mostraba algo ansiosa, pero, dadas las circunstancias, era comprensible. Holly era muy pequeña, y quizá pasarían años antes de saber hasta qué punto le había afectado.

–Tengo la impresión de que empezamos a ver la luz al final del túnel.

El tono de Cade indicaba hasta qué punto había sido un infierno.

–¿Y estas Navidades son el símbolo de un nuevo comienzo?

–Al menos un intento de compensarlas por la pesadilla de las pasadas –dijo Cade, entrelazando los dedos–. Prácticamente no las celebramos.

Si Fran se había ido en agosto, pero habían pasado tres meses antes de…

–¿Fran rompió contigo en noviembre?

–A principios de diciembre –dijo él.

–¡Cade, no puedes sentirte culpable! Necesitabas tiempo para asimilar el golpe.

–No es excusa para haber negado a Ella y a Holly unos días felices en medio del horror. Mi madre y mi hermana intentaron convencerme de que fuera a pasar las fiestas con ellas en Brisbane, pero era el último sitio al que quería ir. Me espantaba pensar que Fran estaba tan cerca y que no quería ni ver a sus hijas.

Cade sacudió la cabeza. Sobraban las palabras.

–Siento mucho todo lo que has sufrido. Si te sirve de consuelo, vas a conseguir que Ella y Holly tengan las mejores Navidades de toda su vida.

Cade la miró de soslayo.

–Aunque no parece que consiga que su niñera muestre ningún entusiasmo con las festividades… –Cade esperó a que Nicola aprovechara la indirecta para contarle algo. Al ver que no era así, preguntó directamente–: ¿Por qué estás pasando la Navidad en Waminda Downs en lugar de rodeada de tu familia y amigos?

Habló con una ternura que desarmó a Nicola, como si comprendiera que también ella había experimentado un infierno. Cuando abrió la boca, Cade le puso un dedo en los labios y añadió:

–Y no me digas que querías conocer la Australia auténtica, ni vivir una aventura. Eso podrías leerlo en un folleto de viajes.

Nicola notó, espantada que se le empañaban los ojos. Cade tenía razón: después de lo que él había compartido con ella, lo mínimo que se merecía era que ella fuera sincera. Nicola solo habló cuando tuvo la certeza de que no se le quebraría la voz.

–No estoy pasando la Navidad con mi familia porque solo tengo a mi madre y a mi tía; y mi madre no es especialmente… afectuosa.

–Lo siento.

Nicola se encogió de hombros.

–Venimos de una familia con dinero, pero lo único que mi madre no ha podido comprar es una hija como la que siempre había

soñado tener –suspiró e intentó sonreír–. No he sido ni rubia ni esbelta, ni la princesa a la que le gusta la moda y los bailes de beneficencia –hizo una mueca–. ¡Y encima decidí ganarme la vida como maestra en lugar de por lo menos ser doctora o abogada!

Cade apoyó los codos en las rodillas.

–¿Está ciega? –preguntó.

–No, ve el mundo desde su punto de vista y no concibe ningún otro –dijo Nicola, riendo–. «Nicola Ann, tienes veintisiete años y eres demasiado mayor como para ir por ahí cuidando niños. Piensa en el polvo y el calor que hará; ¿qué voy a contarles a mis amigas?».

–¿Te dijo eso?

–Literalmente –Nicola se miró las manos–. La comida de Navidad consiste en que mi tía y mi madre me critiquen. He hecho esto mal, lo otro… Supongo que te haces una idea.

–Me temo que sí –dijo él en tono sombrío.

–Y este año no podía enfrentarme a ello. Normalmente lo soporto porque al menos luego sé que lo celebro con mis amigos.

–¿Y este año no hay fiesta?

Claro que la había, pero ella no quería ir.

–¿Nicola?

Ella no había planeado contarlo. Se negaba a ser objeto de lástima.

–Te ruego que no se lo cuentes a nadie –comentó.

–No se me hubiera ocurrido, pero te doy mi palabra de honor.

Nicola pensó que estaba a tiempo de buscar una excusa e irse a su dormitorio, pero se dio cuenta de que quería compartirlo, y quizá con ello exorcizar los pensamientos que la envenenaban.

Suspiró tan profundamente que su cuerpo se estremeció.

–Ahora mismo debería estar preparando mi boda.

Cade giró la cabeza hacia ella bruscamente.

–¿Estás prometida?

–Lo estaba.

–Vaya, lo siento. Yo…

Dejó la frase en el aire, como la mayoría de sus amigos cuando oían la noticia.

–Me dejo por otra mujer; y sí, antes de que lo digas: ha sido mejor saberlo antes de que nos casáramos; que es un duro golpe pero… –Nicola lo miró–. ¿Verdad?

–Habría imaginado que estar rodeada de tus amigos, de su

cariño y su comprensión, te sentaría bien, ¿no?

Nicola rio con amargura.

–Se me había olvidado un pequeño detalle. Mi prometido me dejó por mi mejor amiga.

Capítulo 4

NICOLA no pudo mirar a Cade después de su última frase, pero el silencio se le hizo insoportable.

–Seguimos siendo amigos. Brad y Diane no pretendían hacerme daño. Simplemente, pasó.

–¡Qué actitud tan adulta! –masculló él.

Nicola sonrió con amargura. Cade tenía razón. Sonaba como una actriz de una película de serie B.

Cuando lo miró, supo que la indignación que reflejaban sus ojos iba dirigida a Brad y a Diane, y se sintió reconfortada. Por mucho que no hubieran pretendido hacerle daño, se lo habían hecho. Habían destruido algo en su interior que no estaba segura de poder reparar.

–Anunciaron su compromiso el mes pasado y me di cuenta de que no podía pasar la Navidad en Melbourne.

–Por eso solicitaste este trabajo.

Nicola sonrió a modo de disculpa.

–Así es. Cuando llegué, me preguntaste de qué huía. No estoy huyendo, solo necesito un tiempo para recuperarme y poder enfrentarme a la situación.

Cade asintió en silencio.

Nicola continuó:

–Ahora me doy cuenta de que no he sido justa, pero pensaba que tendría un papel más discreto y que podría disimular mi rechazo a las Navidades.

De pronto su comportamiento le resultó terriblemente egoísta. Al ver que Cade seguía callado, añadió:

–¿Quieres que me vaya?

Cade permaneció en silencio y el corazón de Nicola se aceleró. Al mirarlo vio que la observaba con ojos centelleantes.

–¿Y por qué estás obsesionada con ponerte en forma y perder peso?

Nicola miró a las estrellas como si fueran a acudir en su ayuda. Habría querido tomar una y pedir un deseo.

–¿Nicola?

Ella suspiró.

–Me he propuesto mejorar, hacerme fuerte física y emocionalmente.

Cade la miró con incredulidad.

–¿Y cómo piensas conseguirlo?

La dulzura de su tono hizo que Nicola tuviera que resistir la tentación de volverse a mirarlo.

–Quiero tener mejor aspecto –explicó–. Quiero encontrarme mejor y que la gente no me considere una víctima. Quiero ser más astuta. No vi venir lo de Brad y Diane ni por asomo –se irguió–. Y quiero ser más… serena y sofisticada. Así la gente dejara de sentir lástima por mí, me respetará y podré… pasar página.

–¿Nicola?

Ella finalmente lo miró.

–Cambiar está bien, pero no lo lleves al extremo. Que no se aprovechen de ti no significa que tengas que volverte antipática.

Nicola lo miró boquiabierta.

–¿Eso es lo que parezco?

Cade se encogió de hombros. Nicola repasó algunos momentos, y al recordar cómo se había esforzado por mantener las distancias, se ruborizó.

–No he conseguido el equilibrio, ¿verdad?

–Podrías mejorarlo.

Cambiar estaba resultando más difícil de lo que había calculado.

–Lo que necesito es un hada madrina a la que pedir tres deseos –dijo, suspirando.

–¿Y qué le pedirías?

–Estar en buena forma –lo que significaba delgada, pero habría sonado demasiado superficial–. Trasmitir seguridad en mí misma –al margen de cómo se sintiera–. Y… ser capaz de enfrentarme a la realidad –y dejar de estar tan enfadada, añadió en silencio.

–Todo eso es muy noble –dijo él con un leve tono sarcástico–. Ahora dime la verdad.

Nicola lo miró desconcertada. ¿Cómo lo había adivinado? Se le secó la boca.

–¿La verdad sin tapujos?

–Exactamente.

¿Qué pensaría de ella si se lo contaba? Nicola se recordó que ya no le importaba la opinión de los demás. Frunció el ceño. Bueno, no

le importaba tanto. Tenía que encontrar el equilibrio. Y lo conseguiría.

–Está bien –tomó aire y continuó–: Quiero estar guapa en la boda. Quiero que se sientan mal porque son felices a mi costa, pero que al mismo tiempo me admiren y… me echen de menos. Porque aunque seguimos siendo amigos, todo ha cambiado.

Cade la observó. Nicola se retiró el cabello de la cara. Seguro que pensaba que era superficial y débil. Sacudió la cabeza.

–¿Qué? –preguntó airada.

–No has pedido recuperar a Brad.

–No quiero recuperarlo –si lo repetía suficiente, acabaría creyéndolo. Y en gran parte, era verdad. ¿Quién quería un marido deshonesto que no la amaba?

Pero… ¡Cuánto anhelaba la promesa de la vida que podían haber tenido: el hogar, los niños, las risas; la sensación de haber encontrado un lugar en el mundo!

Le ardieron los ojos. Parpadeó y alzó la barbilla.

–Quiero ir acompañada a la boda para que nadie sienta pena de mí –concluyó.

–En resumen: quieres estar preciosa, poder llevar la cabeza bien alta y un hombre atractivo a tu lado –cuando Nicola asintió, Cade dijo–: No hay nada vergonzoso en ello.

Nicola tragó saliva.

–Iba a añadir que en cuanto Diane me viera, temiera que pudiera robarle a Brad; y que en cuanto Brad me viera, se preguntara si no habría elegido la mujer equivocada.

–¿Pero…?

–Pero no es verdad. Solo que a veces la rabia es irracional – bajó la mirada–. En el fondo les deseo lo mejor.

Cade se reclinó en el respaldo y la miró.

–La rabia no es irracional.

Nicola solo estaba parcialmente de acuerdo.

–Surge cuando menos lo espero. Viene cargada de amargura y es implacable. Odio sentirla.

–Irá pasando con el tiempo.

Nicola confiaba en que fuera cierto.

Cade permaneció callado unos segundos. Luego se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

–¿Qué te parece si hacemos un trato?

Nicola enarcó una ceja.

–¿Qué tipo de trato?

–Yo te ayudaré a ponerte en forma y te acompañaré a la boda.

Nicola se quedó boquiabierta. ¿Cade, su acompañante?

–¿A cambio de qué? –preguntó con el corazón acelerado.

–A cambio de que me ayudes a que estas sean las mejores Navidades para las niñas y para mi familia.

El corazón seguía martilleando el pecho de Nicola.

–Cade, me parece demasiado pedirte que me acompañes a la boda.

–¿Tienes algún otro candidato?

–No, pero…

–Tómatelo como una bonificación navideña.

Nicola no dudaba de que sería la mejor compañía, de que su presencia le haría sentirse mucho más segura. Ladeó la cabeza.

–Está bien, sé más preciso. ¿Cómo esperas que ayude a la felicidad general?

Cade le ofrecía mucho y quería estar segura de que podría cumplir con su parte.

–Ayudándome a decorar la casa con los niños. Cantando villancicos. Escribiendo las cartas a Papá Noel con los pequeños… Quiero que te comportes como un miembro de la familia.

¿Cade la ayudaría a ponerse en forma e iría con ella a la boda y todo lo que tenía que hacer a cambio era unirse al espíritu navideño?

Le tendió la mano.

–Trato hecho.

Él se la estrechó. Luego la retuvo en la suya lo bastante como para que el corazón de Nicola volviera a acelerarse.

–Nicola…

Su nombre sonó como una caricia. Brad nunca lo había pronunciado así.

–¿Sí?

–Sé que han herido tu orgullo, y respeto tu deseo de ponerte en forma, pero en cuanto a lo de perder peso… y todo lo demás, yo no creo que tengas que cambiar un ápice.

Por un instante, Nicola creyó que era sincero.

«¡Nicola Ann, no seas ingenua!».

Nicola se estremeció al oír la risa despectiva de su madre. Liberó su mano y fue hasta uno de los postes de la baranda. Rodeándose la cintura con los brazos, dijo:

–¿Quieres decir que no tengo remedio?

–¡Yo no he dicho eso! –protestó Cade. Fue hasta ella, la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo a la cara–. ¿Sabes que puedes ser exasperante?

Prefería ser exasperante que digna de lástima. La expresión de Cade se suavizó, y dijo:

–Lo siento –le acarició la barbilla–. No debería haber saltado.

–Yo también lo siento –dijo ella, tragando saliva–. A veces soy muy susceptible.

–No es fácil recuperarse de un golpe como el que has recibido, Nicola. Pero no necesitas cambiar y llegará el momento en que te des cuenta de que tengo razón.

Nicola lo dudaba, pero estaba sin palabras. El roce de la mano de Cade despertó su piel a la vida; su pulgar por debajo de su labio inferior le hizo contener la respiración con tal fuerza que su cuerpo se sacudió.

–Tienes los ojos más increíbles que he visto en mi vida –musitó él.

No la miraba a los ojos, sino a los labios. Y los observaba como si estuviera hambriento. Su mirada mantuvo a Nicola atrapada y acalló los comentarios de incredulidad de su madre. En algún lugar profundo de su mente sabía que debía irse, pero se asió a la barandilla como si quisiera permanecer anclada. Cade se había convertido en la estrella más brillante del cielo y ella quería entregarse a su calor a su… deseo. Aunque solo fuera por unos segundos.

Cade le tomó una mano y se acercó a Nicola hasta que sus pechos se rozaron.

–Hueles a mermelada de fresa.

Nicola habría querido peguntarle si eso era bueno o malo, pero no pudo articular palabra. Solo consiguió separar los labios. Y cuando Cade lo vio, supo lo que significaba.

Sus ojos brillaron, sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción; le pasó el pulgar por los labios y ella dejó escapar un suspiro sofocado.

–Unos ojos increíbles –repitió él–. Y un cabello que brilla bajo las estrellas –deslizó la mano hacia su nuca y le inclinó la cabeza para devorarla con la mirada.

Iba a besarla. Nicola lo sabía y lo esperaba ansiosa, expectante.

Y por cómo centelleaban los ojos de Cade, supo que intuía que

ella lo deseaba tanto como él, que no encontraría resistencia.

Sus labios descendieron sobre los de ella, al tiempo que Cade le presionaba la nuca como si la exigiera acudir a su encuentro. Y ella accedió, con los labios listos para saborear plenamente los de él.

El beso no tuvo nada de titubeante. En sus veintisiete años, Nicola no recordaba haberse dado un beso tan adulto. No hubo preliminares ni vacilaciones. Solo una pregunta, una respuesta y el pleno gozo, la entrega total a participar en la satisfacción de un deseo compartido.

Y el placer que sintió sacudió a Nicola hasta la médula. Se asió a los brazos de Cade y el calor de su piel, que sintió a través de la camisa, se trasmitió a sus dedos, llenándola de un sentimiento de fuerza. El brazo de Cade serpenteó en torno a su cintura para atraerla aún más hacia sí, y Nicola se alegró de poder liberar sus manos para recorrer sus hombros y su cuello hasta enterrar los dedos en su cabello.

El beso se prolongó, y cuanto más duraba, más fuerte y llena de energía se sentía, también más anhelante, más deseosa de más… ¡Mucho más!

Finalmente, Cade alzó la cabeza pero no la soltó. Tampoco ella retiró el brazo de su cuello. Se miraron fijamente.

–Si seguimos, vamos a llegar al punto de no retorno –dijo él con voz ronca. Nicola asintió con la cabeza. El pecho de Cade seguía presionado contra el suyo y podía sentirlo respirar agitadamente–. Tengo que reflexionar.

También ella. Como si alcanzaran un acuerdo mudo, se soltaron. Nicola fue hacia el banco al notar que le temblaban las piernas.

Sin volverse, él dijo:

–No estoy preparado para nada serio.

Después de lo que acababa de contarle sobre su matrimonio, Nicola lo comprendía perfectamente.

–Yo tampoco –dijo ella. Y no mentía.

Cade se volvió y Nicola pudo leer la pregunta en su mirada. Ella estaba allí para recuperarse; un romance pasajero no era la respuesta, e incluso podría perjudicarla. Se puso en pie.

–No.

Percibió la mezcla de alivio y frustración que sintió Cade, que se limitó a asentir con la cabeza.

–Si me acostara contigo, sería en parte para vengarme de Brad y de Diane. Puede que a ti te dé lo mismo –¿no eran los hombres pura

hormona?–, pero a mí no.

–Te equivocas, Nicola. No me gustaría sentirme utilizado.

–Además, no quiero acabar enamorándome. Ahora mismo mis sentimientos son tan confusos que no me fio de mí misma. Puedo decir hasta desgañitarme que no quiero nada serio, pero…

–Pero a veces, por más que uno intente mantener los sentimientos al margen, las cosas se complican.

–Ninguno de los dos necesita complicaciones –apuntó Nicola, aunque la sangre se rebeló en sus venas. Tragó saliva, convenciéndose de que estaba haciendo lo correcto–. Además, tienes que tener en cuenta a las niñas.

–Así es.

–Y yo ya no confío en el amor romántico; más bien pienso que es una burbuja que termina por estallar. Espero encontrar a alguien en el camino con quien casarme y tener hijos, pero iré plenamente consciente al matrimonio. Y ahora mismo tengo la mente nublada.

Se observaron en silencio.

–Lo siento –añadió Nicola, que sentía necesaria una disculpa.

Cade sacudió la cabeza.

–La primera lección en DP es no disculparte por algo de lo que no tienes culpa. Nunca te disculpes por ser sincera.

–¿DP?

–Desarrollo Personal.

–Desarrollo personal –musitó ella–. Me gusta –y fue hacia la puerta. Pero aunque volvía a tener la cabeza sobre los hombros, su cuerpo seguía bajo el efecto de la proximidad de Cade. Ansiaba tocarlo, sentir sus labios–. Bue-bueno… Supongo que debería irme a dormir.

–¿Nicola?

Cuando se dio la vuelta, Cade preguntó:

–¿Qué querías decir con que te casarías siendo plenamente consciente?

Nicola no podía ver el rostro de Cade porque estaba a contraluz.

–Por lo que he visto, en las relaciones hay los que dan y los que reciben. Hasta ahora he sido de los que dan. En el futuro quiero ser de los que reciben. Pienso conseguir exactamente lo que quiero,

–Así que quieres una marioneta –dijo Cade, dejando escapar un silbido–, menos mal que nos has parado o estaría metido en un lío –bromeó. Y consiguió que Nicola riera.

–No te preocupes, Cade. Nunca entrarías en esa categoría –podía

ser muchas cosas menos una marioneta–. Dado lo que has sufrido, dudo que vuelvas a pensar en matrimonio.

–Desde luego que no.

–Así que no cometería el error de considerarte disponible.

Cade se movió. Nicola seguía sin ver su rostro claramente.

–Pero si la razón principal de casarte es tener hijos, podrías recurrir a la inseminación artificial en lugar de obligarte a mantener una relación con un hombre al que no respetarías.

Nicola se quedó paralizada.

–No te falta razón –podía evitarse las complicaciones del amor. Era una idea que no se había planteado–. Buenas noches, Cade.

Nicola dio media vuelta y entró en casa.

Cade puso manos a la obra desde el mismo día siguiente. La mala opinión que Nicola tenía de los seres humanos estaba justificada, así que quería demostrarle que algunas personas mantenían sus promesas.

Mientras ella estaba jugando en el jardín con los niños, Cade llevó a su madre y Delia a la cocina, donde Harry estaba preparando la comida. Verity Hindmarsh miró por la ventana, atraída por las risas de los niños, y sonrió.

–Nicola es una joya.

–Desde luego –comentó Harry.

–Es fabulosa con Jamie y Simon –dijo Dee–. Aunque es muy callada.

Jamie y Simon acababan de cumplir cinco años y tenían una cantidad de energía que agotaba a Cade con solo mirarlos. Dee estaba encantada de que hubiera otra persona para cuidar de ellos. Y aunque Cade lo comprendía, quería asegurarse de que no cargaban a Nicola con más trabajo del que le correspondía.

–Precisamente quería hablaros de Nicola –las tres mujeres se volvieron hacia él–. Acabo de enterarme de que nunca ha pasado unas buenas Navidades. Por lo que sé, solo están ella y su madre, con la que no se lleva particularmente bien.

Harry miró por la ventana y dijo:

–Probablemente por eso tiene esa obsesión con hacer ejercicio y perder peso.

El comentario captó la atención instantánea de las otras dos mujeres.

–Empezó corriendo –Harry lanzó una mirada a Cade–, pero no pareció gustarle. Así que Cade le dejó usar el gimnasio de Fran.

Al ver que lo miraban, Cade tuvo el impulso de salir corriendo.

–No tiene sentido que esté sin usar –masculló–. Pero no parece que le entusiasme.

–Así que cuando se enteró de que Nicola siempre había querido aprender a montar a caballo –siguió Harry mientras cortaba un tomate–, le organizó unas clases con Jack.

–¡Qué detalle tan bonito! –dijo su madre. Y Cade se sintió como un niño de siete años que hubiera ganado la aprobación materna. Algo que Nicola no debía haber experimentado nunca–. Pero ¿por qué no le enseñas tú mismo?

Cade no quería entrar en ese tema.

–Nicola y Jack se llevan fenomenal; y él lo está disfrutando.

–Pero Jack está mayor –comentó Harry.

–Sigue teniendo la misma energía de siempre.

–Cariño… –su madre posó una mano en su brazo y lo miró con una mezcla de alivio y satisfacción–, creía que te había perdido para siempre después de lo que te hizo Fran, pero estoy encantada de ver que vuelves a ser el mismo de siempre.

La traición de Fran había dejado en él una marca indeleble. De no haber sido por las niñas, no se habría recuperado. En aquel momento, se dio cuenta de que también aquellas tres mujeres habían tenido que soportar su mal humor durante todo ese tiempo y que lo habían apoyado sin fisuras. Miró por la ventana. Era muy afortunado.

–Sé que he estado insoportable, y siento haber… –empezó.

–No te disculpes –lo cortó su madre–. Solo dime que has superado lo peor.

Cade asintió.

–He dejado de pensar en el pasado obsesivamente. No sé si algún día comprenderé por qué Fran ha actuado como lo ha hecho, pero es hora de mirar al futuro.

–¿Y una bonita niñera tiene que ver algo en ese cambio? –preguntó Delia con sorna.

–¡Por Dios, Delia, no todo en este mundo está relacionado con el sexo y el amor! –replicó él, airado. Dee lo miró con escepticismo–. Solo es que Nicola está un poco perdida, y he pensado que podíamos… hacer que se sintiera en casa… y mejor consigo misma.

–Es una idea preciosa –dijo su madre.

Cade se encogió de hombros a la vez que mandaba una mirada de advertencia a su hermana.

–Lo que está claro es que Nicola no se considera bonita y piensa que está gorda.

Verity suspiró.

–Como todas.

Harry bufó.

–Y algunas estamos un poco rellenas, pero sabemos lo que valemos.

Dee se había acercado a la ventana.

–Es guapa, pero con una belleza más discreta que la exuberancia de Fran.

A Cade no le gusto que metiera a Nicola y a Fran en la misma frase, pero no protestó por temor a la interpretación que pudiera darle su hermana.

–Un corte de pelo –dijo ella súbitamente volviéndose a mirarlos–; algo que haga destacar sus ojos. ¿Mamá?

Aunque Verity no se había formado como peluquera, tenía muy buena mano. Los años que había vivido en Waminda, las mujeres acudían a que les cortara el pelo desde cientos de kilómetros a la redonda.

Dee se tocó el cabello.

–He traído unos tintes y unos reflejos pensando en que me arreglaras el pelo mientras estábamos aquí, pero puedes usarlos con Nicola.

Cade las miró alternativamente. ¿Querían cambiar el color del pelo de Nicola? Su pelo no tenía nada malo.

Verity se unió a Dee frente a la ventana.

–Ceo que sé qué estilo le sentaría bien.

–Y esa ropa –dijo Dee con un suspiro.

–Demasiado holgada –coincidió con ella su madre.

Harry puso los brazos en jarras y guiñó un ojo a Cade:

–Parece que tu Nic está en buenas manos

Nic no era nada suyo. Cade quiso aclararlo, pero…

–No quiero que le hagáis nada que ella no quiera.

Su madre lo miró.

–Por supuesto que no, cariño. Harry, ¿puedes ocuparte de los niños un par de horas esta tarde? Dee y yo te ayudaremos luego con la cena.

–Ningún problema.

–Y no la estropeéis –añadió Cade–. No es una Barbie, así que no hagáis que resulte artificial.

Como Fran. Las tres mujeres intercambiaron una mirada pero guardaron silencio.

–Y… y no le hagáis sentir que es una obra de beneficencia.

Cade sabía que Nicola lo odiaría y él no quería hacer nada que la incomodara. Aunque había sido discreto en cuanto a la ruptura de su compromiso, había hablado de su relación con su madre, y estaba seguro de que a Nicola no le gustaría. Se balanceó sobre los pies. Aunque se alegraba de haber embarcado a su madre y a su hermana en su plan, sentía que tenía que proteger a Nicola de su intervención.

Nicola no necesitaba que la convirtieran en una muñeca. Para él era perfecta: era fantástica con las niñas, les hacía reír y, lo que era más importante, les trasmitía seguridad.

Y besaba como un ángel. O mejor, como un ángel descarriado… Solo pensar en el beso, se le aceleró la sangre.

–Cariño –dijo su madre–, confía en nosotras.

Su madre era el tacto personificado, y aunque a veces fuera irritante, también lo era Dee. Pero por encima de todo, eran amables y generosas; no harían nada a Nicola que le hiciera sentir mal.

Metió las manos en los bolsillos.

–Perdonad, no pretendía insinuar… Es que es tan buena con Ella y Holly que me siento en deuda con ella.

Su madre lo miró comprensiva, Dee se mordió el labio y Harry comentó:

–Todavía usa el gimnasio cada tarde, mientras las niñas echan la siesta.

Cade se tensó.

–Está bien, pensaré en algo –prometió. Ya se le ocurriría alguna forma de hacer ejercicio que Nicola disfrutara más–. Entre tanto, ya tenemos tarea para esta tarde.

Dee se frotó las manos.

–¡Qué divertido!

Cade miró a las tres mujeres y sonrió.

–Sabía que podía contar con vosotras.

Capítulo 5

RECORDANDO lo que Cade le había dicho la noche anterior, Nicola hizo un esfuerzo por ser más amable durante la comida. Una cosa era que quisiera resultar serena e independiente, y otra que pareciera distante y rígida.

–Mamá –dijo Dee cuando terminaban el almuerzo–. Había pensado que podrías arreglarme el pelo, como en los viejos tiempos. Y yo podría peinarte.

–¿Quieres pasar una tarde de chicas? ¡Qué divertido!

Nicola sintió un dolor tan agudo en el pecho que casi se dobló hacia adelante. Para disimular, sacó a Holly de la trona y la sentó en su regazo. Diane y ella solían disfrutar de sesiones de chicas. Se ponían mascarilla, se pintaban las uñas, a veces se teñían la una a la otra. Ponían su música favorita a todo volumen y compartían sus sueños y planes de futuro.

Hacía seis meses que no tenían una, y solo en ese momento Nicola se dio cuenta de hasta qué punto lo echaba de menos. Cerró los ojos. Quizá cuando volviera a casa. Diane seguía siendo su amiga… Nicola sintió náuseas. ¡Cuántas veces le había hablado de sus sueños con Brad, y de la familia que quería formar con él! Aun así, Diane…

Nicola ocultó el rostro en el cabello de Holly. No habría más tardes con Diane. Sacudió la cabeza y levantó a Holly en el aire, sacudiéndola arriba y abajo hasta que la niña rio a carcajadas. ¡Claro que lo superaría! Conseguiría salvar la amistad con su amiga. Pero primero necesitaba proteger su corazón.

Se concentró en su respiración. Llegaría un momento en el que no le afectaría oír hablar de Brad y de Diane, ni verlos juntos. Algún día, el sentimiento de haber sido traicionada que a veces la asaltaba y ensombrecía sus días, no sería más que una tenue mancha. Solo podía confiar en que sucediera cuanto antes.

–¿Nicola, cariño?

Nicola se sobresaltó y vio que Verity la miraba, sonriendo.

–¿Sí? –preguntó, obligándose a devolverle la sonrisa.

–Querida, me encantaría hacer algo con tu cabello.

Nicola se llevó la mano a la cabeza. Hacía tiempo que se limitaba a lavarlo y sujetarlo en una coleta.

–Mamá hace milagros con el pelo –dijo Dee.

Era innegable que Verity era un mujer con mucho estilo; también Dee.

–Quítate la goma un momento –dijo Verity. Nicola lo hizo y la madre de Cade la estudió detenidamente.

Nicola intentó no tensarse bajo su mirada a pesar de que estaba segura de que aquellas dos mujeres debían pensar que parecía una salvaje. Miró a Harry en busca de solidaridad. Esta tenía un cabello y una piel inmaculados, pero no hacia el menor esfuerzo por arreglarse.

Harry sacudió la cabeza.

–Es verdad que Verity tiene muy buena malo, pero escuchadme… –señaló con el dedo a Verity y a Dee–. Nuestra Nic no es de las que les gusta pasarse media hora cada mañana alisándose el pelo o haciendo ninguna de esas cosas que tanto os gustan.

¡Desde luego que no!

Y entonces Nicola se dio cuenta de que Harry se había referido a ella como «nuestra Nic» y se le humedecieron los ojos.

Verity asintió con la cabeza.

–Yo te lo cortaría en capas para darle volumen y para que te llegara justo a los hombros –se llevó un dedo a los labios–. Y te dejaría un flequillo con raya a un lado para que resalte tus preciosos ojos.

–¡Sí, sí! –Dee prácticamente bailó en su silla–. Así podría llevarlo suelto o recogerlo en una coleta –su entusiasmo hizo reír a Nicola–. Con un poco de gel podrías dejar que se formaran ondas.

–O alisarlo para las ocasiones especiales –dijo Verity.

–Y algunos reflejos estarían bien.

–Tienes razón.

Dee sonrió de oreja a oreja.

–¿Qué te parece, Nicola? ¿Te apetece una tarde de chicas?

–Conmigo no contéis –se apresuró a decir Harry.

–Además –Dee añadió–, te mereces un respiro. Te has ocupado de mis hijos desde que llegué.

Nicola había disfrutado con Simon y Jamie, y no sentía que se mereciera un regalo por hacer su trabajo. Pero… ¿un nuevo corte

de pelo? ¿Dar un paso más en su trasformación?

La pequeña Ella hizo un mohín.

–Habías dicho que esta tarde haríamos decoraciones.

Simon y Jamie se apuntaron a la protesta.

Nicola se puso la coleta. Por muy tentadora que fuera la oferta, ella estaba allí para cumplir su papel de niñera.

–Así es, y nunca incumplo una promesa.

Dee sonrió a su sobrina.

–Hagamos un trato, Ella. Tenéis a Nicola la próxima hora y luego… –miró a Harry.

–Y luego sacaré la piscina hinchable y podréis daros un baño –anunció esta.

Los niños estallaron en gritos de alegría y Holly lanzó su babero al aire. Nicola no pudo contener la risa.

En ese momento Cade se puso en pie con una peculiar expresión en su rostro. Nicola había hecho lo posible por evitar cruzar la mirada con él. El recuerdo del beso era demasiado vívido…, demasiado seductor.

–¿Te parece bien, Cade? –le preguntó, temiendo haber alterado sus planes.

Él asintió con la cabeza.

–Debería haberme ido en cuanto os habéis puesto a hablar de cosas de chicas –masculló–. Tengo que volver al trabajo.

–Antes de que te vayas, cariño: esta noche vamos a arreglarnos y cenaremos en el comedor.

–Como quieras –Cade puso los ojos en blanco y explicó a Nicola–: A mi madre le encanta vestirse para cenar. Si por ella fuera lo haríamos a diario.

–Pero me conformo con un par de días a la semana –dijo Verity sonriendo con dulzura–. Espero que no te importe, Nicola.

¿La incluían a ella? Nicola recordó la promesa que había hecho a Cade.

–En absoluto.

–Es bueno para Ella y Holly. No quiero que crezcan como salvajes. Confío en que valgan tanto o más que los hombres de la propiedad, pero que adquieran buenos modales. Y quiero que tengan ropa bonita, aunque la tienda más próxima esté a setecientos kilómetros.

–No te preocupes, mamá –Cade besó la cabeza de su madre–, tienes unas discípulas aventajadas.

–Esta noche me pondré mi vestido amarillo –dijo Ella al instante.

–Y parecerás una princesa –contestó su padre.

Nicola se mordió el labio, preguntándose qué se pondría.

Cade fue hacia a puerta. Antes de salir se volvió y dijo:

–A cambio, quiero que todo el mundo ayude con las luces de Navidad mañana por la tarde.

–Por supuesto, cariño –dijo su madre.

–¿Tenemos muchas luces, papa? –preguntó Ella con el rostro iluminado por la emoción.

–Millones –aseguró él. Y tras compartir una risueña mirada cómplice con Nicola, se fue.

Nicola, Verity y Dee pasaron la tarde acicalándose. Dee puso rulos a Verity; esta tiñó a Dee y mientras el color se fijaba, cortó el cabello a Nicola. Como no tenían un espejo en el que se mirara mientras lo hacía, Nicola, sentada en la sombra del porche con una toalla alrededor del cuello, tuvo que confiar en Verity. Solo era consciente de la gran cantidad de pelo que iba cayendo al suelo, y por un instante temió que fuera a dejarla calva. Pero al mismo tiempo, cada vez se sentía más ligera.

–Ya está –Verity se puso delante de ella y le alzó la barbilla para estudiar el efecto–. ¡Genial! Créeme, estás preciosa.

Aun confiando en ella, Nicola miró con nostalgia el pelo que le rodeaba los pies. Verity lo barrió hacia el jardín, diciendo que era muy bueno para las rosas, y Nicola no se molestó en decirle que estaba echándolo sobre los agapantos.

Ni Verity ni Dee le dejaron mirarse en el espejo cuando entraron en el cuarto de baño de Verity. Allí, esta le puso unos reflejos y Nicola empezó a temer el resultado final. Una cosa era querer cambiar de imagen y otra…

Para distraerse, le pintó las uñas a Dee y a Verity. Dee las quiso rosas y Verity escarlatas. Nicola se pintó las suyas doradas. Era el tono más… navideño. Y Nicola siempre cumplía su palabra.

Hablaron de moda. Nicola admitió que solo tenía consigo un vestido y unos pantalones negros de vestir. Dee sacó su portátil e introdujo a Nicola a las compras online, que acabó comprando una ropa que jamás habría elegido de no haber estado con Dee y con Verity. Pero estas tenían tanto gusto que Nicola siguió su consejo.

–Llegaran en una semana –dijo Dee, frotándose las manos.

Nicola pensó que había cometido una locura, pero con una sacudida de cabeza se dijo que tenía todo el derecho a hacerlo.

«Serena, segura de mí misma, sofisticada», se repitió como una letanía mientras le aclaraban y secaban el cabello. Verity sonrió de oreja a oreja.

–Muy bien cariño, ha llegado el momento.

Nicola sintió que se le formaba un nudo en el estómago mientras Dee y Verity la llevaban delante del espejo. Tomó aire y al mirarse, se quedó boquiabierta y se llevó mecánicamente la mano al cabello a la vez que los ojos se le humedecían.

–Habéis conseguido que esté guapa –susurró.

–Cariño –Verity le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra sí–. Tú ya eras guapa.

No, ella no era guapa. Pero…

Nicola no podía creer la transformación que había sufrido. Su cabello castaño estaba lustroso y brillante; los reflejos subían el tono de sus ojos y de su piel. Cuando sacudió la cabeza, la melena se movió como una nube perfumada.

–¡Eres una maga!

–Tonterías. Solo he sacado tu rostro de detrás de todo ese pelo.

«Nunca conseguirás que los hombres se fijen en ti, Nicola Ann».

¿Pero haría que Cade se fijara en ella?

–Igual que ocultas tu preciosa figura bajo una ropa demasiado holgada –añadió Dee.

Nicola la miró desconcertada.

–Tengo demasiadas curvas –por no decir que estaba gorda–. Debo perder al menos diez kilos.

–Pero si eres perfecta –protestó Verity–. Yo echo de menos mis curvas –deslizó las manos por los costados, desde el pecho a las caderas–. Con los años me voy encogiendo.

–Pero estás preciosa –dijo Nicola.

–El secreto es llevar la ropa interior adecuada –dijo Verity con una mirada de picardía que hizo reír a Nicola–. Además, siempre he desconfiado de los hombres a los que les gustan las mujeres muy delgadas. A mi querido Scott, el padre de Cade y de Dee, le gustaban las mujeres rellenitas. Era un gran admirador de Marilyn Monroe y de Jane Russell. Habría odiado la obsesión por la delgadez –guiñó un ojo–. Y me alegra que su hijo haya heredado sus gustos.

Nicola temió que Verity creyera que había algo entre Cade y ella, pero cuando iba a asegurarse de que no era así, Verity le hizo volverse de nuevo hacia el espejo.

–Dee tiene un vestido que te iría de maravilla; se ajusta en la cintura y mostraría tu forma de reloj de arena.

–¡El cereza! Tienes que ponértelo esta noche. Vas a estar guapísima –dijo Dee.

Nicola tuvo que parpadear para contener las lágrimas. La solidaridad femenina no había desaparecido de su vida. Miró a las dos mujeres y con una sonrisa que brotó desde su corazón, se limitó a decir:

–Gracias.

Cuando Nicola entró en el comedor, Cade abrió los ojos desorbitadamente. El suelo tembló bajo sus pies y tuvo que plantarse firmemente para no perder el equilibrio. ¡Nicola tenía unas curvas espectaculares!

Mujer fatal. Esas palabras lo asaltaron y lo dejaron sin aire. Habría sido la última descripción en la que habría pensado cuando la vio bajar del avión a principios de mes, pero en aquel momento…

Sacudió la cabeza para dejar de recorrer su figura; si seguía mirando cómo el vestido se abrazaba a sus curvas… «Trabajo. ¡Piensa en el trabajo! Domar, marcar, montar a caballo por la pradera con la sierra en la distancia… el curvilíneo perfil de las colinas…».

Tenía que salir del estado de aturdimiento en el que había entrado. Su madre y Dee lo observaban expectantes y Cade sintió que el nudo de la corbata le apretaba. Nicola se ruborizó y apartó la mirada, como si temiera avergonzarse de lo que él pudiera decir. Se ocupó en colocar a Holly en la trona y en sentar a Ella. Una extraña ternura invadió a Cade en ese momento y lo ayudó a dominar el estallido de deseo que se había apoderado de él.

–¿Nicola?

Esta alzó la mirada y Cade contempló su nuevo corte de pelo. Su madre y su hermana habían conseguido mostrar a la hermosa mujer que había estado oculta todo ese tiempo tras una chica de aspecto normal.

–¡Estás preciosa! –dijo finalmente.

Ella le dedicó una sonrisa que podría hacer que un hombre perdiera la cabeza.

–Gracias.

A la mañana siguiente la cabeza volvió a darle vueltas a pesar de que Nicola había vuelto a vestirse con su ropa habitual.

Pero para entonces, Cade conocía las curvas que había debajo de esa ropa y podía visualizarlas sin ningún problema. Y si Nicola le dejaba besarla de nuevo…

Apartó ese pensamiento de su mente y fue a domar un potro nuevo. No solo era un trabajo más constructivo, sino que lo ayudaría a liberarse del exceso de energía que tenía.

No iba a besar a Nicola de nuevo. Aunque besara como una diosa y tuviera el aspecto de una diosa. Ninguno de los dos podía permitirse complicaciones.

Tenía que conseguir aplastar ese tipo de pensamientos.

Pero por la tarde, cuando reunió a toda la familia para colocar las luces, seguía sin conseguirlo

Las curvas de Nicola permanecían ocultas, incluso el corte de pelo, puesto a que media tarde, no soportando más el calor, Nicola se lo había recogido en una coleta. Pero algunos mechones se escapaban de la goma y se enredaban en su cuello y sus orejas. Unas orejas preciosas. Un cuello que todo hombre querría recorrer con lentos besos.

«¡Deja de ser un idiota!».

Intentó no fijarse en ella mientras Nicola le pasaba una tira tras otra de luces para colgar a lo largo del marco superior de la casa. Evitó mirarla después de cenar cuando llegó el momento de dar al interruptor y que la casa centelleara como en un cuento de hadas.

Las luces abrazaban los pilares del porche, enmarcaban cada ventana y cada puerta; iluminaban cada arbusto y cada árbol del jardín.

Jamie, Simon y Ella saltaron de alegría. Holly, en brazos de Nicola, abrió la boca en una perfecta «o». Cade sintió que su corazón se henchía y que se le relajaban los hombros. Había hecho todo aquello para las niñas, y no dejaría que nada, ni siquiera sus hormonas, le distrajera de ese objetivo.

Pero su sonrisa se borró al oír a Dee decir a su madre:

–¿No es un poco excesivo?

–A mí no me lo parece –intervino Nicola–. A los niños les ha encantado. Probablemente hablarán de ello durante años.

–Tienes razón –dijo Dee, riendo–. Aunque Cade se ha buscado un problema. Me temo que ha empezado una nueva tradición familiar.

–Sería una bonita tradición –dijo Verity–. Nicola tiene razón. Está precioso.

–¿Qué os parece, niños? –preguntó Nicola– ¿Queréis que Waminda esté así cada Navidad?

Los niños gritaron de entusiasmo y Cade tuvo la seguridad de que Nicola estaba poniendo todo de su parte para cumplir su parte del trato. Así que él debía corresponderle, pero… ¿qué excusa podía usar para sacarla de la tortura del gimnasio? Ya no quedaban luces… Reflexionó largamente hasta que una sonrisa fue formándose en sus labios. Por mucho que Nicola tuviera la sonrisa de un ángel, Cade percibía ocasionalmente la rabia que escondía en su interior. Era comprensible… y él sabía cómo podía canalizarla.

–Ni lo sueñes.

La voz surgió de la penumbra del pasillo cuando Nicola acababa de poner la mano en el pomo de la puerta del gimnasio. Dio un salto y se pegó a la pared a la vez que se llevaba la mano al pecho.

–¡Cade! ¡Casi me matas del susto!

–Perdona. Te estaba esperando.

Nicola se humedeció los labios.

–¿Por qué?

–Porque un pajarito me ha dicho que vienes aquí cada tarde.

–¿Te molesta?

Quizá había cambiado de idea respecto a dejarle usar el gimnasio de su exmujer porque le hacía pensar en ella.

–No me molesta en absoluto.

–¿Quieres que te ayude con más luces? –preguntó Nicola, que habría preferido subir y bajar escaleras que usar la cinta del gimnasio.

Cade la observó de brazos cruzados y preguntó.

–Sé sincera, ¿disfrutas en el gimnasio?

Nicola resopló antes de oír a su madre: «Nicola, solo los cerdos resoplan».

–Ya te dije que el ejercicio y yo estamos reñidos.

–Pero te gusta montar.

–Porque no es ejercicio –Nicola rectificó–. Bueno, lo es para Scarlett; para mí es solo diversión.

–Claro que es ejercicio: tonifica los músculos y mejora el equilibrio.

Nicola repicó en la puerta del gimnasio.

–Aunque no me guste, me hace bien. Empecé corriendo tres minutos y ahora puedo llegar hasta diez.

–¿Y usas la máquina de remo?

Nicola hizo una mueca. En realidad odiaba todas las máquinas…

–He pensado que te gustaría probar otra cosa.

–¿El qué?

–¿No te fías de mí? –Cade sonrió–. Fui yo quien te animó a montar.

También él la había besado hasta dejarla sin sentido y aquel beso la despertaba en medio de la noche. Junto con otras imágenes que habrían contado como ejercicio físico.

Dio un paso atrás y comentó:

–Desde aquí oigo a los niños si me necesitan.

–He pedido a Dee que les eche un ojo –Cade frunció el ceño súbitamente–. No quiero que asumas la responsabilidad de los gemelos. Dan mucho trabajo.

Nicola volvió a resoplar y a enfadarse consigo misma a continuación. Tenía que dejar de hacerlo.

–¡Pero si hay días que entre tu madre, Dee y Harry me quitan todo el trabajo!

–No digas tonterías. Si no fuera por ti esta casa sería un caos – Cade se puso serio y continuó–: Nunca había visto a Ella y a Holly tan felices. Te estoy muy agradecido.

Nicola alzó la barbilla y dijo a su vez:

–Yo me alegro de haber venido.

–¿Eso significa que estás dispuesta a correr el riesgo de probar otro tipo de ejercicio?

Las máquinas no podían competir ni con la sonrisa de Cade ni con la curiosidad que había logrado despertar en ella. Nicola asintió y lo siguió.

Unos minutos más tarde estaban en un espacio despejado del cobertizo. Cuando Cade sacó unos guantes de boxeo y se los tendió, Nicola sacudió al cabeza y puso las manos a la espalda

–Ni hablar. No pienso dejar que me pegues por mucho que me

digan que los guantes están acolchados. Repito: ni hablar.

El efecto de la sonrisa que Cade le dedicó estuvo a punto de noquearla.

–Yo no voy a pegarte, Nicola. Vas a pegarme tú a mí –Cade hizo una mueca–. O al menos a intentarlo.

Ese comentario hizo que Nicola entornara los ojos y tomara los guantes. Cade volvió a sonreír con superioridad mientras se los ponía.

–Puede que esto acabe gustándome tanto como montar a Scarlett –dijo ella.

–Eso espero –contestó él, poniéndose unos mitones aún más acolchados.

–Así que no vas a estar desprotegido…

–Afortunadamente, porque tal y como me miras…

Nicola rio. Pero cuando Cade alzó las manos y le dijo que lo golpeara, se quedó paralizada. El bajó los mitones y preguntó.

–¿Qué pasa?

–No sé… Me resulta demasiado violento.

–Imagínate que soy la máquina de remar –Cade se colocó en posición–. Golpéame en medio del mitón izquierdo.

Nicola lo hizo.

Cade bajó las manos y ordenó.

–¡Con un poco de energía!

–No quiero hacerte daño.

–Cariño, no lo conseguirías ni en sueños.

Su tono paternalista consiguió irritar a Nicola.

–Boxear es un ejercicio cardiovascular excelente –añadió Cade–. Y te ayudará a liberar tensión acumulada.

–Yo no tengo tensión acumulada –masculló Nicola.

–¿No? –Cade entornó los ojos–. ¿Qué te dijo tu madre cuando le dijiste que venías aquí por Navidad?

«Huye, Nicola Ann, pero cuando vuelvas nada habrá cambiado».

Nicola lanzó un gancho que golpeó satisfactoriamente el mitón izquierdo. Cade enarcó una ceja.

–Y me pregunto cómo vas a protegerte de los crueles comentarios que recibas durante la boda –añadió Cade.

¡Zas! ¡Zas!

–¿Qué comentarios?

Cade impostó un tono agudo y burlón:

–Querida, aunque finjas, sé por lo que estás pasando…

¡Zas! ¡Zas! Zas!

–¡Más fuerte! ¡Usa el peso de tu cuerpo! –ordenó Cade Y siguió torturándola–: Supongo que esta boda debe ser una tortura, pero tienes que reconocer que la novia está preciosa. ¡Y parecen tan felices juntos!

¡Zas!

–No te preocupes, seguro que Brad también la engaña a ella.

–¡Cállate! ¡Deja de decir cosas tan crueles!

–Es lo que vas a tener que soportar –dijo él, bajando los mitones.

–¿Y no me crees capaz de defenderme?

–No es eso. Creo que debes estar preparada –los ojos de Cade refulgieron y alzó de nuevos las manos–. Pero ya que estamos en ellos: creo que tu ex es un despreciable sinvergüenza, y tu amiga, una bruja sin escrúpulos.

Nicola ni siquiera fue consciente de haber lanzado el puño hasta que conectó con la mandíbula de Cade y lo tiró al suelo.

Capítulo 6

NICOLA miró a Cade, que había quedado tendido en el suelo y, quitándose los guantes se agachó.

–¡Dios mío, Cade! ¿Estás bien? –preguntó, pasándole la mano por la cara.

Cade tenía una expresión ausente. Nicola tragó saliva. ¿Quién hubiera dicho que tenía tanta fuerza?

–¿Cade?

Él siguió sin contestar. Angustiada, Nicola presionó sus labios contras los de él como si con ello pudiera insuflarle vida. Cade los entreabrió, pero de pronto, Nicola sintió que se tensaba. Sus manos la sujetaron por los brazos y la empujaron hacia atrás a la vez que él se incorporaba.

–¿Qué estás haciendo? ¿Besándome para quitarme el dolor como si fuera un niño? –preguntó con un sarcasmo que hirió a Nicola.

–Yo…

–No soy ningún niño.

Nicola ya no pudo más. El puñetazo había levantado la tapa de las emociones que llevaba bloqueando tres meses. Se soltó de Cade y se tambaleó hasta dejarse caer sobre una gran caja de madera, de espaldas a Cade, mientras intentaba controlar el dolor que crecía en su interior. ¡Había golpeado a Cade y luego lo había besado! ¿En qué estaba pensando?

«Creo que tu ex es un despreciable sinvergüenza, y tu amiga, una bruja sin escrúpulos».

Aquellas palabras habían reabierto la herida que llevaba tanto tiempo intentando ignorar. Incapaz de contener el dolor por más tiempo, se entregó al llanto que brotó desde su interior y que la sacudió de pies a cabeza. En algún lugar de su mente, era consciente de lo embarazoso de la situación y podía oír la airada voz de su madre: «¡Nicola, qué vergüenza! Ya no eres una niña. ¡Menudo espectáculo estás dando!». Pero nada consiguió frenar el flujo de llanto ni mitigar su dolor.

Un brazo le rodeó los hombros y Nicola se encontró con el rostro

pegado a una camisa que envolvía un torso cálido que olía a sudor, a polvo y a caballo. Una mano le frotó la espalda a la vez que a sus oídos llegaba el murmullo de unas palabras que conseguían que su corazón se apaciguara y que las lágrimas se secaran.

Permaneció quieta, deleitándose en aquella sensación de seguridad y confort, hasta que una voz interior la obligó a separarse y pasarse las manos por la cara para borrar cualquier rastro de llanto. No se atrevió a mirar a Cade. Temía volver a llorar. Necesitaba respirar profundamente para recuperar una mínima entereza.

–He ido demasiado lejos –la voz de Cade rompió el silencio. Tomó aire y continuó–: Sé que no tengo derecho a insultar a Brad y a Diane, pero me indigna lo que te han hecho. Nadie merece ser tratado así. Y menos alguien como tú, Nicola

Nicola finalmente lo miró, y la sonrisa melancólica con la que la observaba le dio fuerzas para alzar la barbilla y erguirse.

–Estoy seguro de que eres una gran amiga –siguió él–, y que no te merecías lo que te hicieron.

–Ni tú lo que te hizo Fran –dijo Nicola, recuperando el habla. Se humedeció los labios y añadió–: Siento haberte golpeado. ¿Te he hecho daño?

Cade sacudió la cabeza.

–Me has pillado desprevenido, eso es todo. Me lo merecía. Estaba provocándote deliberadamente; y tú asumías que frenaría el golpe.

–Lo malo es que no he pensado nada, solo en lanzar el puño.

Permanecieron en silencio un instante.

–¿Por qué querías enfadarme? –preguntó entonces Nicola.

Cade encogió un hombro.

–Creía que necesitabas dar salida a la rabia que tienes contenida. Me acuerdo bien de lo furioso que yo estaba cuando Fran se fue y… –se encogió de nuevo–, he pensado que boxear sería más eficaz que la cinta de ejercicio –la miró detenidamente antes de concluir–: No es bueno reprimir las emociones.

–No lo he hecho a propósito… Brad y Diane eran mis confidentes y los he perdido.

–¿Y tus otros amigos?

–No quería que tuvieran que tomar partido –Nicola se cuadró de hombros–. Y lo cierto es que no quiero perder ni a Brad ni a Diane como amigos.

Creyó que Cade iba a decir algo, pero al ver que guardaba silencio, continuó:

–Diane y yo hemos sido amigas desde el colegio. Su familia ha sido mi refugio desde que mi padre murió y siempre que mi madre… me torturaba. ¡No puedo dejar de quererla solo porque se haya enamorado de Brad!

–Eso no significa que tengas que negar el dolor y la rabia que sientes. Si ella valora vuestra amistad tanto como tú, lo superaréis.

–¿Y si no es así? –Nicola expresó por primera vez en alto su mayor temor.

Cade no dijo nada, pero la respuesta estaba en sus ojos: una amistad en la que no había sinceridad no valía la pena.

Nicola se puso en pie y paseó arriba y abajo. Luego se volvió hacia Cade y dijo:

–Todo habría sido más fácil si me lo hubieran contado desde el principio, pero me lo ocultaron durante meses –volvió a caminar–. Sé que no querían hacerme daño, pero actuar a mis espaldas durante tanto tiempo… –se abrazó a sí misma–. Eso me enfureció… No podía dejar de pensar en qué había hecho mal, o cómo era posible que no me hubiera enterado. Diane me dijo que siempre había sido muy dependiente y que se sentía presionada, pero… Yo no hice nada malo, ¿verdad?

–¡Claro que no! –Cade fue hasta ella y le tomó el rostro entre las manos–. Tú no hiciste nada malo.

La intensidad de la mirada de Cade fue un bálsamo para Nicola.

–Y lo peor es que le dije que sería su dama de honor –susurró–. Quizá no fue una buena idea –añadió, separándose de él por temor al bienestar que le producía su proximidad.

Cade puso los ojos en blanco.

–¿Quizá?

Nicola volvió a dejarse caer en la caja, abatida.

–Siempre dijimos que seríamos la dama de honor la una de la otra. Pero ahora no me siento capaz de hacerlo –tragó saliva–. No quiero hacerlo.

–¿Por qué accediste?

–Porque quiero que les vaya bien. Sé que me contradigo, y que estoy enfadado y herida –Nicola se miró las manos–. Quise demostrarle que todavía éramos amigas.

–¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Nicola reflexionó unos segundos.

–Sigo queriendo que sean felices, pero no me siento capaz de hacer el esfuerzo de contribuir a ello.

En cuanto pronunció aquellas palabras, sintió que se libraba de un peso de cuya existencia ni siquiera había sido consciente.

–¿Eso es todo?

–No creo que nuestra amistad pueda a volver a ser como antes… Haga lo que haga y por mucho que lo desee –Nicola respiró profundamente antes de continuar–: Esa es la pura verdad. Y me temo que debo aceptarla.

Cade le apretó la mano.

–Lo siento, Nicola.

–Yo también.

Permanecieron sentados en silencio un rato. El murmullo de los caballos moviéndose y la penumbra del establo la calmaron, recordándole que cada mañana disfrutaba plenamente de su clase de equitación. Estaba deprimida, pero no hundida.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Cade finalmente.

–Avisar a Diane lo antes posible para que pueda organizarse. ¿Puedo usar tu teléfono está tarde?

–Por supuesto.

–Gracias, Cade –Nicola se puso en pie–. Ahora debo ir por Ella y Holly… Gracias otra vez, me ha sentado bien hablar.

–De nada.

Nicola fue hacia la puerta, pero se giró y dijo:

–En cuanto al beso…

Cade la miró con una sensual sonrisa.

–Te he mentido. Te aseguro que me ha hecho sentir maravillosamente –se inclinó hacia adelante. Nicola lo miró con los ojos desorbitados–. Si quieres repetir, solo tienes que decírmelo.

Nicola recogió los guantes del suelo y se los tiró. La carcajada de Cade la acompañó fuera del establo, y en respuesta, se descubrió sonriendo de camino a la casa.

Aquella noche, Cade esperó a que Nicola acabara su llamada. Los demás se habían ido a la cama temprano.

En cuanto vio que estaba pálida y abatida, se le encogió el corazón.

–¿Cómo ha ido? –preguntó en el tono confortador que utilizaba cuando intentaba calmar a un caballo asustadizo.

Nicola hizo una mueca de dolor; él abrió sus brazos y ella se cobijó en ellos. Cade la estrechó contra sí. Cada una de las respiraciones que tomó para recuperar la calma se trasmitieron a su cuerpo, y Cade se inquietó al sentir lo cómodo que estaba teniéndola en sus brazos.

Pero no tenía ninguna intención de acostumbrarse a ello. Solo estaba actuando como un amigo… Aunque su perfume a fresa lo embriagara, aunque no pudiera olvidar el calor de sus labios cuando lo había besado hacía unas horas.

Nicola se separó de él y Cade dejó caer los brazos.

–No hacía falta que me esperaras.

–He pensado que podrías necesitar un amigo –dijo él. Levantó un par de cervezas–. Y quizá una de estas.

Nicola las miró con avidez.

–No entran en mi dieta –musitó.

–Al demonio con tu dieta –Cade le tomó la mano y salió con ella al exterior–. Siéntate –señaló la escalera del porche y le dio una de las cervezas–. Bebe y disfruta.

Nicola rio.

–A sus órdenes, capitán.

Brindaron en silencio y bebieron.

Dando un suspiro, Nicola estiró las piernas y contempló el cielo con expresión pensativa. Cade se obligó a apartar la mirada de sus labios y dio otro sorbo a la cerveza.

–Intuyo que ha sido difícil…

–Ha llorado. Me ha acusado de estropear su gran día. Luego ha rectificado, me ha pedido perdón y ha dicho que me comprendía, pero…

Cade dejó la botella a medio camino de sus labios.

–¿Pero?

–He confirmado que nuestra relación nunca volverá a ser la misma.

La tristeza de Nicola enterneció a Cade.

–Puede que no, pero podéis seguir siendo amigas. Y te prometo que te resultará más fácil con el paso del tiempo.

Nicola bajó la mirada.

–Supongo que tienes razón.

Cade miró sus labios y sintió un nudo en el estómago. La pregunta a la que no había dejado de dar vueltas desde que Nicola le había dado el puñetazo escapó de su boca sin que pudiera

contenerla.

–¿Y qué pasa con Brad?

Nicola lo miró.

–No lo sé. No he hablado con él.

Pero… ¿Habría querido? ¿Deseaba en el fondo volver con él? Cade sintió un sabor amargo.

–¿Sigues enamorada de él?

–Si-sigue importándome como amigo.

–Pero si te dijera que quiere volver contigo, ¿lo aceptarías de nuevo?

–Antes pensaba que sí.

–¿Pero?

Nicola abrió la boca y la cerró. Entonces parpadeó con expresión sorprendida.

–Acabo de darme cuenta de que echo de menos más a Diane que a Brad –exclamó, alzando la cerveza a modo de saludo.

Se miraron fijamente unos segundos hasta que Nicola resopló con incredulidad. Entonces Cade no pudo contenerse; sus hombros empezaron a sacudirse y de pronto los dos se echaban en el suelo del porche con un ataque de risa que pareció ir a cesar en varias ocasiones, pero que continuó a lo largo de unos cuantos minutos.

En algún momento, Cade notó que se habían tomado de la mano, aunque no supo quién había buscado a quién.

Recordó entonces la sensación de la boca de Nicola sobre la suya y sintió una presión en los labios, la ingle y el pecho. Sonriendo, Nicola se incorporó. Toda la frialdad y reserva que había mostrado al bajar del avión, habían desaparecido. Él permaneció echado, anhelando repetir la escena del establo. Le bastaría tirar de su mano para que cayera sobre su pecho… Ansiaba saborear su risa, volver a sentir su dulzor…

Nicola lo miró y poco a poco desapareció el brillo de sus ojos y se atenuó su sonrisa. Liberó su mano.

La desilusión se reflejó en el rostro de Cade. Se incorporó.

–¿Qué pasa, tienes miedo? –preguntó, provocativo, aunque sabía que no era justo.

Nicola bebió de su cerveza.

–¿Cuándo has estado con una mujer por última vez?

La pregunta tomó a Cade por sorpresa.

–No es de tu incumbencia.

–Y, sin embargo, me estás invitando a compartir tu cama y tu

cuerpo.

–Y tú vas a rechazarme –Nicola parecía leer sus pensamientos tan bien como él a ella.

–Acostarte conmigo no te va a demostrar que has superado lo de Fran.

Cade se tensó. ¿Qué demonios…? Nicola lo miró con ojos centelleantes.

–¿Cómo contestarías tú a la pregunta que me has hecho antes? Si Fran te pidiera otra oportunidad, ¿qué harías?

Cade se echó hacia atrás como si le hubiera dado un golpe

–Eso no va a suceder.

–Yo podría haber contestado lo mismo.

Nicola se puso en pie. Cade sintió que el corazón se le aceleraba. Guardó silencio. El deseo que lo había inundado se diluyó.

Fran era la madre de Ella y Holly. Si Fran volvía, las niñas se merecían que le diera otra oportunidad. Pero…

–Gracias por la cerveza, Cade. Buenas noches.

Nicola se fue y él ni siquiera consiguió articular un «buenas noches».

Asió la cerveza con fuerza y frunció el ceño. No podía fallarle a sus hijas. Terminó la cerveza de un trago y reflexionó sobre la estratégica retirada de su misteriosa niñera. No le era indiferente. Lo sabía por cómo lo había besado y por cómo lo miraba cunado creía que estaba distraído. La atracción entre ellos flotaba en el aire y era palpable cada vez que sus miradas se encontraban.

Sacudió la cabeza. Nicola se equivocaba. Podían compartir un poco de diversión adulta sin que las cosas se complicaran entre ellos. A él lo ayudaría a liberar parte de la energía que se acumulaba en su interior, y se aseguraría de que Nicola recuperara la confianza en sí misma. Los dos saldrían ganando.

Tendría que convencerla. Aunque primero, le daría un poco de espacio.

Al día siguiente, Cade no se ofreció a darle clase de boxeo y Nicola volvió al gimnasio a la vez que se aleccionaba. Tenía que permanecer firme. Acostarse con Cade… Apretó los dientes y caminó más deprisa sobre la cinta. Por mucho que le tentara, le haría retroceder en su proceso de sanación.

Había aprendido que aunque amaba a sus amigos y los

necesitaba, podía apoyarse en sí misma. Si hacía el amor con Cade, corría el riesgo de pasar a depender de él en lugar de aprender a tener los pies plantados sobre la tierra.

Apretó los puños y aceleró un punto más la cinta.

Dos noches más tarde, Nicola miró con desaprobación a Cade cuando le dio otro bombón a Ella. Aprovechando que la miró, sacudió la cabeza, pero Cade la ignoró.

Habían terminado de jugar a *Charadas* hacía unos minutos, y los niños estaban sobreexcitados, en parte por culpa de Cade. Iban a necesitar un buen rato para conseguir que fueran la cama.

Cade le dio otro bombón a Ella.

–Se va a poner enferma –dijo Nicola.

–¡Tonterías! Porque tú te resistas a tomar dulces no significa que los demás tengamos que abstenernos.

–¡Cade! –exclamó su madre.

Ella subió al regazo de su padre para pedirle otro bombón, que le fue concedido, y la niña miró a Nicola con una sonrisa triunfal.

Puesto que la culpa era de Cade, Nicola no se sintió capaz de reprenderla.

–Pronto es hora de ir a la cama –dijo, en cambio.

–Nooo –protestó la niña–. Papá ¿podemos quedarnos un poco más?

Cade se adelantó a Nicola, que iba decir que ya era más tarde de lo habitual.

–Claro, cariño. Estamos en Navidad –dijo. Y empezó cantar un villancico.

Ella bajó al suelo y empezó a bailar con Jamie y Simon. Holly, que se había quedado adormecida, despertó y se unió al baile con… un bombón en cada mano.

Nicola apretó los dientes, resignándose a que los niños estuvieran cansados y malhumorados al día siguiente. Cuando vio que Cade les daba más chocolates, no pudo más y abandonó la habitación.

En la cocina, abrió el frigorífico de un tirón, sacó una jarra de agua fría y se sirvió un vaso. Cade solo quería que aquellas Navidades fueran inolvidables para los niños, no pretendía sacarla de sus casillas.

Nicola se apoyó en la encimera con el ceño fruncido. Claro que

no sería él quien sufriera las consecuencias. Eso se lo dejaría a su empleada.

Resopló y pensó en lo que le diría su madre: estás enfadada porque Cade te ha evitado desde la otra noche cuando lo que querías era que insistiera.

–Sabía que te encontraría aquí enfurruñada.

Cade.

Nicola se volvió.

–¿Ya te has cansado de sobreexcitar a los niños y nos dejas a tu madre, a Dee y a mí con ellos?

–Relájate, Nicola. Es Navidad. Merecen pasarlo bien.

–Dentro de unos límites. A los niños les gusta la rutina. Acostarse tarde y…

–Querrás decir que a ti te gusta la rutina, que no te gusta desviarte de las normas.

En ese momento Nicola supo que ya no estaban hablando de los niños.

–Te has fijado un plan y no dejas espacio a la espontaneidad –concluyó Cade.

Se refería a lo que podía haber pasado entre ellos, o a lo que podría pasar si ella accediera.

–Vaya –musitó Nicola–, no me había imaginado que fueras un mal perdedor.

Cade rio con desdén.

–Estoy hablando de ti, no de mí; de que no eres capaz de relajarte.

Nicola se inclinó hacia él.

–El equivocado eres tú. Para ti «relajarme» equivale a acostarme contigo.

–No soy tan patético.

–¿Seguro? –Nicola se cruzó de brazos–. La otra noche dijiste que actuabas como un amigo, pero no era verdad –añadió, irritándose consigo misma por la vulnerabilidad que tiñó su tono–. Un buen amigo desea lo mejor para el otro. No le anima a hacer algo que pueda hacerle daño.

Cade apretó los puños y sus músculos se tensaron al recordar la deliciosa sensación que había experimentado al tenerla entre sus brazos.

–Mírame, Cade –continuó Nicola–: no estoy bien. Estás dejando que tu frustración y una hiperactividad hormonal nublen tu sentido

común. Sabes perfectamente todos los motivos por lo que no deberíamos… –hizo un amplio gesto con la mano para llenar la frase–. Y aun así estás enfadado conmigo. Pues deja que te asuste un poco.

Cade se quedó paralizado. Nicola tomó aire.

–Puede que ya no quiera volver con Brad, pero eso no significa que no sueñe con tener una vida en pareja y formar una familia.

Cerró los ojos para contener el dolor. Cuando volvió a abrirlos vio que Cade había hundido el pecho, abatido. Nicola tuvo que tragar antes de poder seguir:

–Anhelo tanto tener hijos que a veces no puedo pensar en otra cosa. Ahora he conseguido mantener la cabeza fría –alzó la barbilla–, pero imagínate que tenemos una aventura. ¿Y si el deseo nos domina? ¿Y si un día nos descuidamos y nos encontramos en esa situación? ¿Quieres formar parte de eso? –concluyó con voz quejumbrosa.

–No.

–Yo tampoco.

Ambos se quedaron en silencio, paralizados.

–¿Puedo acostar ya a los niños? –susurró finalmente ella.

–Sí, por favor –contestó Cade con la voz tan ronca como la de ella.

Nicola se fue precipitadamente por temor a hacer algo estúpido, como darle un beso.

Capítulo 7

CADE se despertó sobresaltado al notar un golpe en los pies.

–Despierta, Cade.

–¿Mamá? ¡Qué demonios...! –Cade se incorporó. La habitación estaba a oscuras.

Encendió la luz de la mesilla. Al ver que eran las tres de la madrugada, se alarmó.

–¿Quién se encuentra mal? –saltó de la cama y se puso una camiseta–. ¿Ella, Holly? –preguntó angustiado.

Verity lo miró con gesto enfadado.

–No es nada serio, pero sí desagradable. Y tú eres el responsable. Más te vale ayudar a esa pobre chica.

Cade salió lanzado hacia los dormitorios de las niñas. Al llegar a la puerta del de Ella, se paró en seco. Nicola sujetaba una palangana en la que Ella vomitaba, y, por lo que pudo ver, ya había vomitado antes de que Nicola llegara.

Para empeorar las cosas, Holly estaba colgada del cuello de Nicola, y también había vomitado... sobre sí misma y sobre Nicola, que tenía el camisón manchado.

Cade entró y Nicola pareció aliviarse al verlo. ¿Cuánto tiempo llevaría ocupándose sola de las niñas? Desde la cama, Ella lo miró con ojos llorosos.

–Papá, he comido demasiados dulces y me he puesto malita.

Cade entendió entonces el comentario de su madre y se sintió culpable. Pero en aquel momento arrepentirse no servía de nada. Debía actuar.

–¿Cómo puedo ayudar?

–Hay que limpiar a Holly.

–Holly, cariño, ven con papá.

Holly gritó y se asió con fuerza al cuello de Nicola. Ella se echó a llorar.

–Quiero que papá se quede.

Sin necesidad de hablar entre ellos, Cade ocupó el lugar de Nicola en la cama, que le pasó un paño húmedo y una palangana.

–No tardaré –dijo ella, llevándose a Holly en brazos.

–Tómate el tiempo que necesites. Date una ducha –dijo Cade con dulzura.

Nicola se miró el camisón y, ruborizándose, salió con la pequeña mientras Cade atendía a Ella.

Nicola volvió cambiada en menos de cinco minutos.

–¿Y Holly? –preguntó Cade, sorprendido.

–Durmiendo como un bebé.

–¿Cómo…? –Cade había imaginado que sería imposible conseguir que volviera a la cama.

Nicola dijo con un brillo burlón en los ojos:

–Ya ves. Soy una mujer increíble.

Su tono de broma tuvo el efecto de relajar a Cade. Nicola olía con más fuerza de lo habitual a fresa y él respiró hondo para llenarse los pulmones de su aroma.

–Además, para eso me pagas –continuó Nicola.

–Te mereces una subida de sueldo.

–Como pase más noches como esta, la exigiré.

A pesar de los vómitos y de su sentimiento de culpa, Nicola logró hacer sonreír a Cade. La observó mientras estudiaba a Ella, que se había quedado adormecida.

–Necesita un baño y sábanas limpias –Nicola le quitó el pijama con destreza a la vez que hablaba–. He llenado la bañera. Como tú tienes más fuerza…

Cade asintió y llevó a Ella al baño. La niña protestó, pero estaba demasiado cansada como para llegar a rebelarse.

Cuando volvieron al dormitorio, Nicola ya había hecho la cama y puso a Ella un pijama limpio. Una vez Cade la metió en la cama, Nicola se arrodillo para hablar con la niña.

–Cariño, necesito que bebas tres sorbitos de agua.

–¡No quiero!

–Cielo, ¿te he mentido alguna vez?

La niña negó con la cabeza.

–Te prometo que te sentirás mejor si bebes un poco.

Ella entonces asintió, aunque necesitó que la animara con cada sorbo. Cade no pudo sino maravillarse ante la combinación de paciencia, firmeza y dulzura de Nicola.

–Cántame una canción –imploró Ella.

Cade fue a decirle que lo pidiera «por favor», pero Nicola se adelantó, posando la mano en su brazo y diciendo:

–Primero papá va a bajar la luz para que te eches y cierres los ojos.

–Vale.

Tras bajar la luz, Cade se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, y acarició la frente de la niña mientras Nicola cantaba *Noche de Paz.*

Su dulce voz calmó a Ella y ayudó a que Cade, que cerró los ojos emocionado, olvidara parcialmente el enfado que sentía hacia sí mismo.

Cuando terminó la canción, permanecieron callados un rato. Luego Cade notó la mano de Nicola en el brazo y abrió los ojos. Poniéndose un dedo en los labios, le indicó que la siguiera; la niña estaba profundamente dormida.

Una vez fuera recogió las sábanas sucias del suelo y, sonriendo, se despidió:

–Buenas noches, Cade.

Este sabía que no podría dormirse, así que la siguió a la cocina. Mientras Nicola ponía una lavadora, él puso agua a calentar.

–¿Quieres un té? –preguntó cuando Nicola volvió del cuarto de la limpieza.

–Sí, gracias; una infusión, por favor –contestó ella tras un leve titubeo.

Cade preparó dos poleos.

–Perdóname –dijo cuándo los dos se sentaron–. Me dijiste que no les diera tantos dulces.

–Se aprende por experiencia. No te castigues ahora.

¿Cómo no iba a castigarse? Cade se puso en pie.

–Se supone que debo cuidar de ellas, conseguir que sean felices, pero…

Nicola abrió los ojos desorbitadamente.

Cade se sentó de nuevo y concluyó:

–¡No podía haberles tocado un padre peor!

–¿Dónde he dejado el cilicio? –la total ausencia de empatía por parte de Nicola dejó a Cade boquiabierto–. Deja de hacerte el mártir.

¿Mártir, él?

–Te voy a contar la cruda realidad –Nicola se inclinó hacia él, y aunque mantuvo un tono severo, sus ojos le trasmitieron una dulzura extrema–. Por muy fabulosas que sean las Navidades, por más luces, chocolates y regalos que les hagas, nada va a compensar

la pérdida de su madre. Nada –añadió al ver que Cade iba a protestar.

La verdad que contenían aquellas palabras dejó a Cade destrozado. Cerró los ojos.

–¿Cade?

Él los volvió a abrir y se encontró con una mirada de ternura que lo reconfortó parcialmente.

–Esa batalla está perdida. Concéntrate en que se sientan seguras de tu amor. Actúa como lo has hecho hasta ahora: implícate en sus vidas, rodéalas de familia y crea una atmósfera que les haga sentir amadas.

–¡Pero tengo que poder hacer algo más!

–Claro que puedes.

Cade miró a Nicola expectante y ella añadió:

–Puedes dejar de castigarte por lo que pasó entre tú y Fran. ¿Cómo vas a ayudar a las niñas a superar la pérdida de su madre si tú mismo no la superas?

Cade no tenía respuesta a esa pregunta. Habría querido gritar y patear, pero se contuvo.

–Te aseguro que tener un padre dedicado a ti en cuerpo y alma, es mucho mejor que tener unos padres que se pelean continuamente. Y en ese sentido, Ella y Holly son afortunadas.

Cade miró a Nicola y se dio cuenta de que hablaba por propia experiencia. Por eso había hecho de sus amigos su familia; por eso la traición de Brad y de Diane había hecho colapsar su mundo.

–Ella y Holly tienen suerte en muchos sentidos –se obligó a decir–: tienen salud, una familia que las adora, y viven en un lugar maravilloso.

–Y te tienen a ti –añadió Nicola con una ternura que fue como un bálsamo para Cade–. Deberías sentirte orgulloso de lo bien que se ha adaptado Ella. Podría estar totalmente traumatizada y sin embargo es una niña feliz y estable. Ni tiene pesadillas, ni está obsesionada con saber dónde estás a cada momento.

–Esa fase ya la pasamos –admitió Cade.

–Y la ha superado –comentó Nicola. Cade asintió.

–Ser padre solo no es fácil. La mayoría del tiempo no sé si estoy actuando correctamente –Cade se pasó una mano por el mentón–. Quizá debería confiar más en Ella y en Holly.

–Y en ti mismo.

Cade miró a Nicola y dijo con firmeza:

–Gracias.

Nicola sonrió, pero Cade vio que miraba sus labios y percibió en sus ojos el mismo anhelo que sentía él. Nicola rompió el contacto y fue a aclarar la taza al fregadero.

–Me voy a la cama –se volvió desde la puerta–. ¿Te importa cancelar mi clase con Jack?

–Claro. Necesitas dormir hasta más tarde.

Nicola rio.

–No es eso. Las niñas van a estar revolucionadas mañana y será mejor que esté a mano por si se despiertan temprano.

Cade habría querido disculparse de nuevo por la parte de responsabilidad que tenía en el día que le esperaba, pero no quiso que volviera a acusarlo de hacerse el mártir.

–Buenas noches, Cade.

–Buenas noches, Nicola. Que duermas bien.

Cade se preocupó al ver las ojeras de Nicola al mediodía siguiente.

Los niños estaban alterados y quejosos, y una vez más se asombró de la paciencia y la habilidad que Nicola tenía para distraerlos.

–Esa chica es una santa –masculló su madre.

–¿Dónde está Dee? –preguntó Cade.

–Ha ido a descansar. Le ha bastado una mañana con los niños para estar agotada.

–¿Los chicos también han estado mal por la noche?

–No, Dee no los empapuzó a dulces; pero están igualmente alterados.

Cade hizo una mueca, aceptando la insinuada reprimenda.

–He aprendido la lección –dijo–. Y me siento culpable por Nicola –se mordió el labio–. ¿Crees que los niños echarán siesta?

Verity asintió.

–Costará, pero cuando se duerman no habrá quien los despierte.

–¿Os ocuparíais Dee y tú de ellos un par de horas? Nicola no ha dado la clase de equitación esta mañana y creo que le sentaría bien tomar un poco de aire fresco.

–Me parece una gran idea.

Cade asintió con la cabeza y se fue para terminar el trabajo de la tarde.

Nicola se dejó caer sobre una butaca diciendo:

–¡Se han quedado dormidos!

–¡Aleluya! –dijo Dee

Nicola abrió los ojos cuando percibió que Cade entraba en el salón. Llevaba una jarra con agua y cinco vasos. Los llenó y le pasó uno a cada una.

–Lamento que hayáis tenido un día tan difícil por mi culpa.

–Estas cosas pasan –dijo Harry, filosóficamente.

–¿Estás exhausta?

Nicola parpadeó al darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella. Lo estaba, pero sacudió la cabeza.

–Claro que no –sonrió–. Estoy en tan buena forma que puedo con todo.

Cade esbozo una sonrisa que la hizo estremecer de deseo. Apretó los puños.

–He pensado que… –empezó–. Si te apetece, podríamos ir a montar.

Nicola recuperó la energía al instante.

–¡Me encantaría!

–Muy bien. Ve a cambiarte. Nos vemos en el establo.

Nicola se puso unos vaqueros y las botas que Jack le había dejado, y llegó al establo en pocos minutos. Cade la esperaba con Scarlett y con su caballo, Ben Hur, ya ensillados.

–¿Te ayudo?

Nicola alzó la barbilla.

–No hace falta.

Le había costado aprender a montar sobre la silla, pero en las dos semanas y pico que llevaba allí, sus piernas se habían fortalecido y estaba más flexible. Cuando montó, sonrió a Cade, agradeciendo a los hados que no le hubieran fallado. Tomó las riendas con suavidad, tal y como le había enseñado Jack y observó montar a Cade, que lo hizo con una habilidad y una elegancia espectaculares.

Desvió la mirada de sus largas piernas y de su trasero y se inclinó para acariciar el cuello de la yegua. Cade la observó con una obvia satisfacción y asintió con la cabeza con una expresión que le hizo sentirse orgullosa de sus progresos.

–¿Dónde vamos? –preguntó para disimular su nerviosismo.

–¿Has ido con Jack al cañón? –cuando Nicola negó con la cabeza, Cade añadió–: Pues vayamos –la precedió hasta la cancela.

–Deja que lo haga yo –dijo Nicola–. He estado practicando.

Adelantándose con Scarlett, abrió el cerrojo desde la montura.

–¡Bien hecho! –dijo Cade con aprobación. Y cerró la cancela una vez pasaron. Luego miró a Nicola y añadió–: Jack tiene razón: pareces haber nacido para montar.

–¿Te reirías de mí si te dijera que yo siento lo mismo?

–No. Lo que me extraña es que no hayas aprendido antes.

Nicola frunció los labios.

–Mi madre siempre se negó a que tuviéramos un caballo.

–¿Por qué?

–Solía decir que si era tan patosa haciendo ballet, montando a caballo sería un desastre.

–Dudo que me llevara bien con tu madre.

Nicola rio.

–Ella te adoraría. Cumples todos los requisitos: tienes hombros anchos, eres apuesto… posees tu propia ganadería…

Cade hizo un gesto de indiferencia.

–¿Por qué no aprendiste a montar ya de adulta? –preguntó tras cabalgar un rato en silencio.

–Porque… –Nicola frunció el ceño–. Viviendo en la ciudad no tenía sentido. Y siempre lo he pospuesto.

En cuanto habló, se dio cuenta de que mentía y rectificó.

–No es verdad –reflexionó un instante–. No he aprendido porque ninguno de mis amigos quería acompañarme –a Diane le daban pánico los caballos–. Y no he tenido el valor de aprender por mi cuenta.

Cade guardó un prolongado silencio. Luego se giró en la silla y preguntó:

–¿Y ahora?

–¡Estoy totalmente enganchada! –Nicola hizo una pausa–. Podría tener un caballo en la ciudad, ¿verdad?

–Claro.

–Pienso apuntarme a un club de equitación –seguro que había uno en Melbourne–. Y tendré mi propio caballo –concluyó, con un entusiasmo que hizo sonreír a Cade–. ¿Podemos galopar?

A modo de respuesta, Cade espoleó a Ben Hur. Nicola hizo lo mismo con Scarlett y se entregó al placer de sentir el aire en el rostro y al sentimiento de libertad que la invadía siempre que

montaba. En momentos así, se olvidaba de sí misma. Montar le hacía sentir en paz y armonía con el universo.

Cuando Cade se detuvo, ella paró a Scarlett a su lado.

–¡Maravilloso! –exclamó al contemplar el paisaje.

–Este es el cañón –dijo Cade–. En realidad no es más que una garganta, pero tenemos aires de grandeza y lo llamamos «el cañón».

–¡Es impresionante!

–¿Verdad?

Nicola se quedó muda. La roca roja estaba atravesada por franjas amarillas y cremas. En el fondo brillaba el agua de un arroyo. Al otro lado, se elevaba una pared vertical que se curvaba a media altura hacia dentro debido a la erosión del viento. El cielo azul creaba un dramático contraste. En la distancia vio un grupo de canguros. Un ciervo que estaba pastando alzó la cabeza y los observó por un instante antes de agacharla de nuevo.

–¡Qué hermosura! –fue todo lo que pudo decir Nicola.

Cade asintió.

–En la época de lluvias se oye el rugir del agua.

–¿Hay inundaciones?

–Se han dado dos importantes en la historia reciente, pero la propiedad está lo bastante elevada como para que nunca hayamos tenido que evacuarla.

Aun así, vivir en un lugar como aquel requería una fortaleza de ánimo que Nicola admiraba en Cade, y de la que estaba decidida a aprender.

–Te debo una disculpa.

Nicola apenas oyó a Cade porque, señalando asombrada, exclamó:

–¡Emús!

Cade rio al ver a Nicola seguir el vuelo de las aves con la boca abierta. Cundo las perdió de vista, se volvió a Cade, avergonzada por su actitud infantil. Se humedeció los labios y preguntó:

–¿Por qué tienes que disculparte?

Cade la miró fijamente.

–Por portarme como un idiota.

–Ah –Nicola parpadeó–. Vale.

–Es que… –Cade miró en la distancia–. Desde que Fran se fue no he querido estar con ninguna mujer.

Nicola tragó saliva.

–Supongo que tenías muchas otras preocupaciones. Entre las

niñas y el trabajo, dudo que hayas tenido tiempo libre.

Pensó en el beso que se habían dado, en la fortaleza de su cuerpo, en su… virilidad. Aunque no se hubieran desnudado, sus cuerpos habían estado tan próximos como para sentirla plenamente. Y solo recordarlo le provocó una presión entre las piernas.

Cade frunció los labios.

–La cuestión es que eso cambió… cuando apareciste.

–Mentiroso –Nicola se ajustó el sombrero, convencida de que intentaba subirle la autoestima–. No pasó nada entre nosotros cuando bajé del avión.

–Puede que no. Hasta que sonreíste.

Nicola no sabía a qué momento se refería.

–Cuando te presenté a Scarlett –explicó Cade–. Sonreíste y… te deseé en ese mismo momento –frunció el ceño–. Y te he deseado desde entonces. Besarte solo ha empeorado las cosas.

Nicola lo miró boquiabierta.

–No pretendo excusarme. No debería haber volcado mi frustración en ti ayer por la noche, ni pretender que actúes en contra de tu voluntad. Me he portado como un adolescente en celo, y lo siento. Pero confío en que, sabiendo por qué he actuado así, puedas disculparme.

La sonrisa que le dedicó hizo pensar a Nicola en la que Ella solía desplegar cuando hacía una travesura. Habría querido sonreír en respuesta, pero se contuvo. Antes, quería asegurarse de algo.

–¿Eso quiere decir que en cuanto al sexo estás de acuerdo conmigo?

–Sí –dijo Cade enfáticamente.

Nicola sintió intensificarse la presión entre sus piernas, pero sonrió.

–Muy bien. Disculpas aceptadas.

–¿Nicola?

Cade la detuvo al ver que iba a girar a Scarlett para volver.

–Confío en que podamos ser amigos. Buenos amigos.

Tres semanas antes esas palabras habrían hecho estremecer a Nicola, pero en ese momento… Se inclinó hacia Cade con la mano tendida. Este se la estrechó.

–Trato hecho –dijo ella.

Por debajo del ala del sombrero, vio brillar los ojos azules de Cade.

–Gracias.

Capítulo 8

–¿NIC?

–¿Sí, cariño?

Era Nochebuena. Después de cenar, habían jugado en familia y en aquel momento, Ella estaba sentada junto a Nicola en el sofá, con la cabeza apoyada en su hombro.

Al ver que la niña no contestaba, la miró de reojo.

–¿Qué quieres saber, corazón?

Ella se mordió el labio y se sentó en su regazo.

–¿Y si Papá Noel no viene?

–¿Por qué no iba a venir? –preguntó Nicola, intercambiando una mirada con Cade.

Este llevaba unos pantalones grises y una camisa del mismo azul que sus ojos. Holly se había quedado dormida en sus brazos, y el contraste entre el hombre grande y fuerte, y la delicadeza de la niña, hizo que se le acelerará el pulso. Todo en Cade la seducía. Se obligó a apartar la mirada antes de que pudiera percibir el deseo en sus ojos.

–Es que… –continuó Ella–, como Waminda está muy muy lejos, puede que no nos encuentre.

–Claro que sí. ¿No te acuerdas que le hemos mandado una carta?

–¿La habrá recibido?

–Por supuesto.

Los ojos de la niña se iluminaron. Sus temores hicieron pensar a Nicola en la soledad y la desilusión que había experimentado en tantas Navidades de su infancia.

–Además, no te olvides –añadió en un susurro–, que Papá Noel hace magia.

–¿Me prometes que vendrá?

–Te lo prometo.

La respuesta pareció calmar a Ella, que se arrebujó contra su pecho. Cade le dedicó una sonrisa de agradecimiento que le subió la temperatura del cuerpo.

–¿Nic?

¿Qué sería lo siguiente?

–¿Sí? –preguntó, bajando la mirada hacia la niña.

–¿Crees que mamá vendrá mañana?

Todos los adultos de la habitación: Cade, Harry, Verity, Dee y su marido, Keith, que había llegado por la mañana, se tensaron. Nicola hizo un esfuerzo por permanecer relajada y no trasmitir inquietud a la niña.

La expresión de angustia de Cade le encogió el corazón. Pero pensaran lo que pensaran los demás, ella no iba a mentir a la pequeña. Si ver a su madre era el deseo más anhelado por Ella, iba a sufrir una gran desilusión; pero aún peor sería alimentar en la niña vanas expectativas.

Acarició la cabeza de Ella.

–Cariño, no he hablado con tu mamá, pero dudo que pueda venir mañana.

–¿Y pasado mañana?

Nicola sintió una opresión en el pecho. ¿Cómo era posible que una mujer dejara atrás a una niña tan maravillosa? Intentó respirar pausadamente.

–Podemos cruzar los dedos, pero yo creo que si fuera a venir nos habría avisado.

Estudió a Ella mientras esta asimilaba la noticia.

–¿Tú estarás aquí?

–Lo prometo –Nicola se dibujó una cruz sobre el corazón–. Y vamos a pasarlo tan bien… Además, nos tienes a todos nosotros –abarcó a los presentes con un movimiento del brazo–. ¿No crees que eres muy afortunada?

Ella reflexionó un instante y finalmente sonrió.

–Sí –dijo. Luego susurró–: ¿Me cantas un villancico?

El favorito de la niña era *Noche de Paz*, así que fue el elegido por Nicola. Uno a uno, los adultos se unieron a ella. Antes de que acabaran los niños se habían quedado dormidos.

Cuando Cade fue a tomar a Ella de sus brazos, Nicola hizo ademán de levantarse.

–Ya la llevo yo –dijo él.

Nicola no pudo ver sus ojos, pero asumió que quería acostar personalmente a la niña.

Harry se puso en pie.

–Me voy a la cama.

–Nicola, yo también –anunció Verity–. Y dudo que Dee y Keith

vuelvan después de acostar a los niños.

–Buenas noches –se despidió Nicola

Verity se detuvo en la puerta y le dijo:

–Me alegro de que estés pasando la Navidad con nosotros.

–Muchas gracias –contestó Nicola, emocionada.

Cuando Cade volvió, miró a su alrededor con sorpresa y Nicola rio.

–Todo el mundo se ha ido a la cama.

Cade se dejó caer en el sofá a su lado.

–¡No me extraña!

Nicola lo observó.

–¿Estás bien?

–Sí.

–Has recibido la pregunta de Ella como una bofetada.

–Me ha tomado de sorpresa. Hacía meses que no preguntaba por Fran.

Nicola tuvo que contenerse parea no tocarlo. Cada átomo de su cuerpo la impelía a hacerlo; se le aceleró la sangre, los labios se le entreabrieron…

Cade se volvió con ojos centelleantes.

–¿Por qué demonios no le has mentido? –apretó los puños–. ¿No podías haberle dejado un rayo de esperanza?

Su furia tomó a Nicola por sorpresa. Parpadeó.

–¿Cre-crees que hay alguna esperanza? –preguntó con un nudo en el estómago. ¿Cabía la posibilidad de que Fran volviera a reclamar a su familia?

–¡No! –exclamó Cade, apuntándola con un dedo–. Pero esa no es la cuestión. Ella es una niña, y ha sido cruel…

Nicola pensó que era él quien quería mantener esa esperanza y la recorrió un escalofrío. Miró a Cade en silencio

–Podías haberte inventado algo –continuó él en el mismo tono–. Con la excitación del día de Navidad, lo habría olvidado.

Nicola alzó la barbilla.

–No pienso mentir a tu hija. ¡Nunca! Yo sé bien lo doloroso que es esperar un milagro el día de Navidad y que no se cumpla. Lo cruel habría sido decirle a Ella lo contrario.

Cade se pasó la mano por la cara dejando escapar un juramento. Luego guardaron silencio hasta que él preguntó.

–¿Qué solías pedir?

Nicola había asumido que iban a seguir discutiendo, así que la

pregunta la desconcertó. Tardó unos segundos en reaccionar.

–Normalmente, que mis padres jugaran conmigo –dijo en un susurro–. Tenía todos los juguetes que quería, pero siempre jugaba sola –se encogió de hombros–. Un año pedí con toda mi alma tener unas Navidades con mucha gente y muchos villancicos.

Tampoco eso había sucedido. Pudo percibir el instante en el que la furia abandonaba a Cade. Nicola suspiró profundamente y dijo:

–No te lo cuento para darte lástima, sino porque sé lo que significa desear lo imposible y no conseguirlo. Hacer creer a Ella que puede que su madre aparezca es destinarla a un dolor innecesario. Te aseguro que no se le va a olvidar. Pasaría el día esperando a que su madre entrara por la puerta. Ahora, en cambio, puede concentrarse en todo lo bueno que tiene. Quizás se ponga triste en algún momento, pero eso es inevitable, y tiene derecho a ello.

Cade parpadeó como si no se lo hubiera planteado de esa manera. Se pasó la mano por el rostro.

–Sigo sin estar de acuerdo con lo que has hecho, pero gracias por explicármelo –dijo.

Al menos ya no sonaba agresivo. Nicola suspiró.

–Mentir a Ella podría quebrar su confianza en ti. Que esté segura de que eres sincero es el mayor regalo que puedes hacerle, Cade. Dudo que quieras que deje de creer en ti.

–¡Claro que no! No me lo había planteado así.

Cade se quedó callado unos minutos durante los que Nicola casi pudo verle pensar. Entonces él se volvió de frente a ella.

–Quería proteger a Ella del dolor, pero mentirla sería imperdonable. Tienes razón. Disculpa que me haya revuelto contra ti.

Nicola se relajó parcialmente, pero al instante volvió a encogérsele el corazón,

–¿Estás seguro de que no eres tú quien quiere mantener viva la esperanza?

–¿Por qué querría hacer eso?

–Porque si Fran volviera, dejarías de sentir que has fracasado y te librarías del sentimiento de culpa.

Nicola se guardó otra posibilidad: «y porque quizá todavía la amas».

–Pero que tu matrimonio no funcionara no te convierte en un fracasado. Y puesto que hiciese todo lo posible por salvarlo, no

debes sentirte culpable.

Cade la miró como si no supiera qué decir. Nicola recordó que debía mantener el espíritu de la Navidad y sonrió:

–Eres un padre maravilloso, Cade –señaló el reloj–. Es casi Navidad. Concéntrate en pasar un día fantástico para Ella y Holly –le empujó suavemente con el hombro–. ¿No habíamos quedado en celebrar las fiestas?

Cade asintió lentamente. Y Cuando por fin sonrió, Nicola no tuvo ningún control sobre su acelerado corazón. O sobre cómo se le atenazó la garganta. Cade desvió la mirada hacia sus labios y sus ojos se oscurecieron; el aire se cargó de electricidad.

Cade se levantó de un salto.

–Buenas noches, Nicola.

Ella cerró los ojos para acallar el martilleo de su corazón.

–Buenas noches, Cade.

A la mañana siguiente Nicola se despertó a las seis. Aprovechando que las niñas seguían dormidas, fue a los establos a dar a Scarlett una zanahoria como regalo de Navidad.

Cuando ya volvía a casa, se detuvo para disfrutar por un instante del aire todavía fresco y del paisaje que la luz de la mañana iluminaba con nitidez. El verde pardo de los arbustos contrastaba con la hierba casi blanca y la tierra rojiza. No había imaginado que pudiera llegar a encontrar aquel rincón del país tan hermoso; o que fuera a alegrarse tanto de que aún le quedara un mes para disfrutarlo.

¡El optimismo con el que estaba experimentando las Navidades en Waminda Downs la había devuelto a la infancia! Sonrió y volvió trotando a la casa.

Al entrar en su dormitorio por el jardín vio a Ella en su cama y temió que su ausencia la hubiera asustado.

–Hola, peque –la tomó en brazos y se tumbó con ella–: Feliz Navidad.

–Feliz Navidad –contestó la niña sonriendo, aunque con un leve gesto de inquietud–. Creía que estabas en el cuarto de baño.

Así que no se había preocupado…

–¿Estás nerviosa?

–Y si Papá Noel no viene –dijo Ella súbitamente–. El año pasado no vino.

Las piezas del puzle encajaron.

–¿Quieres que vayamos a comprobarlo? –preguntó Nicola en un susurro.

La niña asintió, y aunque era ya mayor para ser llevada en brazos, Nicola decidió que necesitaba sentir ese tipo de seguridad. La tomó y fue hacia el salón.

De pronto Ella empezó a hacer pucheros y Nicola se paró en seco. Guiñándole un ojo dijo:

–Creo que tu papá debe venir con nosotras –fue hacia la puerta de este y llamó. Desde dentro le llegó un sonido ahogado a modo de respuesta–. Despierta, dormilón. No querrás perderte la fiesta.

–¡Ni se os ocurra empezar sin mí!

Se oyeron pisadas y un par de golpes seguidos de una exclamación de dolor que hizo reír a Ella.

–¡Papá es muy gracioso!

–Graciosísimo –dijo Cade, abriendo la puerta. Y tomándola en brazos la hizo girar en el aire hasta que estalló en carcajadas.

Tenía el cabello alborotado y la camiseta arrugada, y Nicola sintió que se le aceleraba la sangre.

–Papi –Ella se asió a su cuello–, tenemos que ir a ver si Papá Noel ha venido.

Cade lanzó una mirada de agradecimiento a Nicola que la derritió.

«¡Nicola Ann, por Dios, ten un poco de dignidad!».

Nicola enmudeció la voz de su madre al instante. Era Navidad. Nada iba a estropeársela.

–¿Quieres que vaya por delante? –preguntó a Ella.

La niña asintió y Nicola los precedió, tarareando *Jingle Bells* para distraerse de la perturbadora presencia de Cade a su espalda. Al llegar a la puerta se detuvo, y tras mirar en el interior, se volvió sonriente hacia Ella. Con un movimiento de la mano, les hizo adelantarse.

Los ojos de Ella se abrieron como platos al ver los calcetines de Navidad colgando de la repisa de la chimenea, repletos de regalos.

–¿Ves, cariño? Papá Noel ha venido.

Ella apretó el rostro contra el cuello de Cade y se echó a llorar.

Cade miró a Nicola por encima de la cabeza de la niña con expresión de pánico. Ella sacudió la cabeza y vocalizó en silencio: «alegría», a la vez que alzaba el pulgar.

En cuestión de segundos, Ella se bajó de los brazos de su padre y

gritó de entusiasmo con cada regalo. Diez minutos más tarde, se unió a ellos el resto de la familia, y Nicola se sentó para disfrutar de la escena, de la felicidad de los niños y de la calidez y el afecto de los adultos.

–¿Estás bien? –preguntó Cade, sentándose a su lado y posando la mano por un instante en su rodilla.

–Sí, muy… –horrorizada, Nicola notó que se le humedecían los ojos.

Al ver el gesto de preocupación de Cade, sacudió la cabeza y, sonriendo, vocalizó: «alegría».

Entonces él le dedicó una sonrisa que estuvo a punto de fulminarla. Cuando consiguió articular palabra, dijo:

–Nunca había vivido nada igual. Nunca había sido testigo de tanta… felicidad.

Cade la miró con una dulzura conmovedora.

–Nic…

–No, no –no quería que sintiera lástima de ella–. Es maravilloso. Gracias por dejarme tomar parte en ello.

No fue capaz de explicarle hasta qué punto se sentía privilegiada. En Melbourne se había protegido de la desilusión que representaba la Navidad escondiéndose tras una capa de cinismo. Pero ya no la necesitaba. En el futuro la celebraría y disfrutaría plenamente.

Cade intentó concentrarse en los niños, en su alegría y regocijo, pero el aroma a fresas permeaba sus sentidos, y se descubría dirigiendo la mirada hacia Nicola una y otra vez.

Sus ojos brillaban con el mismo entusiasmo que el de los niños, una dulce sonrisa curvaba sus labios… De haber podido pedir un deseo de Navidad, habría sido volver a besarlos. Pero no brevemente, sino con tiempo, explorando su forma y su textura, saboreándolos a la vez que sentía contra su cuerpo aquellas curvas que…

–¿Papá? –un tirón de la camisa lo sacó de su ensimismamiento. Al ver que Nicola se sonrojaba, supo que su rostro había dejado traslucir los pensamientos que lo asaltaban.

Había prometido portarse como un amigo. Solo eso. Pero dominar sus hormonas era mucho más difícil que domar al potro más salvaje.

–¿Qué quieres, princesa? –preguntó mirando a Ella.

–¿Podemos abrir los regalos de debajo del árbol? –preguntó su hija, excitada–. ¡He visto que tengo cinco!

Cade comprendía la ansiedad de la niña, y él mismo estaba deseando abrir un paquete a su nombre con la caligrafía de Nicola, pero no quería que Ella creyera que la Navidad consistía solo en regalos.

–Cuando la abuela nos cuente la historia de Navidad después del desayuno y todos agradezcamos lo que tenemos –una tradición de su infancia que quería conservar.

–Yo *agrandezco* muchas cosas, papá –Ella trepó al regazo de Cade–. *Agrandezco* que Papá Noel se haya acordado de nosotros este año, y de que estemos todos juntos –la niña lo miró–: ¿Tú no?

El corazón de Cade se hinchió de tal manera que temió que fuera a estallarle.

–Desde luego que sí, cariño.

Quiso creer que la emoción que lo atenazaba se debía a que estaba rodeado de mujeres, pero finalmente tuvo que reconocer que se debía a la felicidad de haber conseguido que sus hijas tuvieran la Navidad que se merecían. Jamás volvería a descuidarlas. En un mundo que podía ser frío y cruel, celebrar la Navidad era… una necesidad.

Miró a Nicola de soslayo. Tal y como había prometido, su irritante niñera había contribuido al éxito de aquel día, y tuvo la convicción de que había actuado así porque estaba en su naturaleza, y no porque hubiera tenido que interpretar un papel.

Cerró los ojos por un instante al recordar la dolorosa pregunta de Ella sobre su madre la noche anterior, y se dio cuenta de que debía dar las gracias a Nicola por la respuesta que le había dado. Tenía razón: aun cuando Ella pudiera ponerse triste en algún momento del día, él solo podía ejercer un control limitado sobre las cosas que podían alterarla, y Fran no estaba entre ellas. Aun así podía estar satisfecho por haber hecho todo lo que estaba en sus manos para que las niñas disfrutaran.

Pero más que hacia las niñas, su mirada se dirigía continuamente hacia Nicola. En aquel momento esta, Dee y su madre reían al ver que se habían regalado entre sí unos pañuelos de seda que habían comprado en la misma página Web. Los niños alzaron la mirada por un instante de los cuadernos de dibujo que Nicola les había regalado, pero la bajaron para seguir admirando las

imágenes. Cade miró a Harry y vio que reía al abrir un delantal que le había regalado Nicola con el mensaje: *Superwoman.*

Entonces fue hasta el árbol, tomó dos regalos y los dejó en el regazo de Nicola.

–Gracias –dijo ella con una tímida sonrisa.

–De nada. Ábrelos.

Nicola abrió el primero, puso los ojos en blanco sonriendo y dijo:

–¿Quieres que engorde? –preguntó, alzando el frasco más grande que había visto en su vida de pasas cubiertas en chocolate.

–Caer en la tentación de vez en cuando es bueno para el alma –dijo él. Y tuvo que apartar la mirada de sus labios para no pensar en otro tipo de tentación.

Luego la observó abrir el siguiente regalo y su exclamación ahogada fue más expresiva que cualquier agradecimiento.

–¿Qué te ha regalado? –preguntó Dee.

Nicola mostró su trofeo.

–Una selección de novelas románticas –dijo con ojos brillantes.

–¿A ver? –dijo Dee–. ¡Me encanta ese autor!

–Yo he leído esa. Es buenísima –apuntó Verity.

Pero Nicola no miraba a las dos mujeres, sino a Cade.

–Te has acordado –susurró.

–Ya ves que sí.

Cade se dio cuenta de que lo recordaba todo sobre ella. Y sus ojos y su sonrisa le indicaron que le había hecho el regalo perfecto. De pronto ansió poder comprarle una biblioteca entera para hacerla feliz.

–Abre el tuyo –le urgió ella, indicando un paquete bajo el árbol–. Es solo un detalle. Una broma, en realidad.

Cade se apresuró a abrirlo y, al verlo, estalló en una carcajada. Se trataba de una gigantesca caja de bombones con una nota: *Peligro. Comer con moderación*.

Cuando iba a darle un beso en la mejilla, vio que en el mismo paquete había algo pequeño, envuelto en plástico. Intrigado, lo abrió y una sonrisa iluminó su rostro. Se trataba de un boxeador en miniatura.

–No he podido resistirme –dijo ella con una sonrisa.

Verity los miró alternativamente.

–Sospecho que hay una historia detrás de esto.

–Puede ser –admitió Nicola–, pero es una broma privada.

Cade agradeció su tacto, pero no tenía ningún problema en contarlo.

–Muy privada –dijo–, porque no tengo la menor intención de contar que me noqueaste durante una clase de boxeo.

Dee chocó la palma de la mano con la de Nicola y esta bromeó:

–¡Qué le voy a hacer si la equitación y el boxeo se me dan tan bien!

Cuando Dee y Verity se distrajeron con el broche que Keith le había regalado a su suegra, Nicola indicó a Cade un segundo paquete y dijo:

–Ese es de Holly y de Ella.

Cade lo abrió al instante y descubrió una fotografía en un marco claramente realizado por las niñas con ayuda de Nicola. Y aunque le encantaron las estrellas y las flores que lo decoraban, lo que captó su atención fue la imagen.

Las niñas reían con tal violencia que sus cuerpos se sacudían por las carcajadas. Eran la representación misma de la inocencia y la felicidad, y no había en ellas ni un ápice del dolor de los meses precedentes.

Cade se quedó sin aliento. Era la prueba definitiva de que había conseguido su objetivo.

Mirando a Nicola fijamente dijo:

–Gracias.

Capítulo 9

NICOLA se asomó al salón y se dejó envolver por la quietud y el silencio de la noche. Los niños se habían ido a la cama hacía un par de horas, y los adultos se habían retirado.

Aunque era tarde, ella se sentía demasiado despierta como para acostarse. Se echó a medias en un sofá y apoyó la cabeza en el brazo. Había sido un día muy intenso. Y en cada recuerdo siempre estaba Cade.

–Creía que te habías ido a la cama.

Antes de que pudiera incorporarse, Nicola sintió que le levantaba los pies sobre el sofá y se estremeció al sentir la caricia de las manos de Cade en los tobillos. Luego él se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Olía a jabón y al whisky que llevaba en una copa, y Nicola tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no enredar los dedos en su cabello.

–Estoy demasiado espabilada –admitió.

Cade le lazó una mirada acariciadora.

–Podrías empezar una de tus novelas.

–No, porque querría terminarla.

Cade fue a decir algo, pero se quedó con la mirada fija en sus labios, como si no pudiera apartarla de ellos. La sangre de Nicola se aceleró al instante. Cuanto más se prolongó la mirada, más recordó ella el sabor de los labios de Cade; y el anhelo que estalló en su interior la obligó a taparse los labios para que dejara de mirarla así.

Cade desvió la mirada hacia el árbol bruscamente y ella aprovechó para cerrar los ojos y tratar de recuperar una respiración pausada.

–Ha sido un gran día –dijo él finalmente–. Debes de sentirte muy feliz.

–¿Y tú?

Cuando Cade se volvió con gesto impasible, Nicola llegó a pensar que se había imaginado el deseo que acababa de ver en sus ojos.

–Han sido las mejores Navidades de toda mi vida –contestó en

un ronco susurro–. ¿Tú? ¿Lo has pasado bien o has estado demasiado ocupado asegurándote de que los demás disfrutaran?

–Lo he pasado de maravilla.

Cade fue a beber, pero antes le ofreció el vaso a Nicola.

–No, gracias. Prefiero los dulces.

–¿Ah, sí? –preguntó Cade con sorna–. Pues no te he visto comer apenas.

–He comido todo lo que necesitaba, gracias –solo se había limitado a no repetir y a no picar más que unas cerezas. Había conseguido adelgazar y pensaba seguir haciéndolo.

–Sin embargo, eres una golosa.

–Por eso mismo intento controlarme –aunque en ocasiones hubiera sido una verdadera tortura.

–Eres una golosa y estamos en Navidad –repitió Cade con un brillo en los ojos que empezó a inquietar a Nicola.

–¿Y?

Cade se deslizó hasta alcanzar el frasco de pasas y se lo acercó. Nicola sintió al instante que la boca se le hacía agua.

Cade sacudió el frasco.

–Ni siquiera lo has abierto.

El tintineo de las pasas estimuló los jugos gástricos de Nicola.

–Yo… –Nicola las miró, salivando–. Las voy a guardar para más adelante.

–Me niego a que las compartas. Son todas para ti –dijo Cade, rompiendo el sello–. ¡Uy, se ha abierto!

Nicola estuvo a punto de soltar una carcajada, pero estaba demasiado centrada en resistirse a la tentación. Con un brillo malicioso en la mirada, Cade tomó un puñado y sentándose a su lado, se lo acercó a la boca.

–Mmm, qué delicia.

Nicola se quedó paralizada. Luego, no pudiendo contenerse por más tiempo, tomó una y se la llevó a la boca. Masticó con los ojos cerrados y dejó escapar un murmullo de placer

Cuando Cade le tomó la mano y le echó un puñado en la palma, no protestó. Cade la observó devorarlas con un brillo en los ojos que Nicola no supo o no se atrevió a interpretar.

–Está claro que te entusiasman –dijo él con voz ronca.

–No hay nada que me guste más en el mundo.

El puñado había desaparecido de su mano. Y quería muchas más.

«¡Eres una glotona, Nicola Ann!».

Nicola alargó la mano hacia la tapa para cerrar el frasco, pero Cade se la sujetó.

–¿Por qué resistirte?

El pulso de Nicola se aceleró bajo su mano.

–Porque cuando empiezo, no puedo parar –contestó.

–¿Y qué tiene eso de malo?

Nicola pensó que le tomaba el pelo.

–Que engordaría aún más.

–¿Y no puedes darte el capricho ocasionalmente?

–Los caprichos son peligrosos. Y más si son una debilidad.

Cade entornó los ojos, se sirvió otro puñado y, tomando una pasa, la llevó a los labios de Nicola. Ella intentó rechazarla, pero la mirada de Cade la invitaba a lanzar la cautela por la ventaba, a vivir el momento. Nicola abrió la boca y saboreó a conciencia el dulce.

–No tiene sentido que te niegues algo que te da tanto placer.

Cade le acercó otra y se la dejó entre los labios. La sensualidad del gesto le resultó a Nicola tan deliciosa como la combinación del chocolate y la pasa

–¿Sería más feliz si estuvieras más delgada?

–Pues claro –Nicola parpadeó–. Todas las mujeres quieren estar más delgadas.

–¿Por qué? Yo adoro tu cuerpo. No soporto que tú lo odies –dijo Cade con firmeza. Y le dio otro puñado–. ¡Come!

¿Cade adoraba su cuerpo? Conteniendo las lágrimas, Nicola comió. Finalmente, apoyó la cabeza en el respaldo y la sacudió.

–Si como más, me voy a poner mala.

Cade tapó el frasco y preguntó:

–¿Quieres adelgazar para demostrar algo a Diane y a Brad, o a tu madre?

Que fuera tan perceptivo dejó a Nicola helada.

–¿Crees que te valorarían más?

¿Cómo reaccionaría Cade si supiera que esa era la verdad?

–El problema no es tu peso, sino tu actitud –continuó él–. Hasta que aceptes tu cuerpo, que es maravilloso, no te ganarás el respeto de los demás.

Cade alargó la mano y la posó en la mejilla de Nicola, que habría querido cerrar los ojos y aspirar el olor a chocolate que desprendía.

–Uno decide cómo deben tratarlo los demás –concluyó Cade–. No necesitas adelgazar, sino aprender a caminar con la cabeza alta, con orgullo y seguridad en ti misma.

Nicola se dio cuenta de que así era cómo se conducían él y su familia, como si supieran el lugar que ocupaban en el mundo. Crecer sometida a las continuas críticas de su madre había minado su seguridad en sí misma, pero ya no era una niña. Era una adulta capaz de hacer muchas cosas bien: era una buena amiga y una buena profesora; montaba a caballo con maestría y cuando cantaba, la gente la escuchaba.

Miró a Cade como hipnotizada. Entonces dijo:

–Creo que tienes razón… Y parece tan simple…

Nunca lo había visto antes así. Cade sonrió entonces y la habitación se iluminó. Nicola se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Gracias –susurró.

Cade se quedó paralizado. Deslizó la mirada por sus labios y sus ojos se ensombrecieron. Nicola sintió una corriente recorrerla.

–Deberías irte a la cama –masculló él. Pero su mirada permaneció fija en los labios de Nicola con el mismo deseo con el que ella había mirado las pasas.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que había algo que deseaba aún más: a Cade.

Lo deseaba con una intensidad primaria que la sacudió de arriba abajo.

Debía irse tal y como él le había sugerido, pero Cade había liberado algo en su interior al obligarle a caer en la tentación del dulce y decirle que adoraba su cuerpo.

Tomándole el rostro entre las manos, se inclinó para besarlo. Sus labios sabían a una embriagadora mezcla de chocolate y whisky. Cade se mantuvo inmóvil, pero no la rechazó, y Nicola, envalentonada, se acercó más para profundizar el beso

Cade dejó escapar una respiración temblorosa. Nicola recorrió con los dedos su barbilla, la firme línea de su cuello y de sus hombros. Sujetándole la nuca con una mano, le inclinó el rostro para acoplarse mejor a él mientras desplegaba la otra mano sobre su pecho y se lo acariciaba.

Aquel movimiento acabó con toda contención en Cade. Con un gruñido, la estrechó contra sí, reclamando su boca con una fiereza que encontró eco en ella. Cade deslizó la mano por debajo de su

falda. El contacto de piel contra piel hizo que Nicola contuviera el aliento al sentir una renovada y deliciosa energía recorrerla, avivando el fuego que la devoraba. Cade la inclinó y se echó sobre ella mientras con su lengua exploraba su boca. Con la rodilla le entreabrió los muslos y Nicola se arqueó contra él, buscando un contacto más pleno, asiéndose a él con el mismo anhelo que si de ello dependiera su vida.

Le había dado dulces a la boca, adoraba su cuerpo y besaba como nadie. ¡Era el hombre perfecto!

Dejando escapar un ronco gemido, Nicola le desabrochó la camisa y le recorrió el pecho con las uñas. Luego apoyó las palmas y aspiró su aroma. Cade contuvo el aliento.

Lentamente, Nicola deslizó las manos hacia su vientre y Cade se estremeció. Saber que tenía tal poder sobre un hombre de suprema virilidad le dio fuerzas.

Cade movió la mano para cubrir uno de sus senos y Nicola sintió los pezones endurecérsele bajo el algodón del sujetador. Cade se lo retorció entre los dedos.

–Ahhh –Nicola se arqueó contra su mano, y aquella sonrisa lenta y pícara que tanto le gustaba, curvó los labios de Cade mientras seguía torturándola.

Con una osadía creciente, Nicola deslizó la mano por debajo de la cintura de su pantalón a la vez que exigía:

–¡Bésame!

Cade obedeció al instante y Nicola se entregó a una nueva dimensión de sensaciones. El tiempo quedó suspendido. Solo existían Cade y… su magia.

–¿Papá?

Una voz lejana irrumpió en su consciencia y Nicola se quedó paralizada.

–¿Nic?

Cade se quedó inmóvil.

¡Solo entonces se dio cuenta Nicola de que se trataba de Ella!

Cade y Nicola se pusieron en pie de un salto.

–Hola, peque –Nicola compuso una sonrisa a la vez que se estiraba la ropa.

Miró a Cade asumiendo que estaría tan descompuesto como ella, pero había adoptado una actitud fría y distante, como si hubiera erigido una valla de espinos entre ellos. Nicola se sintió rechazada, despreciada. Habría querido… Daba lo mismo lo que quisiera.

–¿Qué pasa, cariño? –se sorprendió de lo tranquila que sonó cuando le temblaban las piernas.

Ella corrió a sus brazos.

–¡Tengo sed!

–Eso es fácil de solucionar –dijo Nicola, acariciándole la cabeza.

Mantuvo un tono animado a pesar de que por dentro se sentía morir de vergüenza y de algo más que no sabía definir, pero que claramente tenía que ver con la actitud de Cade.

Él tomó a la niña en brazos y dijo:

–Vete a la cama. Nicola.

Y se fue sin tan siquiera mirarla.

Nicola se quedó sentada, abatida, incapaz de asimilar el remolino de emociones que sentía. Apretó los puños. Debía alegrarse de la interrupción, pero lo único que sentía era frustración y tristeza.

Se puso en pie. La fría despedida de Cade resonaba en sus oídos. La recorrió un escalofrío. Se rodeó la cintura con los brazos; tenía la boca seca.

¿En qué demonios había estado pensando? De no haber llegado Ella, habrían hecho el amor. ¿Tan débil era como para tirar por la borda sus sueños de futuro, el matrimonio, la familia, el hogar…, por el primer hombre que le gustaba?

Alzó la barbilla. Su vida ya era bastante complicada como para cometer más errores.

«Vete a la cama, Nicola».

Se fue.

–¿Cuál es tu propósito para el nuevo año, Nicola?

Todos los demás habían contado los suyos, así que la pregunta de Verity no debía haberla tomado por sorpresa, pero lo hizo

Tenía muchos y no estaba segura de cuál elegir.

–Si es algo muy personal no tienes por qué contárnoslo, querida.

–No es eso… –Nicola se irguió–. Es que quiero asegurarme de que lo cumplo.

Podía sentir los ojos de Cade en ella, pero se resistió a mirarlo. Llevaban toda la semana evitándose, y temía que bastara una mirada para que emergiera el deseo que mantenía bajo control. Si en sus ojos encontraba un fuego similar, estaría perdida. Y no quería perderse.

–Está bien –suspiró–: No pienso evitar los enfrentamientos si para ello tengo que hacerme daño a mí misma.

–¡Vaya, ese es un propósito serio! –exclamó Dee.

–Especialmente odio los enfrentamientos –dijo Nicola, arrugando la nariz–. Ah, y perder cinco kilos –añadió. Y consiguió la reacción que esperaba: que todos rieran.

–Cade, cariño, ¿cuál es tu propósito?

Nicola percibió que seguía mirándola. Tomando aire, se volvió hacia él.

–Nicola me ha enseñado algo –empezó Cade. Y le dedicó una sonrisa que despertó una respuesta inmediata en ella. Cade continuó–: He concentrado toda mi energía en que las niñas pasaran unas buenas Navidades. Ahora quiero conseguir que el resto del año esté a la misma altura.

Nicola lo miró asombrada. ¿Ella le había dado esa lección?

–Es hora de mirar al futuro en lugar de al pasado. A eso me voy a dedicar –concluyó Cade.

–Amén –dijo Verity con dulzura–. ¡Mirad, son casi las doce, llenad las copas mientras pongo la radio!

En pie, contaron los últimos diez segundos y estallaron al unísono en un:

–¡Feliz Año Nuevo!

Al que siguieron besos y abrazos.

–Feliz año, Nicola –dijo Cade, dándole un precipitado beso en la mejilla.

–Feliz año –contestó ella, intentando sonar natural–. Buen propósito, por cierto.

–Lo mismo digo.

Cade sonrió. Ella también. Y la incomodidad que se había instalado entre ellos se diluyó súbitamente. Volvían a ser amigos… aunque para ello Nicola tuviera que dominar el deseo que la recorría.

–Me voy a la cama –anunció Verity–. Quiero estar en forma para la tradicional caminata de mañana.

–¿Qué caminata? –preguntó Nicola.

Todos se volvieron hacia ella.

–¿No te hemos hablado del lago Campbell, cariño?

Al ver por su expresión que no tenía ni idea de a qué se referían, Cade explicó:

–Todos los años hacemos un picnic el primero de enero. Se tarda

unas dos horas en llegar.

–A los niños les entusiasma –apuntó Dee–. Es un lugar precioso y podemos bañarnos.

–Seguro que te encanta –dijo Verity.

–No lo dudo –dijo Nicola–. Pero me temo que no podré nadar. No tengo traje de baño –no se le había ocurrido que fuera a necesitarlo.

–No te preocupes, yo te dejaré uno –apuntó Dee–. Somos más o menos de la misma talla. Tengo varios.

Keith sacudió la cabeza.

–Es incapaz de hacer una maleta pequeña.

Dee le dio una palmada juguetona con un brillo en los ojos idéntico al de Cade cuando bromeaba.

–De hecho, sé exactamente cuál te va quedar mejor.

Nicola era consciente de que Cade no apartaba la mirada de ella. La idea de aparecer delante de él en bañador, y de verlo en bañador… Forzó una sonrisa.

–Muchas gracias.

–¿Qué te parece? –preguntó Cade, deteniendo la camioneta

Nicola no fue capaz de articular palabra. La belleza del lago la dejó sin aliento. Habían llegado tras recorrer milla tras milla de una monótona pradera. Ante ella un lago con paredes naranjas y amarillas. La superficie del agua reflejaba el azul del cielo y las flores salpicaban las orillas.

–¡Es un oasis! –musitó.

Desde la parte de atrás del vehículo le llegó una protesta de Holly, que seguía en la silla.

–Yo me ocupo –dijo Cade.

Ella tomó la mano de Nicola y dijo:

–Es mi sitio favorito de todo el mundo.

–Desde hoy también el mío –dijo Nicola.

Fue un día perfecto. Todos estaban de buen humor y con ganas de disfrutar porque, tal y como Verity le explicó, para ella y para la familia de Dee era su último día de vacaciones. Al día siguiente volverían «a la vida real».

El bañador que Dee le había dejado no le hizo sentirse incómoda, aunque tenía un escote más bajo del que ella solía usar. La cara con la que Cade la miró le hizo sentirse hermosa. Y cuando

a su vez había inspeccionado su torso desnudo y musculoso, y sus anchos hombros, había sentido un peligroso calor trasmitirse entre ambos con una intensidad que los dejó paralizados.

Una carcajada había logrado romper el hechizo. Cade se había sumergido en el agua y ella había conseguido respirar. A partir de ese momento, habían evitado mirarse.

Todos nadaron, jugaron al cricket en el agua y devoraron el picnic que Harry había preparado. Cuando se las ofrecieron, Nicola tomó dos puñados de pasas y las saboreó una a una. Descansaron en unas improvisadas sombras y volvieron a nadar.

Y durante todo el tiempo, Nicola fue consciente de la presencia de Cade, de su paciencia con los niños, de la amabilidad con la que trataba a su madre y a su hermana…, a ella. Y de su espectacular cuerpo.

Al atardecer los hombres montaron una hoguera para tostar golosinas. Fue el broche perfecto para un día maravilloso.

Ella se plantó en el regazo de Nicola y apoyó la cabeza en su hombro. Esta sintió una profunda emoción que intentó ignorar, diciéndose que algún día tendría una niña tan maravillosa como Ella.

–Ha sido el mejor día de mi vida, Nic –dijo la niña.

–También el mío, cariño –dijo ella, dándole un beso en la cabeza.

La niña permaneció callada un rato y Nicola pensó que se había quedado dormida.

–Ojalá fueras mi mamá.

Las palabras de Ella resonaron en el círculo que formaban alrededor de la hoguera. Nicola no se atrevió a mirar a los demás adultos, aunque no habría podido verlos porque al instante se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó con fuerza, pero nada habría podido eliminar el dolor que sintió en el pecho.

–Cariño… –tragó saliva–, es lo más maravilloso que me han dicho nunca.

Ella se irguió súbitamente.

–Papá, podrías casarte con Nic. Sé que te gusta porque te vi besarla.

Capítulo 10

LAS inocentes palabras de Ella dejaron a Cade sin aire en los pulmones.

Afortunadamente, su madre y Dee tuvieron el tacto de empezar a recoger y de no lanzarle miradas ni de sorna ni de curiosidad. Las adoraba por ser tan respetuosas con su vida privada. Nunca podría agradecerles suficientemente la paciencia que habían tenido con él durante todo aquel año.

«Ojalá fueras mi mamá», las palabras reverberan en sus oídos; las sienes le latieron; le dolieron los ojos. Solo pudo mirar a Nicola y rezar para que… ¿qué esperaba? ¿que lo arreglara todo?

«Ojalá fueras mi mamá». Cade tragó la bilis que le subió a la garganta.

No supo cómo Nicola fue capaz de mantener la compostura, pero lo hizo, y aunque sus mejillas se colorearon, no se alteró al explicarle a la niña que el beso que les había visto darse era porque su papá y ella eran buenos amigos. No se rio de Ella, lo que habría devastado a la niña, y Cade se sintió invadido por un violento impulso de abrazarla por la encantadora ternura con la que trataba a su hija. A las dos.

–¡Pero no quiero que te vayas de Waminda! –gimoteó de pronto Ella.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cade. Debía haber previsto que aquella situación pudiera darse. Rompió a sudar. Por no pensarlo, había expuesto a Ella a un nuevo abandono. Apretó los puños y los dientes para no gritar.

–Me encanta Waminda –dijo Nicola con una dulzura que en parte contribuyó a aplacarlo–. Pero sabes que tengo que volver a mi casa en Melbourne para ver a mi madre y a mis amigos… además de mi trabajo, ¿recuerdas?

–De profesora –dijo Ella, obviamente orgullosa de recordarlo.

–Eso no quiere decir que no vayamos a ser siempre amigas. Podemos escribirnos cartas y correos electrónicos. ¿No te parece divertido?

Ella asintió. Luego se irguió y dando saltitos dijo:

–¡Podemos hablar por Skype!

Su pequeña había descubierto Skype recientemente y Cade no pudo evitar sonreír al adivinar una futura adicción. Y no tendría queja si, como en aquel instante, la libraba del trauma de la partida de Nicola.

Esta había conseguido exorcizar sus miedos y trasmitirle confianza con una facilidad que le resultó admirable. De hecho, pensó que quizá había previsto que aquel momento pudiera presentarse, y que ya había planeado como consolar a la niña y que su mundo no se viera una vez más alterado.

Excepto que… la realidad era que en tres semanas Nicola se marcharía de Waminda y de pronto esa noción se le hizo intolerable

Ella necesitaba una madre, una figura femenina a la que amar y que le sirviera de modelo. Nicola se merecía tener la familia y los hijos que tanto ansiaba.

«Papá, podrías casarte con Nic».

La posibilidad se abrió paso en su interior, pero la ahuyentó al instante por ser una locura.

«Te vi besarla».

No había duda de que había disfrutado aquel beso, y que querría hacer con ella mucho más que besarla. Pero ¿casarse? Sacudió la cabeza con un juramento ahogado y se concentró en cargar el vehículo.

Cade, Nicola, Ella y Holly se despidieron desde tierra de la avioneta mientras esta se perdía en la distancia.

–Voy a echar de menos a la abuela, papá –dijo Ella, tomando la mano de Cade.

–Yo también –dijo él, aunque sin poder apartar la vista de Nicola, que besó la cabeza de Holly y le hizo cosquillas hasta arrancarle la risa. Cade se obligó a mirar a Ella–. Pero nos visitará pronto –la tranquilizó, ayudándola a entrar en el coche al tiempo que Nicola colocaba a Holly en su sillita.

–Ha dicho que vendrá para mi cumpleaños.

Cade asintió mientras arrancaba el coche y tomaba el camino de la propiedad. Dee tenía la intención de acudir con sus hijos. Y confiaba en devolverle el favor llevando a las niñas a celebrar el cumpleaños de los gemelos.

–Nic, ¿puedes venir para mi cumpleaños?

Nicola se tensó pasajeramente, pero Cade lo notó porque podía percibir cualquier cambio en su actitud. Nicola evitó mirarlo y se volvió para hablar con Ella.

–¿Cuándo es tu cumpleaños, cariño?

–Mmm… ¿papá?

–El once de marzo.

Nicola negó con la cabeza.

–Me temo que es en mitad del trimestre, así que no podré.

Cade vio por el retrovisor el gesto de desilusión de la niña.

–Pero eso no significa que no pueda venir durante las vacaciones, o que no pueda mandarte un regalo –añadió Nicola en tono animado.

Con ello consiguió animar a Ella, pero no satisfizo a Cade.

–¿Podrías venir en Semana Santa? –se encontró preguntando.

Nicola lo miró con una expresión que no supo interpretar, pero tuvo que volver la mirada a la pista para no tener un accidente y se quedó con la duda.

–Me temo que no.

–¿Tienes planes? –no conseguía dejarlo estar.

–Sí.

Ya no había nada más que preguntar

Algo arrancó a Cade de un profundo sueño. Se sentó y trató de sacudirse de encima la nebulosa de su mente para identificar qué lo había despertado.

Llanto… Holly…

Se puso en pie de un salto y corrió a su dormitorio.

Al llegar a la puerta vio que Nicola se había adelantado. Sostenía a Holly en brazos y caminaba por la habitación mientras le cantaba una nana. Cade vio un frasco de medicina sobre la mesilla.

Cuando se volvió hacía la puerta y lo vio, Nicola sonrió para tranquilizarlo y que supiera que no pasaba nada serio. Canturreó con la música de la nana:

–«Me están saliendo los dientes, papi, y me duele».

Holly estaba quedándose dormida. Cade habría querido acariciarle la cabeza, pero no quiso perturbarla cuando empezaba a calmarse. Sin dejar de cantar, Nicola le dijo que se fuera a la cama.

Cade pensó que era lo más sensato porque tenía que levantarse

muy temprano, pero se dio cuenta de que no quería. La visión de Nicola en camisón, acunando a la niña, le resultaba asombrosamente reconfortante e… innegablemente erótica, especialmente cuando se dio cuenta de que el camisón era tan fino que podía intuir el perfil de su figura con nitidez.

Su niñera era toda mujer y pura tentación. Cuando se inclinó para dejar a Holly en la cuna, Cade contuvo el aliento al ver sus senos mecerse libremente. Pudo imaginarse hundiendo el rostro entre ellos al tiempo que ella se arqueaba contra él y…

–Cade, vete a la cama. Holly está dormida. Siento haberte despertado.

Nicola era magnífica con sus hijas. Su admiración por ella no dejaba de crecer.

–¿Podemos hablar? –la pregunta escapó de sus labios antes de que le diera tiempo a pensársela, pero no se arrepintió.

–Cade, es la una de la madrugada.

–Pero…

–No es buen momento para hablar –Nicola tragó saliva–. No nos conviene estar solos.

Cuando fue a pasar a su lado, Cade la atrapó con su cuerpo contra la puerta. Sus pechos se rozaron y notó cómo se le endurecían los pezones. Su sexo se endureció al instante.

Dando un suspiro, Nicola lo separó de sí.

–Hablemos por la mañana, Cade –dijo con voz ronca. Y se fue precipitadamente.

Cade apoyó la mano en el puño y maldijo entre dientes. ¡Cómo podía ser tan torpe! Prometía ser solo un buen amigo y luego…

En cuanto la veía olvidaba sus buenas intenciones. Más le valía controlar sus hormonas para la mañana porque tenía que hablar con ella. Y necesitaba mantener una conversación en un tono completamente profesional.

Fue a su dormitorio y entró en el cuarto de baño. Necesitaba una ducha fría.

El desayuno del día siguiente fue una tortura. Cada vez que Nicola daba un bocado a una tostada o acercaba los labios al borde de la taza, el cuerpo de Cade reaccionaba recordando aquellos labios sobre su piel y el fuego que prendían en sus venas. Cuando alargó la mano hacia el frasco de mermelada de fresa, él se puso en

pie bruscamente y dijo.

–¿Puedes venir al despacho cuando termines?

Nicola parpadeó, desconcertada.

–Sí, claro.

Cade se marchó, concentrándose en la necesidad de mantenerse profesional y sensato. Quería que Nicola se quedara en Waminda Downs y tenía que exponer sus razones convincentemente. Las hormonas solo entorpecerían su labor.

Nicola llegó en menos de diez minutos. Cade le indicó que se sentara frente a él, al otro lado del escritorio, a la vez que intentaba no fijarse en sus labios sensuales, ni en el olor a fresa que siempre la acompañaba. No le resultó sencillo, especialmente porque en las últimas semanas llevaba ropa más ajustada que acentuaba su espectacular figura.

–¿Querías hablar conmigo? –dijo ella,

Cade se puso en acción.

–Nicola, quiero que seas la niñera permanente de Ella y Holly. Las dos te adoran y tú te has adaptado perfectamente a Waminda Downs. Solo ahora me he dado cuenta de que necesitamos una niñera fija.

–Estoy de acuerdo contigo, Cade, pero aunque te agradezco la oferta, la respuesta es «no».

Cade la miró perplejo.

–Pe-pero si ni siquiera te lo has pensado. Creía que te gustaba estar aquí. Y que adorabas a Holly y a Ella.

–¡Y las adoro! –Nicola se inclinó hacia adelante–. Pero cuando vine ya sabías que solo era un trabajo temporal.

Cade apretó los puños.

–¿Y no podrías reconsiderar tu postura?

–Me encanta mi trabajo de profesora –Nicola se reclinó en el respaldo–. Me ha costado llegar donde estoy. Convirtiéndome en niñera no estaría desarrollando mis habilidades. De hecho, representaría un retroceso.

–Puedo pagarte lo que sea que estés ganando –o más.

–¡No es cuestión de dinero, Cade! –Nicola se irritó súbitamente–. No pienso enterrarme aquí por temor a volver a casa, o porque no soy capaz de mantener la cabeza bien alta y mirar a la gente a los ojos.

¿Ni siquiera iba a tomarse unos días para planteárselo? Cade cortó el aire con la mano. Nicola era perfecta para sus hijas y las

niñas para ella. ¿Cómo podía estar tan ciega?

–¡Eso no es más que orgullo!

–No exclusivamente –protestó Nicola pasando de la impaciencia y a una frialdad desconcertante–. Además, en algún momento quiero formar una familia, y si me quedo aquí no voy a conocer a nadie.

La idea de que otro hombre besara aquellos voluptuosos labios provocó una rabia en Cade que no tenía derecho a sentir. Una rabia irracional y salvaje. Intentó contenerla diciéndose que debía pensar. Tenía que convencerla.

Nicola quería ser madre. Él quería una madre para sus hijas.

Se puso en pie de un salto.

–Está bien, pues cásate conmigo, Nicola. Así los dos tendremos lo que queremos.

A Nicola le espantó la sugerencia. Cade rodeó el escritorio; ella se puso en pie para irse, pero él la detuvo tomándole la mano.

–Piénsalo –dijo en un tono tan sensual que habría tentado a un santo.

Nicola ya lo había pensado. La vida allí podría ser perfecta, de no ser porque…

Cade no la amaba. Y ella no estaba segura de amarlo. El deseo no era amor; como tampoco lo era anhelar una familia. No podía permitirse ser débil y estúpida, como había sido con Brad. Si se casaba, lo haría porque estaba totalmente segura de que eso era lo que quería hacer.

«Nicola Ann, a tu edad no se presentan muchas oportunidades».

–Mi familia te acogería con los brazos abiertos. Y podemos tener todos los hijos que quieras. No puedes negar la química que hay entre nosotros. Hacer niños será un verdadero placer.

Nicola no pudo contradecirlo porque tenía razón, ni negar el vacío que sentía en ocasiones cuando temía no llegar a tener hijos, pero…

Cade le alzó el rostro por la barbilla.

–Te sería fiel y haría lo que fuera necesario para que fueras feliz.

Nicola no lo dudaba. Tragó saliva.

–Pero no me amas.

–Me gustas, me gusta estar contigo, te deseo. Y tú quieres a mis hijas. ¿Qué más podemos querer?

–Amor.

Cade frunció el ceño.

–Dijiste que si te casabas, lo harías sabiendo exactamente lo que conseguías de la relación. Te estoy ofreciendo lo que deseas.

Nicola tuvo que morderse la lengua. Por mucho que le doliera verlo enfadado, o que la tentaran aquellos labios que podían trasportarla al cielo, no podía cometer repetir los errores del pasado.

–Cuando dije eso me equivocaba. Estaba dolida y enfadada, pero mentía –se irguió y con gesto de determinación, continuó–: Aquí he aprendido que pensar así no es bueno. Si me comportara con esa frialdad, estaría actuando como Diane y como Brad. No quiero volverme ese tipo de persona.

Cade la miró entornando los ojos.

–El amor está sobrevalorado.

–Pero es precisamente lo que necesito y no pienso conformarme con menos –dijo ella, sintiendo que la garganta le quemaba–. Me has hecho volver a creer que la amistad era posible, pero mentías. No quieres lo mejor para mí, sino para tus hijas. Y estás dispuesto a sacrificarme en su beneficio.

–Yo…

–Pero si crees que lo mejor para Ella y Holly es un matrimonio sin amor, estás muy equivocado –Nicola, desconcertada por la intensidad del dolor que la atravesaba, tomó aire –. Hay miles de niñeras que se llevarían igual de bien que yo con Ella y Holly, y con las que no tendrías que hacer el supremo sacrificio de casarte.

Cade apretó los dientes con tal fuerza que los labios se le pusieron blancos.

–Casarme contigo no sería un sacrificio.

Nicola quiso creerlo, pero sacudió la cabeza y lanzó una carcajada.

–¿Está seguro que puedes arriesgarte a que otra mujer os abandone a ti y a las niñas? ¿Por qué estás tan seguro de que yo no lo haría?

Cade la miró como si lo hubiera insultado.

–Te conozco y sé que no serías capaz de algo así.

Nicola se cruzó de brazos y lo miró con escepticismo.

–Está bien, te lo plantearé de otra manera. ¿Y si accediera a casarme contigo y Fran apareciera un día para pedirte una segunda oportunidad? Después de todo, es la madre de Ella y Holly. ¿A quién elegirías? ¿Cuál te parecería la mejor elección para tus hijas?

Cade se tensó de pies a cabeza.

–¡Eso no va a pasar!

–Esa no es la cuestión, Cade –dijo ella, sintiéndose súbitamente exhausta. Sacudió la cabeza–. Mientras no sepas cuál es la respuesta, no estarás en condiciones de casarte con nadie.

Vio el pánico reflejado en el rostro de Cade y supo que debía protegerse para no terminar haciendo algo de lo que acabaría por arrepentirse.

Se cruzó de brazos.

–Casarme contigo no sería bueno para mí.

Cade palideció.

«¡Nicola Ann, eres una estúpida!».

Nicola alzó la barbilla.

–Me merezco algo mejor –añadió. Y dando media vuelta, salió de la habitación.

Cade no intentó detenerla.

Los siguientes quince días fueron una tortura para Nicola. Cade apenas le dirigió la palabra y con cada día que pasaba, más difícil se le hacía la idea de marcharse y dejar atrás a las niñas, a Jack y a Scarlett, a Harry.

A Cade.

El corazón se le encogía con cada hora que se aproximaba a la partida. Sin saber cómo, aquel lugar y sus habitantes se le habían metido en los huesos.

Aun así, se resistía a creer que se hubiera enamorado de Cade.

Finalmente llegó el día de su marcha, y cuando la avioneta despegó, rompió a llorar.

–Lo siento –musitó a Jerry cuando este le pasó un pañuelo–. Es que voy a echar a todos tanto de menos…

Jerry asintió con la cabeza.

–Las niñas son maravillosas, ¿verdad? Es imposible no adorarlas.

Jerry tenía razón, pero la imagen que dominaba a todas en la mente de Nicola era la de Cade. Y su corazón se fue haciendo añicos a medida que se alejaban de Waminda Downs.

Capítulo 11

Cuatro meses más tarde…

Nicola se puso el vestido naranja y su madre se lo ató al cuello antes de ajustarle el pronunciado escote.

–Nicola Ann, estás preciosa. Vas a estar más guapa que la novia –dijo Angela McGillroy–. Lo tiene merecido.

Nicola reprimió una sonrisa. La actitud de su madre había sufrido una transformación radical desde la conversación que habían mantenido al volver ella de Waminda Downs, en la que le había dicho que si quería seguir viéndola, debía dejar de criticarla y respetar sus decisiones. Su madre se había quedado muda hasta que finalmente había dicho:

«Pero Nicola Ann, si yo solo quiero verte feliz. Lo que pasa es que nunca lo pareces».

«Quizá porque cuando estoy contigo no lo soy. Siempre me haces sentir que soy una decepción para ti, que no estoy a la altura de tus expectativas».

«¡Pero Nicola, cómo no me lo has dicho antes! Siempre he actuado con mi mejor intención… así es como me educaron».

Y Nicola había tenido que aceptar por su parte los errores que había cometido; el haber acumulado rencor y resentimiento en lugar de decirle a su madre lo que sentía. Pero desde entonces…

Su relación mejoraba día a día. Y aunque su madre ocasionalmente adoptaba la actitud crítica del pasado, la apoyaba como no lo había hecho nunca. Cade tenía razón: uno enseñaba a los demás cómo quería que lo trataran.

–¿Estás segura de que quieres ir a la boda? Sería comprensible que cambiaras de idea.

–No te preocupes, mamá. En el fondo, Diane me hizo un favor.

Lo había descubierto en cuanto vio a la pareja al volver a Melbourne. Teniendo a Cade todavía fresco en su mente, Brad le había parecido un pelele.

Como siempre que pensaba en Cade, la melancolía ensombreció

su ánimo.

–Tengo que reconocer que Brad nunca me gustó –dijo entonces su madre.

Nicola no pudo evitar sonreír.

–Pero sigo indignada con Diane –continuó su madre–. Se supone que era tu mejor amiga.

–Estas cosas pasan, mamá.

Nicola se había resignado a que su relación con Diane hubiera cambiado radicalmente, pero aunque había días que echaba de menos el estrecho vínculo que las unía en el pasado, también disfrutaba de su nueva sensación de libertad e independencia. Se había apuntado a un club de equitación, había empezado a tomar clases de canto y le encantaba su trabajo como profesora.

Pero nada había conseguido borrar el recuerdo de Cade. Todas las semanas hablaba por Skype con Ella, pero Cade jamás se asomaba para saludarla o preguntar cómo estaba. Y sin embargo, ella no perdía la esperanza de que lo hiciera.

Se había esforzado en olvidarlo y había salido a cenar con tres hombres desde su vuelta. Pero con ninguno de ellos había saltado la chispa. Después del último encuentro había tenido que aceptar la verdad: estaba perdidamente enamorada de Cade.

–¿Entonces por qué a veces pareces tan abatida?

Nicola estuvo a punto de mentir a su madre y decirle que eran imaginaciones suyas, pero se había prometido ser sincera con ella.

–No es por Diane y Brad.

–Lo sé –dijo Angela con dulzura–. Tienes esa mirada desde que volviste de la Waminda Downs.

Así que no había logrado disimular.

–Estoy bien, mamá.

–Lo sé, pero no puedo evitar preocuparme por ti.

Sonó el timbre de la puerta.

–Debe de ser tu taxi. Cálzate y retócate el maquillaje mientras le abro.

Nicola siguió las instrucciones de su madre, se miró en el espejo y… alzó la barbilla. Haberse enamorado de Cade era un inconveniente, pero no era una desgracia de la que no pudiera recuperarse. Al menos, eso esperaba. En algún momento, su recuerdo se borraría y le interesarían otros hombres. En cualquier caso, había hecho bien rechazando su proposición de matrimonio.

Tomó su bolso de mano y dando un profundo suspiro fue hacia

el salón.

–Nicola, este caballero dice que te conoce y que es tu pareja para la boda.

Nicola miro hacia la puerta y vio a Cade. Tuvo que agarrarse al respaldo de una silla para mantener el equilibrio. Cade estaba allí, en Melbourne, vestido con un esmoquin, y lo único que ella era capaz de hacer era mirarlo. Parpadeó, pero Cade seguía allí.

Él encogió los hombros y sonriendo dijo:

–¿Habías olvidado que teníamos una cita?

Cade sospechaba que estaba a punto de hacer el mayor ridículo de su vida, pero no le importaba. Ver a Nicola, oler su aroma a fresa, compensaba cualquier humillación. Tenerla delante bastó para que la tensión que lo había dominado desde que ella se había ido de Waminda, empezara a diluirse.

Ansiaba dar los tres pasos que los separaban y tomarla en sus brazos; besarla hasta perder el sentido. Pero Nicola merecía que la tratara con delicadeza, que dominara sus impulsos y pensara en ella, no es sí mismo.

Ella lo miraba con sus preciosos ojos muy abiertos, pero no sonreía. Se humedeció los labios y empezó a balbucear:

–Yo… eh…

Cade se pasó los dedos por el cuello, como si le apretara la camisa.

–¿Has quedado con otro hombre? –preguntó, asiendo con fuerza el ramo de flores que llevaba.

La mujer que había abierto la puerta, alentó a Nicola.

–¿Cariño?

Nicola se sobresaltó y sus mejillas se colorearon.

–¡No pensaba que fueras a venir!

A Cade no le extrañó. ¿Cómo iba a confiar en un hombre que le había propuesto un matrimonio sin amor? Por eso estaba allí, para ver si conseguía redimirse y que creyera en él.

–Siempre cumplo mi palabra –dijo.

–¿Cómo…? –Nicola volvió a humedecerse los labios–. ¿Cómo has sabido la fecha exacta?

–Se la dijiste a Ella; y le enseñaste el vestido. No me he perdido ninguna de vuestras conversaciones.

–No me has saludado nunca.

Cade se dio cuenta de hasta qué punto había sido un error. Nicola retorció las manos, angustiada.

–Siento que te hayas tomado tantas molestias.

Cade tuvo que esforzarse para mantener un tono sereno.

–No ha sido ninguna molestia.

¡Nicola iba a rechazarlo, iba a decirle que volviera a casa!

El ambiente se cargaba de electricidad a medida que pasaban los segundos. Finalmente la mujer se acercó para tomar las flores de su mano, miró a Nicola y carraspeó.

Nicola volvió a sobresaltarse.

–Mamá, este es Cade Hindmarsh, el dueño de Waminda Downs. Cade, esta es mi madre, Angela McGillroy.

¿Su madre? No se parecía en absoluto a como la había imaginado.

–Encantado de conocerla.

–Igualmente –contestó ella, pero entornó los ojos y preguntó–: ¿Quieres acudir a la boda con este hombre, Nicola, o quieres que lo ponga de patitas en la calle?

Aunque la doblaba en tamaño, Cade tuvo la seguridad de que, si se lo proponía, sería capaz de cumplir su amenaza.

Miró a Nicola y enarcando las cejas, se limitó a decir:

–¿Nicola?

Si ella no quería que lo acompañara, lo aceptaría con dignidad, pero volvería a primera hora de la mañana siguiente. Tenían que hablar. O mejor, tenía que suplicar a Nicola que lo escuchara.

Y debía empezar por ser humilde y no presionarla.

–Me alegro mucho de verte, Nicola –dijo, sonriendo–. Estás preciosa. Y si no tienes acompañante, será un honor para mí ir contigo.

Nicola sonrió y al instante el suelo tembló bajo los pies de Cade.

–Gracias, Cade, acepto tu compañía encantada.

Cade sintió que un peso se levantaba de su pecho, pero se recordó que aquella noche ella era la protagonista, que debía contener su impaciencia y lograr que se sintiera bien en la boda. Solo entonces tendría derecho a pedir su mano.

Cade fue el acompañante perfecto: atendió cada necesidad de Nicola, fue encantador con sus amigos e hizo todos los comentarios apropiados en relación al vestido de la novia, los discursos y la

comida que se sirvió en la recepción. Incluso se reservó para sí lo que pensaba del novio… aunque también se preguntó si él la merecía más que aquel patético ejemplar del género masculino.

Nicola pareció pasarlo genuinamente bien y no sufrir durante la ceremonia ni la recepción. Cade se mantuvo atento en todo momento por si necesitaba su apoyo, pero Nicola había adquirido una confianza en sí misma que desplegada con una encantadora serenidad.

Le rellenó la copa de champán y se encontró con ella por fin a solas.

–¿Está siendo el suplicio que temías?

Nicola bebió y luego sacudió al cabeza.

–La verdad es que lo estoy pasando de maravilla.

Cade se dio cuenta con una leve desilusión de que no había necesitado contar con él.

–¿Quieres bailar?

–Prefiero charlar –contestó ella.

Cade ansiaba tenerla en sus brazos, pero dado que no estaba seguro de que fuera prudente, charlar también era una buena opción para él. Indicó una silla a Nicola y se sentó a su lado.

–Tu madre es muy distinta a como la había imaginado.

Los ojos de Nicola se iluminaron. Inclinándose hacia él, explicó:

–Tuvimos una conversación fantástica cuando volví.

–Cuéntame –la animó él.

Charlaron durante tres horas, y a Cade le tomó por sorpresa que ya fuera hora de irse.

–La noche es joven –dijo cuando ya estaban en el coche–. ¿Quieres que vayamos a tomar una copa o a bailar?

–¿Por qué?

La pregunta desconcertó a Cade. Miró a Nicola con el corazón acelerado y contestó:

–La respuesta a esa pregunta es muy larga.

Nicola lo miró en silencio durante varios segundos mientras él contenía el aliento.

–Demos un paseo por el río –dijo ella finalmente.

Cade le tomó la mano y se la besó delicadamente.

–Gracias.

El corazón de Nicola latía aceleradamente mientras paseaban

por el río bajo la luz de las farolas, rodeados de jóvenes que disfrutaban de la noche del sábado. La atmósfera era vibrante y animada, pero la atención de Nicola permanecía fija en el hombre que caminaba a su lado con una expresión sombría que contrastaba con la calidez de su mirada. Cade no intentó tomarle la mano ni tocarla y ella hizo cuanto pudo para no dejarse dominar por la desilusión.

En el fondo era lo mejor, estaba segura. Pero su cuerpo y su sentido común no estaban sincronizados.

Por eso quería empaparse de cada instante, de cada paso, de cada sonrisa, para guardarlos como un tesoro y poder recordarlos en el futuro Al día siguiente Cade se marcharía y con toda seguridad no volvería a verlo… Ese pensamiento se le hacía insoportable, pero no estaba dispuesta a que le impidiera gozar del presente.

No le urgió a hablar porque aquella agridulce noche acabaría cuando Cade dijera lo que fuera que quería decir y la llevara a casa, y Nicola quería prolongarla lo más posible.

El corazón le dio un salto cuando Cade le tomó la mano y la llevó hacia un banco al borde del río. Luego se la soltó, y ella disimuló su decepción mirando hacia el agua.

–Quiero decirte muchas cosas, Nicola –empezó Cade.

Nicola contó hasta tres antes de volverse a mirarlo.

–Tenemos toda la noche, Cade. No tengo que ir a ninguna parte.

Él apoyó los codos en las rodillas, entrelazó las manos y miró en la distancia. Luego se irguió y buscó la mirada de Nicola.

–Primero quiero pedirte disculpas por la espantosa proposición que te hice. No me di cuenta de hasta qué punto era un insulto, pero ahora lo sé y quiero que sepas cuánto lo lamento.

–No pasa nada –dijo ella, sin dudar de su sinceridad.

–Sí que pasa –replicó él, pero esbozó una sonrisa–. Aun así confío en que me perdones –sus ojos brillaron en la oscuridad–. Tú te mereces un hombre que bese el suelo que pisas.

Nicola contuvo el aliento ante la rotundidad de sus palabras.

–De verdad que te perdono, Cade. Sufriste un ataque de pánico, eso es todo.

De pronto Nicola quiso irse, alejarse de un hombre que nunca la amaría como ella lo amaba a él. El placer de estar a su lado ya no compensaba la amargura. Se puso en pie, pero no supo qué hacer. Dio un par de pasos hacia la orilla.

–Te he echado de menos, Nicola.

Nicola dio un suspiro, se rodeó la cintura con los brazos y volviéndose contestó:

–Yo a ti también os he echado de menos.

Cade fue hasta ella sin dejar de mirarla.

–Todos te hemos echado de menos, pero estoy hablando de mí.

Nicola no supo qué decir.

–Y sí –continuó él–, he echado de menos verte con las niñas, cómo consigues hacerles reír, oírte contarles cuentos… Pero no es eso a lo que me refiero.

El corazón de Nicola latió tan violentamente que pensó que debía ser audible desde el exterior.

–He echado de menos tu olor a fresa, admirar tu figura…

Nicola se ruborizó.

–La forma de tu boca, el sabor de tus labios.

Nicola se llevó las manos a la cara para contrarrestar el calor que la invadía.

Cade la miró con picardía.

–No puedo evitarlo, soy un hombre –Cade tomó las manos de Nicola–. Pero aun más que todo eso he echado de menos hablar contigo, reír contigo a carcajadas, tenerte cerca –le presionó las manos–. Echo de menos a ese alguien que percibe que no estoy bien, percibir que te pasa algo; tu pasión por las pasas con chocolate, verte admirar el cielo mientras cabalgas o cómo observas las estrellas por la noche. Pero por encima de todo, echo de menos tu sonrisa.

Nicola lo miraba en silencio, intentando procesar sus palabras y lo que significaban. Cade la echaba de menos, pero no decía…

Cade la llevó de nuevo hasta el banco y ella se sentó por temor a que le fallaran las piernas. Él permaneció de pie.

–He tardado en encontrar la respuesta a tu pregunta.

–¿Qué pregunta? –dijo ella con voz ronca.

–La relativa a Fran, y a lo que haría si volviera.

Nicola se reclinó en el asiento aunque su cuerpo clamaba por acercarse al de él.

–Le daría la bienvenida a la vida de las niñas porque es su madre.

Nicola asintió. Siempre había intuido que Cade pondría el bien de las niñas por encima de su propio rencor.

Cade frunció el ceño y continuó:

–Y luego tendría que elegir para las niñas estar con alguien como Fran, que ha demostrado no ser de fiar, o con una mujer en la que confío y a la que respeto, y que tengo la seguridad de que nunca decepcionaría a las niñas.

–¿Y?

–Me he dado cuenta de que esa no es la cuestión. Que Fran volviera a la vida de las niñas no significa que tenga que volver a la mía. Tú tenías razón cuando dijiste que te merecías más de lo que te ofrecí, que merecías amistad y amor. De pronto me di cuenta de que yo también, y que no tendría ni una cosa ni otra con Fran.

Nicola lo miró boquiabierta. ¿Era posible que fuera a decir…?

–¿No me habías dicho que no creías en el amor?

–Eso era lo que quería creer para protegerme del dolor –Cade tiró de las manos de Nicola para que se levantara–. Hasta que una niñera con curvas peligrosas y una sonrisa capaz de tumbarme, me devolvió a la vida y me hizo sentir como no lo había hecho nunca. Por eso mismo…

Una sonrisa empezó a brotar desde lo más profundo de Nicola.

–¿Te asustaste? –completó por él.

Cade le tomó el rostro entre las manos.

–Sé que no merezco que me creas, Nicola, pero te amo.

Nicola ansiaba tanto creerlo que le dolía el pecho. Sus ojos reflejaban deseo, pero…

–Cuando Fran me dejó, me quedé en estado de shock y sufrí por las niñas. Pero cuando tú te fuiste, sentí que me faltaba una parte de mí mismo, y que ya nunca me sentiría pleno.

El corazón de Nicola se paralizó antes de volver a latir, desbocado. Así era exactamente como ella se había sentido, y al instante supo que Cade era sincero. ¡La amaba!

Cade se arrodilló.

–Nicola, puedo ofrecerte una familia que te adora, amistad, un caballo…, pero sobre todo, un corazón que rebosa amor por ti. Te amo, mi preciosa niña, y te amaré hasta el día que me muera. Por favor, acéptame y permite que dedique el resto de mi vida a demostrarte cuánto te amo.

Nicola temió que el corazón le estallara. Se arrodilló, tomó el rostro de Cade entre sus manos y le sonrió con toda su alma. Poco a poco vio crecer la esperanza en su mirada.

–¿Desmantelarías ese espantoso gimnasio por mí?

–Considéralo hecho –Cade le dedicó una de aquellas sonrisas que

la derretían–. Y prometo que jamás te faltarán las pasas cubiertas de chocolate.

Nicola se inclinó para besarlo. Y aunque inicialmente él pareció demasiado aturdido como para reaccionar, pronto la abrazó y la estrechó contra sí, besándola con tal pasión que Nicola sintió que la cabeza le daba vueltas.

Cade alzó la cabeza.

–Te amo, Nicola. Tanto que no puedo expresarlo con palabras.

–Yo diría que no lo estás haciendo mal –dijo ella, y acariciándole la mejilla, añadió–: Los últimos cuatro meses han sido una sucesión de días grises. Te echaba tanto de menos… Pero no quería admitir que estaba enamorada de ti. Pensaba que admitirlo me convertía en débil y dependiente.

–¿Sigues pensando lo mismo? –preguntó él, frunciendo el ceño.

Nicola negó con la cabeza.

–Ahora sé que si desaparecieras de mi vida, lo superaría, pero… ¡Cuánto más maravillosa es contigo a mi lado!

Los ojos de Cade refulgieron.

–¿Vas a casarte conmigo?

Nicola estalló en una carcajada.

–¡Sí!

Cade la miró como si fuera lo más maravilloso que había visto en su vida.

–¿Cuándo puedo llevarte a nuestro hogar en Waminda?

Hogar. Una palabra repleta de promesas. Allí donde estuviera Cade estaría su hogar. Y ella sería el de él.

–En cuanto le demos a mi madre la boda con la que ha soñado toda su vida –musitó.

–Tu felicidad es la mía –dijo él con solemnidad.

Y Nicola tuvo la certeza de que decía la verdad.